

Las Lenguas Aborígenes del Perú

POR ERNEST W. MIDDENDORF

I. La Lengua Keshua

(Traducción del alemán por Emilio de Althaus, complementada y revisada por Estuardo Núñez).

PROEMIO

Durante su larga permanencia en el Perú, el autor ha efectuado diversas investigaciones sobre el origen de las razas americanas y sobre la posibilidad y probabilidad de que hubiera sido poblado el Nuevo Continente por habitantes provenientes del Asia de que tan frecuentemente se ha hablado como hipótesis, pero que hasta ahora no ha encontrado fundamentación.

En la esperanza de que tal vez las comparaciones lingüísticas pudieran ofrecer algunas conclusiones sobre este interesante problema, o por lo menos algunos esclarecimientos que pudieran acercarnos a una solución, comenzó el autor, el estudio de las lenguas americanas y especialmente de aquellas que les eran más accesibles. Pero estando en ello, vió que quedaba defraudado en sus esperanzas, pues ni en las raíces de los idiomas mexicanos, ni en las del guaraní o del mochica en el norte del Perú o mucho menos en el extinguido Chibcha, alguna vez hablado en Nueva Granada y tampoco finalmente en las del quechua y el aimará, se encontraron similitudes de las cuales podría haberse deducido relaciones de parentesco con las palabras radicales del chino, malayo o ario.

En razón de la falta de resultados de estas indagaciones pudo el autor comprobar con sentimiento que el tiempo empleado en ellas había sido perdido. Entonces decidió proseguir el estudio de las lenguas del Perú y así fue estructurándose la obra cuya primera parte se entrega al público en este tomo.

De los idiomas aborígenes del Perú estudiamos únicamente aquellas que se hablan en las partes civilizadas de la República. Para una investigación de las lenguas de los numerosos pueblos que viven en la región oriental del país, sin vida organizada y en condición salvaje y repartidos en las selvas, nos falta todavía noticias y datos necesarios que sólo se pueden obtener por medio de los misioneros. La obra se limita en consecuencia a tratar de tres idiomas, esto es, el Keshua o la lengua general del Inka, comúnmente denominada Kechua o quichua, el Aymarà y la lengua Chimú o Yunca. El idioma Keshua, el más importante entre los tres, es tratado más detalladamente y en cuatro partes, o volúmenes, de las cuales contiene la primera su Gramática, la segunda un completo Vocabulario, la tercera el drama **Ollanta** y la cuarta la literatura restante que se ha recopilado. La parte quinta de la obra se ocupa del Aymarà y la sexta del idioma Chimú. Constituyen en total seis volúmenes. No se considera un vocabulario del Aymarà por ser muy completo el que editó el P. Ludovico Bertonio y que basta hoy para todas las circunstancias, el cual se ha hecho fácilmente accesible al público por la hermosa edición facsimilar de Julius Platzmann. Del idioma Chimú, que se encuentra cercano a su extinción, no podría ya recogerse un Vocabulario organizado. Los restos supervivientes del que fué su léxico que ha podido recoger el autor en una larga estada en algunas localidades, están insertos en la Gramática.

Idiomas como los tratados, que no revisten importancia comercial alguna, y cuyo valor literario es limitado, pueden constituir una atractiva materia de estudio, siempre que en tal empeño se vea una muestra del espíritu humano y se editen los resultados en forma adecuada y cuidadosa. Puede que un trabajo como el anotado, el cual satisface una necesidad o llena una expectativa, sea tomado como extraño, pero en el limitado círculo de lectores que se interesa por tales estudios, cree el autor que se tomará en verdad como lo que significa.

Todo lo que recientemente se ha escrito sobre las lenguas peruanas y en especial sobre el Keshua consiste en más o menos

proporción, en extractos de las obras de los misioneros y pone a las lenguas en el lugar que ocupaban en la época de ellos, esto es, hace 300 años. Pero en el lapso trascurrido hasta hoy se han operado notables modificaciones, las que se pueden advertir aún en otras lenguas cultas más adelantadas, si se mira igualmente a las europeas.

Esta consideración lleva a revisar los anteriores trabajos sobre el quechua en vista de la necesidad de ser puestos al día.

Ya que esta gramática fué escrita primitivamente en castellano y con vista a su utilización práctica, contiene algunos desarrollos que parecerán superfluos al lector alemán. Pero se han incluido, puesto que pueden servir siempre para un mejor conocimiento del idioma, ya que no perjudican a lo fundamental.

Berlín, Diciembre de 1889.

INTRODUCCION

Entre los innumerables idiomas y dialectos que encontraron los europeos en las naciones americanas, cuando vinieron a establecerse en el Nuevo Mundo, habían tres que se distinguían de los demás, tanto por estar esparcidos en grandes extensiones de territorio, cuanto por su mayor desarrollo.

El Nahuatl o Azteca era el idioma del Imperio de Montezuma en Anahuac; a orillas del Paraná y en las costas del océano Atlántico dominaba el Guaraní, mientras en los países de la costa del oeste desde la zona templada del sur hasta abajo de la línea ecuatorial, se había propagado el idioma de los Incas. Estas lenguas están vigentes hasta nuestros días. El azteca se habla en la mayor parte de los Estados que forman la Confederación Mejicana, así como en muchos lugares de Nicaragua y Guatemala; el Guaraní con sus numerosos dialectos conocidos en el Brasil bajo el nombre de Tupi, es el idioma que entienden las diferentes tribus indígenas de las selvas comprendidas entre el Paraguay y la desembocadura del río Amazonas, y el Keshua es hasta hoy el lenguaje del pueblo en las tres repúblicas en que está dividido el territorio del antiguo imperio de los hijos del sol. Excepción hecha de Chile, en que el keshua nunca echó raíces profundas por estar este país muy lejos de la capital del imperio, y los lugares de la costa en los que tuvo que ceder el paso al idioma español, parece que el kes-

hua casi no ha perdido terreno, y actualmente lo comprende y lo habla la gente de la sierra desde la frontera de la República Argentina hasta más allá de Quito; y aún en varios lugares en que el keshua no dominaba en tiempo de la conquista, ha prevalecido en tiempo del poder español sobre los otros dialectos.

La tradición nos presenta al principio al Imperio Incaico como muy modesto. Quien siga los continuos y firmes progresos de su poder, fruto de un gobierno a la vez moderado y enérgico, no podrá menos que reconocer los méritos de esta raza, y será objeto de su admiración la rapidez con que se propagó su lengua. Otros pueblos han sometido en menos tiempo pueblos más vastos, pero con excepción de los Romanos y de los Arabes, no hay ejemplo de ningún pueblo cuya lengua se haya propagado hasta ese punto. La política de los incas era en apariencia benigna y conciliadora, pero en el fondo era inflexible y rigurosa. Mientras otros conquistadores trataron de hacer menos sensible a los vencidos la pérdida de su libertad dejándoles su organización propia y sus ritos religiosos, los incas no se contentaron con introducir de pronto su gobierno y su religión en los pueblos subyugados, sino que, convencidos de la superioridad de todo lo que ellos llevaban, obligaban a las tribus sometidas a aceptar su idioma. Los descendientes de los nobles en todas las provincias anexadas al Imperio, eran mandados al Cuzco para ser educados allí e iniciados en la civilización incaica y después de haber servido de este modo de rehenes, pues su presencia en la capital era una garantía de la fidelidad de sus padres, regresaban a su patria convencidos del nuevo estado de cosas. Que aún haya en el mundo países en los que semejante sistema pueda emplearse con igual éxito, no es de suponerse; pero en cuanto a la obra de los incas, sus resultados subsisten hasta nuestros días, y los españoles, a pesar de su mayor cultura, no han podido ni destruir la obra de sus antecesores, ni realizar una semejante.

Es verdad que el gobierno colonial nunca ha tomado medidas tan rigurosas para introducir el español en los pueblos conquistados. El desprecio con que los vencedores miraban a los vencidos, que indudablemente habían llegado a un estado de degradación indigno de la especie humana, era tal que no creían que ellos mereciesen ese trabajo. (1)

(1) En la introducción al "Arte de la lengua Yunga" de Fernando de la Carrera. (Lima 1644) se lee: "Aunque su Magestad (Dios le

Por otra parte, los misioneros cuyo único fin era propagar la doctrina cristiana, encontraron más cómodo aprender la lengua de los pueblos conquistados, que enseñarles la suya. Sucedió entonces que, cuando después de la ruina del Imperio Incaico su lengua principió a decaer, como en muchos lugares los dialectos que ellos habían suprimido reaparecieron, los misioneros trabajaron en el sentido de la política de los incas, y gracias a sus esfuerzos el keshua afianzó en regiones en que había ya principiado a perder terreno (Blas Valera, cit. p. Garcilaso.)

No desconocemos, como se vé, ni el talento administrativo de los incas, ni los trabajos de los misioneros, pero nos parece que ha habido otras circunstancias que favorecieron la extensión de la lengua del Cuzco. En la introducción a su gramática del keshua, dice Tschudi (sin citar la fuente de la que saca este dato) que, antes de la conquista de Quito por el Inca Huaina Kapaj, hablaban allí una lengua hermana del keshua. Si se advierte que Quito fué sometido al Imperio poco tiempo antes de la llegada de los españoles, que en la época de la conquista el keshua estaba firmemente establecido en esa región, y que en nuestros días no ha desaparecido aún, se debe considerar esta noticia de Tschudi como fidedigna, pues de lo contrario sería difícil comprender cómo un pueblo cuya cultura no era menos adelantada que la de los Incas, tuvo que renunciar en tan corto período al idioma de sus antepasados.

Si en ese país existía, según lo dicho, una lengua hermana del keshua, nos acercamos a esta hipótesis: que lo mismo ha debido suceder con otros lugares cercanos. De aquí se puede inferir que en los valles altos del Perú se hablaban diferentes dialectos que pertenecían a la misma familia, entre los que uno prevaleció; a éste que llamaron más tarde los españoles keshua, había acabado por ser el idioma propio de la raza que había llegado a dominar toda la región. El mismo nombre que los pueblos indígenas daban a su lengua parece apoyar nuestra aserción. Algunos autores han traducido *runa simi*, es decir, lengua del pueblo, como si ellos no conocieran más idioma popular. Algunos

guarde)en cédula de 2 de marzo de 1634, tiene mandado que se enseñe la lengua castellana a los naturales que estuvieren en la edad de puericia, primero que ellos estén capaces para poderles enseñar en nuestro idioma, se han de pasar más años que ha los de la conquista.”

autores han traducido *runa simi* por idioma de los hombres o idioma humano; pero si bien es cierto que *runa* significa hombre, ser humano en general, su sentido habitual es: súbdito, vasallo, sometido a una casta dominante; así es que *runa simi* quiere decir: lengua de los súbditos, del pueblo, é *Inca simi*, por el contrario: lengua de la nobleza, de los señores. Este idioma especial, que hablaban únicamente los incas, y que ningún plebeyo podía comprender, se perdió poco tiempo después de la conquista. (2)

El nombre de *Keshua* ó *Quechua* es debido a los españoles y se empleó solamente algún tiempo después de la conquista, pero los naturales no lo usan, y aún en nuestros días llaman su lengua *runa simi* como en tiempo de los Incas. (3) Sobre el origen de la palabra *keshua* para designar el *runa simi*, ha habido diferentes hipótesis; sin embargo esto se explica simple y naturalmente del modo que sigue.

Los naturales llaman a las más altas y frías regiones de las montañas *Colla*, particularmente las que están situadas entre las montañas de la costa y los Andes propiamente dichos, y en medio de los cuales está el lago Titicaca. Los más profundos y cálidos valles de la costa y los de la falda Este de los Andes se llaman *yuncas*. Entre la región alta y fría y la región cálida hay una templada que es la que se compone de valles elevados. Esta región se llama *keshua* o según otra pronunciación, *quechua*, o *quichua*. El Cuzco y otros lugares de importancia están situados en la región de los valles altos o *keshua*. Como en una gran parte del *Colla*, en el departamento que lleva hoy mismo el nombre de *Collado*, se habla el aymará, mientras en el Cuzco dominaba el *runa simi*, los españoles, a fin de distinguir este idioma del de *Colla*, lo llamaron lengua de los *keshuas* o simplemente *keshuas*. (4)

(2) "Y es de saber que los Incas tuvieron otra Lengua particular que hablaban entre ellos que no la entendían los demás Indios, ni les era lícito aprenderla, como Lenguaje Divino. Esta me escriben del Perú que se ha perdido totalmente." (Garcilaso, lib. VII. Cap. I.)

(3) El primer libro en que aparece la palabra *quichua* es el Diccionario de Antonio Ricardo "Arte y vocabulario de la lengua general del Perú llamada *Quichua*". En la ciudad de los Reyes, 1586. Torres Rubio (1603), Holguín (1608), Melgar (1691), siguieron su ejemplo.

(4) En tiempo de los Incas, las tribus establecidas en la región situada entre los ríos *Apurímac* y *Pampas*, eran designadas con el nombre común de *keshuas*; pero no se sabe si la lengua de esas poblaciones era la misma que la lengua de los incas, denominada por los españoles *Quichua*.

Como ya lo hemos dicho, los incas consideraban la propagación de su lengua como un medio de asegurar su dominación sobre las otras naciones sometidas por las armas, y como eran tan circunspectos y activos en su gobierno y en su administración, como valientes y entendidos en el arte militar, no nos admira el ver que pusieran especial cuidado en mantener la preponderancia de su idioma que es la mejor arma de la paz. El cultivo de la lengua y su enseñanza era una de las obligaciones de los *Amautas* o sabios. Esta corporación, que no debe confundirse con la sacerdotal, comprendía las cabezas más hábiles de la raza dominante y la flor de todo el imperio. Una parte de ella se ocupaba de la astronomía y de sus aplicaciones a la división del tiempo en años y meses, al arreglo de las fiestas religiosas que se celebraban en la época del solsticio, así como a la agricultura, para determinar el tiempo en que conviene sembrar los frutos de los campos; otros dirigían la educación de los jóvenes incas, los iniciaban en la religión de la idolatría (culto del sol) y enseñaban a los hijos de los principales súbditos el lenguaje de la corte; otros estaban encargados de la estadística, de los impuestos, de la contabilidad del reino, tomaban nota de las leyes y decretos así como de los sucesos importantes políticos u otros mediante la escritura de nudos que debían saber hacer y descifrar sin demora. Además de estas ocupaciones administrativas y jurídicas, se entregaban también los *Amautas* a trabajos que se podrían llamar literarios, si tal palabra pudiera aplicarse a gente para quien los caracteres de la escritura eran desconocidos. Había entre ellos poetas que en sus cantos celebraban el dios del sol y los grandes hechos de sus antepasados; otros cultivaban la poesía lírica en cantos llamados *yarahui*; otros por ende se ensayaban en grandes piezas dramáticas, en que trataban de sus reyes y de sus célebres guerreros o reproducían escenas de la vida del país. Estas piezas eran representadas en público en las grandes fiestas religiosas, no por actores de profesión, sino por los principales jóvenes, apareciendo en el teatro hasta miembros de la familia real. Hasta que grado de perfección se han podido elevar esas producciones poéticas, no puede juzgarse con exactitud, pues la mayor parte de las que hasta ahora existen, son de origen reciente, o al menos de una época posterior a la conquista del país por los españoles, incluso el drama de Ollanta, que muchos autores consideran como proveniente del tiempo de los incas. Pe-

ro nos inclinamos a creer que las obras perdidas tenían más valor que las que conocemos, pues la historia de muchos pueblos prueba que en una nación la época de mayor poder militar y de mayor desarrollo político, es también la más fecunda en trabajos literarios.

El poder de los incas llegó a su apogeo en el reinado de Huaina Kapajs, que ocupó el trono durante 50 años y murió 7 antes de la llegada de los españoles. Este célebre rey, cuyas empresas eran siempre dirigidas con prudencia y llevadas a cabo con éxito, extendió los límites de su imperio hasta Quito; el pueblo fue muy feliz bajo su dominación; gozó de esa prosperidad fatal que con frecuencia parece ser el presagio de futuras desgracias. En este reinado alcanzó la lengua su mayor desarrollo y cultura, pero en seguida principió su decadencia, cuya causa fue en primer lugar la guerra civil, que después de la muerte del inca estalló entre sus dos hijos, y en segundo lugar la ruina de la monarquía que se efectuó pocos años más tarde. Pero aún cuando el país no hubiese padecido estas desgracias, no es de suponerse que la lengua, en las circunstancias dadas, hubiera llegado a un alto grado de perfección, pues le faltaba el auxilio de la escritura. Para dar una idea de la manera como se desarrolla una lengua, se presenta muy al caso el siguiente ejemplo. En un discurso, en un poema, o simplemente en una conversación animada, un hombre inteligente inventa un nuevo término, emplea una construcción que, aunque usada por primera vez, agrada al auditorio, pues está en armonía con el genio de la lengua. Si se anota este neologismo por medio de la escritura, pasa al vocabulario de la lengua, y está a la disposición de cada cual; pero cuando no hay medios para conservar esos productos de un instante, son conocidos de muy pocas personas, caen en olvido y quizá más tarde serán hallados de nuevo, para volverse á perder. El desarrollo de una lengua que no tiene punto de apoyo en la escritura, nunca puede ir más allá de ciertos límites. Sólo por la acumulación de todos los elementos de una lengua en obras literarias, pueden las leyes gramaticales y la pronunciación tener fundamento seguro; el tesoro del vocabulario puede conservarse intacto, y el monumento de la lengua ser más vasto á la vez que asentado en terreno más firme. Se podría casi decir que el keshua carece hoy mismo de escritura, pues los indígenas, por el estado de estupidez en que cayeron a causa de tan larga opresión, no la usaron a pesar de

que estaba a su disposición. Los pocos trabajos literarios que existen son de aficionados de raza española o son traducciones de los misioneros. (5)

En ninguna de las obras históricas sobre el Perú, se encuentra mencionado el hecho de que los Incas hayan empleado la escritura de signos o los hieroglíficos; aún el arte que poseían los antiguos mejicanos, de mandar noticias y de tomar nota de los acontecimientos por medio de dibujos y de pinturas fue desconocido de los Incas (6). El único medio que empleaban para anotar hechos históricos o estadísticos, y para enviar mensajes que tuvieran relación con estos hechos era lo que llamaban *quipus*. Eran nudos enlazados de varios modos en cordones de lana diferentemente teñida, los que, formando franjas, eran prendidos en mayor o menor cantidad en una cuerda gruesa. Es difícil saber cuál es el pueblo que tiene el mérito de haber inventado ese arte de anotación, que se encuentra no solamente en otros países de América, como Méjico y el Canadá, sino también primitivamente en China; pero indudablemente en ninguna parte el arte de presentar las palabras de semejante modo por signos materiales ha

(5) El licenciado Fernando Montesinos recorrió el Perú hacia mediados del siglo XVII durante 15 años, y de los materiales que reunió compuso dos obras: "Memoria de la historia antigua" y "Anales Peruanos". Cree que el Perú es el país llamado Ofir en el Antiguo Testamento, y que fué primitivamente poblado por armenios. Su lista de monarcas principia 500 años después del diluvio y acaba con Huáscar. Refiere en sus "Anales" que el arte de escribir sobre hojas de plátano fue inventado en el reinado del tercer Inca Huaina Caui Pirhua y que dejó de usarse desde el sexagésimo octavo Topu Caui Pachacuti VI por que este soberano prohibió la escritura con amenazas de severo castigo. Pretende Montesinos haber sacado los datos de su historia peruana de las mejores fuentes, es decir haciendo descifrar los antiguos quipus por sabios indígenas, pero esa misma exactitud de los nombres y de las épocas provoca la mayor desconfianza a cerca de su autenticidad. Aún cuando esta crónica mereciese más confianza de la que en realidad inspira, no podríamos aceptar sino con cautela lo que dice el autor sobre la escritura. Sería muy raro, en efecto, que una raza que se atribuía una misión civilizadora, se hubiera privado por negligencia o de intento, de una invención o de un arte cuya utilidad tenía que ser evidente aún para la más limitada inteligencia.

(6) En diferentes lugares del Perú se encuentran figuras y dibujos de arte rudimentario, grabados sobre piedras, sobre rocas o sobre faldas de montañas; no se sabe nada respecto de su antigüedad y de su significación. Como ni ahora existe tradición alguna entre los indígenas acerca de esos signos extraños, ni se encuentra nada mencionado respecto de ellos en los antiguos autores, es probable que, así como las ruinas de Tiahuanaco, sean de época más antigua que los monumentos incaicos.

sido cultivado con tanto esmero como entre los Incas. El quipu peruano fue sin duda una invención muy ingeniosa; los ejemplares que se han encontrado en algunos sepulcros son tan largos y complicados que parecen contener detalladamente varias comunicaciones sucesivas. Pero el método empleado por los Amautas para sus registros y relatos anuales podía ser tan perfeccionado como grande su habilidad para descifrar adquirida por una larga práctica; lo cierto es que el quipu comparado con la escritura fue un expediente grosero e imperfecto.

Cuando un autor reciente (7) deplora que un velo impenetrable nos haya de ocultar para siempre la literatura inmensamente rica que contienen los quipus, exagera la utilidad que tenía la escritura de nudos para conservar las producciones literarias. En la obra titulada "Antigüedades peruanas" (8), se lee sobre lo que nos ocupa lo siguiente: "Es probable que al principio los nudos no sirvieron sino para la enumeración, pero con el curso del tiempo, este arte se perfeccionó a tal punto que llegó a ser el medio de expresar las relaciones históricas, las leyes y los decretos, así es que los más importantes acontecimientos del Imperio fueron transmitidos a la posteridad por los quipus que reemplazaban los documentos y anales". "En cada lugar importante, había un empleado (y a veces varios) llamados *Quipucamayoc*, encargado de atar y de descifrar los nudos. Pero por grande que fuese su habilidad, cuando el quipu venía de una provincia lejana, era siempre necesaria una explicación oral para saber de que materia trataba el quipu: de tributo, de registro de poblaciones, o de otras cosas". "Las tentativas que reiteradas veces se han hecho para leer los quipus no han tenido éxito, pues las dificultades que se presentan para descifrarlos son grandes; sin duda cada nudo tiene su significación, pero nos falta la ligazón. Además existe otro obstáculo para la interpretación de los quipus hallados en las tumbas, y es la falta de explicación oral acerca del contenido de esos documentos tan complicados, que, aún con ese auxilio, exigían para ser comprendidos, toda la habilidad de los *quipucamayocs*."

Si la mera relación de noticias estadísticas o de simples acontecimientos era incomprendible sin aclaración oral, como esa de-

(7) Tschudi, "Gramática de la lengua keshua", p. 124.

(8) "Antigüedades peruanas" de Mariano E. de Rivero, y de J. D. de Tschudi. Viena 1851.

claración era imposible tratándose de producciones literarias como obras históricas y dramáticas, está claro que no ha habido quipus de esa clase, pues no es verosímil que puedan los quipus reproducir textualmente obras semejantes.

El tenor de las producciones líricas o dramáticas era aprendido de memoria en las escuelas de los amautas, y, para aclarar la tradición y evitar que fragmentos de diferentes poemas fuesen mezclados y confundidos, debía haber en los quipus notas o especies de índices, que eran, como dice Prescott, un auxilio nemotécnico. Pero aún suponiendo la existencia entre los Incas de obras literarias, cuyos textos nos hubieran revelado una lengua castiza y perfeccionada, podemos afirmar que tales obras habrían ejercido en general poca influencia en el desarrollo de la lengua, no estando al alcance sino de muy pocas personas, y no siendo recitadas sino en círculos muy escogidos; pues la política de los Incas que cuidaba paternalmente de la felicidad de sus súbditos, prohibía como nocivo a la moralidad pública, lo que hoy suele designarse con el nombre de cultura de las masas.

El hecho de que a pesar de tales obstáculos la lengua keshua haya llegado al grado en que los españoles la encontraron es digno de notarse, y no hay duda de que su rápida propagación entre las poblaciones que sucesivamente fueron incorporadas al Imperio debe atribuirse, no sólo a la política enérgica de los conquistadores, sino también a la superioridad que los pueblos sojuzgados no podían menos que reconocer al keshua, comparándolo con sus propios dialectos bárbaros. Esta superioridad consiste mucho menos en la riqueza del vocabulario que en el gran desarrollo de las formas gramaticales a la vez simples y sólidamente labradas. La riqueza de la lengua ha sido ponderada por tantos autores, que nos vemos obligados a corregir esta opinión dominante. Los primeros escritores españoles que querían excitar el interés de sus compatriotas por los pueblos sometidos y combatir los errores que reinaban en Europa acerca de la inferioridad del estado de cultura de las naciones americanas, trataron de atribuir a esos idiomas cualidades que en realidad no merecían. Se elogió entonces generalmente la lengua del Perú; en seguida hubo autores que repitieron de buena fé esa afirmación, la cual se fue convirtiendo poco a poco en axioma (lo mismo sucedió probablemente respecto de lo que se decía de la riqueza del país); pero nadie se tomó el trabajo de averiguar si existía en el keshua

tal riqueza y en que consistía. A pesar de todo, hay un hecho que no puede pasar desapercibido para el crítico imparcial, tal es la pobreza de la lengua keshua en cuanto al número de sus palabras radicales. Y no se crea que esto sea verdad ahora no más y que una parte de los vocablos que en tiempo de la prosperidad del Imperio estaban en todas las bocas hayan caído en desuso y en olvido. Tenemos sobre este punto el testimonio de Garcilaso, a quien su parcialidad a favor de la raza, de que era originario por su madre, y sus esfuerzos para hacer resaltar todo lo que era digno de alabanza en su país, lo hacen más que nunca fidedigno, cuando confiesa algo que no es favorable a dicho país. (9)

Al hacer constar la pobreza del keshua, debemos añadir que es de suponerse que el idioma se haya empobrecido más aún en el período que siguió inmediatamente a la conquista. En la guerra civil, que hacía estragos cuando llegaron los españoles, pereció la mayor parte de la casta dominante. El rey legítimo, Huáscar, fue vendido por el bastardo Atahualpa, quien en su sed de venganza, hizo perecer después de la toma del Cuzco a millares de los partidarios de su desgraciado hermano. Con ellos fue destruida la corporación de los Amautas, flor de la cultura nacional; los pocos que se libraron de la muerte, últimos representantes de la antigua doctrina, perecieron poco tiempo después cuando se introdujo la nueva religión, víctimas del fanatismo de los cristianos. (10)

«Jorge Puccinelli Converso»

Sucedió, pues, que en pocos años, el país perdió sus mejores ciudadanos, todos los que se distinguían en las artes de los incas, y que a la vez, conocían y cultivaban su idioma. En esta época, la lengua keshua compartió la suerte del pueblo desgraciado que la hablaba; los conquistadores la despreciaron; y aquellos que hubieran debido cultivarla y conservarla como el único resto de su pasada existencia nacional independiente, ayudaron por el contrario a su ruina. Nada contribuyó ni en tiempo del gobierno colonial ni en la época de la independencia del Perú, a la conservación del keshua.

(9) "La cual lengua general, como se ha dicho, es muy corta de vocablos, empero muy significativa en ellos mismos". Garc. 1, 2, 17.

(10) En el año 1603, los descendientes Incas de sangre real presentaron una súplica al rey de España, en la cual pedían que, en virtud de su ilustre origen, fueran exentos de impuestos. No eran sino 567 y Garcilaso se admira de que sean tantos. Coment. 1, 9, 40.

Se nos objetará que olvidamos los trabajos de los misioneros. Sin duda los incansables padres Jesuitas estudiaron el keshua con la misma perseverancia que los otros idiomas, impulsados por su ardor a propagar la doctrina cristiana. Pero cualquiera que fuese el mérito de sus trabajos, no los escribían en interés de la lengua, sino para ayudar a los miembros de su orden en la conversión de los idólatras; eran obras escritas por extranjeros y para uso de extranjeros, y el cultivo de una lengua no puede ser confiado sino a personas que la hayan hablado desde el tiempo en que bebían la leche materna.

Después de la desaparición del elemento inteligente de la nación antes encargado por el Estado de cuidar la lengua, se empobreció naturalmente ésta, sobre todo en los términos abstractos. El uso de un término abstracto exige siempre un pequeño esfuerzo intelectual que el hombre inculto trata instintivamente de ahorrar. Que en esto los Amautas superaron en mucho al vulgo, está fuera de duda, a pesar de que, a juzgar por los medios de que dispone el keshua para tales expresiones, no puede haber alcanzado en la formación de las palabras el grado de desarrollo que encontramos en las lenguas del viejo mundo aún en su infancia. Sea de ello lo que fuere, en nuestros días el uso de los términos abstractos es muy raro; y si el curso de la conversación lo exige, el indígena prefiere emplear una expresión tomada del español a darse el trabajo de formar una en su idioma propio. Esta costumbre y la necesidad de emplear palabras extranjeras para el gran número de objetos traídos por los españoles y que eran desconocidos antes de la conquista, han dado al keshua moderno un carácter de corrupción que se nota aún en los lugares en que las formas gramaticales y la pronunciación han guardado cierta pureza.

A los lectores que no tengan tiempo ni paciencia para ocuparse detalladamente del idioma de los antiguos indios peruanos, pero a quienes les gustaría conocer sus cualidades distintivas, los siguientes ejemplos pueden dar una idea precisa de ellas y mostrar cuáles son las partes de la oración de que carece el keshua y los circunloquios que emplean los indígenas para reemplazarlas.

Entre las ideas abstractas para las cuales faltan términos simples, mencionaremos en primer lugar las colectivas. Casi siempre el keshua reemplaza la palabra colectiva que falta por el plural de los elementos que ella encierra. Así, para los conceptos de

ganado, tropa de venados, bandada de pájaros, (11) etc., no hay otra expresión que el plural de los animales que se supone reunidos; por ejemplo: "llamacuna", los llamas; "kuchicuna", los puercos; "piscocuna", los pájaros. Otras ideas colectivas se expresan por la repetición de los sustantivos simples, v. g.: "koiru-koiru", bandada de abejas; "sisi-sisi", hormiguero, "rumi-rumi", monton de piedras; "aco-aco", arenal; "mallqui-mallqui", arboleda, zarzal. Es de admirarse que un pueblo que tantas veces ha salido a campaña, no tenga ningún vocablo simple para las ideas de ejército, soldados, armas. En el drama de "Ollanta" para la expresión "fuerza armada", se emplea el término "runacuna", los criados, los vasallos, que no eran los guerreros sino los que preparaban sus hachas y sus flechas.

Nombres genéricos como animal, planta, materia, sustancia, cosa, no existen y deben expresarse con los nombres de las especies. La misma dificultad encontramos al querer traducir términos abstractos que en las lenguas modernas se usan a cada momento. Para expresar la idea de color o hay que nombrar un color determinado o hay que ocurrir a una perífrasis: "ima ñiraj cay", tener la apariencia de algo: "huj ñiraj cay", tener otra apariencia; y nótese que esto debe precisarse con una comparación determinada. Perífrasis análogas deben emplearse para ayuda del traductor, a fin de expresar la idea de forma: "ca' hina ruras-ka cay", estar hecho así; la de complejión, constitución: "iman-man-pas rijchay", hacer calor, hacer frío. Aún más, un gran número de términos abstractos no se pueden traducir como, clase, especie, rango, orden, persona, número y muchos otros.

Términos abstractos que expresan ideas compuestas y que en realidad tienen su origen en frases elípticas que el uso ha refundido en una sola palabra, se descomponen en keshua, y hay que traducir las diferentes operaciones del entendimiento que han cooperado a su formación. Así, por ejemplo, para expresar la palabra conspiración, se diría: después de hablar entre sí varias personas, se llegó a un acuerdo para hacer esto o aquello:

"Aska"	Muchos
"ukupi rimanacuspa"	hablando entre sí
"huañuchisaj nirkancu"	dijeron: queremos matar.

(11) Estas locuciones se expresan en alemán con una sola palabra (N. del T.).

Lo mismo pasa en cuanto al término contrato.

"Isçay"	Dos
"quimsa"	tres
"ukupi rimanacuspa"	hablando entre sí
"chaita rurasun ñiska'	dicen que harán esto.

En cuanto a la idea del Gobierno republicano, el indio, habiendo vivido durante siglos bajo un poder despótico, no puede poseerla. Para él todo gobierno reside en una persona única a quien da el nombre de "camachicuj uma", la cabeza que manda; la ley para él es un mandamiento, "camachiska" o la orden del maestro, "apusimi". La idea de los gobiernos modernos está más allá de los límites de su inteligencia y no se expresa sino por largos circunloquios. Podríamos citar muchos ejemplos análogos, pero no queremos cansar al lector con más enumeraciones. No haremos sino mencionar un hecho que caracteriza la naturaleza del indio peruano: entre las ideas para cuya expresión no poseen palabras keshuas se encuentran las de libertad y gratitud.

Por lo que acabamos de manifestar se ve a cuan largas y pesadas perifrasis da lugar la falta de términos abstractos: hay otras partes de la oración cuya carencia produce efectos opuestos. La pobreza del keshua se manifiesta no sólo en la pequeña cantidad de sus sustantivos sino en el reducido número de medios de que puede disponer la lengua para la ligazón de las frases.

Le falta el pronombre declinable y la conjunción que.

Los siguientes ejemplos muestran las dificultades con que tiene que luchar el keshua para las construcciones de las frases simples. En la frase: "Respecto de las cosas que me has comunicado, te contestaré de paso", se puede en alemán (12) ampliar de muchos modos la primera parte de la frase por la introducción de adjetivos y adverbios o de frases adverbiales. Se podría decir por ejemplo: "Respecto de las cosas desagradables que me has comunicado ayer inconsideradamente, sin que te haya preguntado nada sobre ese punto". Estas como otras ampliaciones que en todas las lenguas europeas se podrían intercalar en esa frase, quedan excluidas en keshua, a causa de las particularidades de la construc-

(12) Lo mismo en castellano (N. del T.).

ción, pues una sola palabra o mejor dicho una sola expresión contienen toda esta frase:

Huilla-hua — skayqui-cuna manta-ka.
Dichas a mí por tí cosas respecto de.

Del mismo modo la frase:

“A causa de la reconvencción que te ha hecho”, se traduce también por una sola expresión: *anya-su-shayqui-cuna-raicu-ka,*

Reconvencción por él a tí hecha a causa de la.

Se ve como la necesidad de reemplazar por construcciones de participios las proposiciones subordinadas que en alemán (13) son regidas por pronombres relativos, conduce a larguísimas palabras cuya pronunciaci3n es difícil. Dos particularidades del *kes-hua* aumentan esa pesadez: debemos exponerlas aquí, a fin de que se comprendan mejor los ejemplos dados más arriba. En *kes-hua*, el pronombre posesivo se coloca después del sustantivo, y se une tan estrechamente con él, que estas dos partes de la oraci3n se consideran y se declinan como un simple sustantivo. Así *huauke* significa hermano; *huauque-yqui*, tu hermano; *huauke-yqui-cuna*, tus hermanos. A ese carácter especial de la declinaci3n, corresponden en la conjugaci3n las formas que los antiguos gramáticos han denominado transitivas y que nosotros designaremos de este modo más característico: “Conjugaci3n en que est3n incluidos los pronombres personales”. Cuando el pronombre a que se refiere la acci3n expresada por el verbo es de la primera o de la segunda persona, se incorpora al verbo y se expresa por ciertas partículas, de tal modo que el verbo y el pronombre no forman más que una sola palabra. Las formas de la declinaci3n y de la conjugaci3n combinadas se encuentran con frecuencia reunidas en la construcci3n de participios: de aquí resultan condensaciones peculiares, de las que los siguientes ejemplos dan una idea clara: *huilla-hua-skayqui-cuna-manta-ka*, significa:

huillay — decir, comunicar

huilla-ska — comunicado

huilla-hua-ska — comunicado a mí

huilla-hua-skayqui — comunicado a mí por tí

huilla-hua-skayqui-cuna — las cosas comunicada a mí por tí.

(13) Lo mismo en castellano (N. del T.).

Esta expresión es considerada como un sustantivo, es declinable, y aquí está en ablativo con la partícula *manta*. La partícula *ka* (sufijo) que termina la expresión, se refiere a lo dicho o a lo que se va a decir, y sirve para reemplazar al pronombre relativo que falta.

Lo que contribuye esencialmente a que las frases keshuas tengan pocas y largas palabras, es la propiedad que tiene este idioma de formar verbos compuestos, intercalando diferentes partículas entre el radical y desinencias finales modificando así con mucha variedad la significación de un verbo. La soltura de la lengua sufre un importante perjuicio cuando una sola palabra se refiere a tantas cosas, pero el hecho de poder formar palabras de semejante modo es por otra parte la fuente de extraordinaria riqueza en los verbos, que compensa la pobreza de otros términos. Las diferencias de significación debidas a las combinaciones de partículas en que una sílaba, a veces un simple sonido, puede expresar lo que en nuestra lengua necesita adverbios o una frase entera, son una particularidad muy interesante del keshua; pero la acertada aplicación de las partículas es quizá la parte más difícil de esta lengua. Ese gran número de verbos explica el que los antiguos autores hayan ponderado la riqueza del keshua. Sin embargo, tal abundancia, debida a la unión de los verbos con las partículas, no merecen tanta estimación. Nos equivocáramos si considerásemos el mayor número de ellos como la suma de una prueba de cálculo de permutación, en el cual uno de los factores sería los verbos simples, y el otro las partículas. De los cuatrocientos y tantos verbos primitivos, cuya lista daremos después, muy pocos tienen las propiedades necesarias para unirse con varias partículas, y son principalmente los que se refieren a la vida intelectual y a las ocupaciones diarias. La mayor parte no se une más que con una u otra partícula y son verbos comunmente empleados. A pesar de estas restricciones, el gran número de verbos, cuya formación no es solamente teórica, sino que usan efectivamente ese signo debe considerarse; y puede uno persuadirse de ello, echando una mirada sobre la lista que se encuentra en el capítulo de la formación de las palabras.

Los pocos ejemplos que acabamos de citar, prueban que el keshua, tanto en sus formas gramaticales como en la construcción de sus frases, difiere mucho de las lenguas europeas. La mayor parte de estas, como pertenecientes a la familia aria, son lenguas de declinación; en ellas las radicales de las palabras sufren

alteraciones en los cambios gramaticales y en la formación de términos derivados. En keshua, por el contrario, el radical no se altera; las relaciones gramaticales se expresan por partículas anexadas, también invariables, pero que pueden combinarse entre ellas de muchos modos. Las lenguas cuyas reglas gramaticales descansan sobre principios semejantes a los del keshua han recibido el nombre de *aglutinantes* (G. de Humboldt) o *polisintéticas* (Du Ponceau). Ellas forman entre las tres principales clases en que se dividen generalmente las lenguas, las que comprenden mayor número de familias; pues, además del sinnúmero de dialectos americanos, pertenecen a esta clase de familia tartárea, la lengua de Malasia, la larga lista de los dialectos de Polinesia, y probablemente la mayor parte de las lenguas africanas. Esta gran rama de lenguas se subdivide en varios grupos, de los cuales, el americano, es el único de que nos ocuparemos aquí.

Es de notar que ninguno de los numerosísimos miembros de este grupo tiene con otro la menor analogía en el vocabulario. Por el contrario, en sus construcciones gramaticales y en su manera de formar las palabras se encuentran semejanzas características que revelan su parentesco. Una de las particularidades que llaman más la atención y de que ya hemos hablado, es la propiedad que tienen los verbos transitivos de encerrar en las formas de su conjugación y el pronombre personal a que se refiere la acción que expresan. Estas formas de conjugación se han encontrado en la mayor parte de las lenguas que han sido hasta ahora objeto de investigaciones, y Tschudi dice que son el vínculo de todo ese grupo. Otra singularidad consiste en que las personas los objetos o las acciones, sean designadas de diferente modo, según el sexo y la posición social de la persona que habla. En keshua el hombre llama a su hermano *huauke* y a su hermana *pana*, pero la mujer dice *tura* a su hermano y *ñaña* a su hermana: el padre llama a su hijo *churi* y a su hija *ususi*, la madre los llama a ambos *huachua*. Estas diferencias existen también en el Azteca: el Mixteca va aún mucho más lejos. El Mixteca llama *dzoho*, la oreja de una persona que es su igual, *tuahaya*, la de un superior; llama a su propia nariz *aziti*; pero cuando se trata del órgano nasal de una persona de condición elevada, dice, *dutuya*. A esta clase de diferencias pertenece también la formación de dos plurales para el pronombre de la primera persona, de los cuales el uno indica siempre que la persona a quien se dirige la palabra, u

otras, no están comprendidas en la palabra "nosotros". Por ende, lo que contribuye a imprimir al carácter de las lenguas americanas un sello especial, es la anexión de las partículas cuya unión con los participios o infinitivos da origen a palabras extraordinariamente largas que para traducirse en lenguas europeas necesitan una frase y hasta dos. De aquí el notable contraste que ofrecen las lenguas aglutinantes con la tercera de las clases en que se dividen los idiomas de la tierra, es decir con la clase de las lenguas monosilábicas. Todos los elementos de estas lenguas, representadas por la china, las radicales, las partículas, y todas las palabras, son de una sola sílaba, invariables, y guardan siempre un mismo sitio en la frase, de tal modo que no hay ni declinación, ni conjugación, ni formación de las palabras, sino una mera coloración y agrupación de las diversas partes de la oración.

Hemos colocado el keshua entre los idiomas de la gran familia americana: ocurren ahora varias preguntas. ¿Forma el keshua un grupo especial con otras lenguas? ¿hay o no dialectos de la misma familia que él? ¿debe considerarse como una lengua primitiva, derivada de lenguas anteriores, o formada de elementos mezclados?. Un examen profundo de estas cuestiones ofrecería mucho interés, pues la contestación a estas preguntas arrojaría alguna luz sobre los tiempos prehistóricos del continente sudamericano y nos procuraría lo que hasta ahora no hemos podido conseguir, a saber, conjeturas fundadas en algo. El que la civilización de los Incas no ha sido la única que se desarrolló en los extensos territorios de su Imperio, es un hecho que las últimas investigaciones han puesto fuera de duda y que actualmente es aceptada por todo el mundo. Sin hablar de los imperios de Chimu y de Kitu, cuyos habitantes, cuando fueron incorporados al Imperio de los Incas, habían alcanzado un grado de cultura que igualó al de sus conquistadores, es de advertir que los monumentos más notables y antiguos se encuentran precisamente en la región que la tradición nos presente como la cuna de los hijos del sol. Las ruinas de Tiahuanaco, en la rivera meridional del lago Titicaca, existían ya en tiempo de los Incas, y Cienza de León nos cuenta que los indígenas no sabían nada de ellas; sólo decían que sus padres le habían contado que todas esas maravillas habían nacido en una noche. Estas ruinas de las que habla con admiración todo viajero que las haya visitado, no son en realidad sino cimientos de grandes edificios cuya construcción fue princi-

piado, pero nunca llevado a cabo : esas piedras de las cuales hay algunos de tamaño inmenso, yacían talladas, listas para un grandioso proyecto, cuya ejecución no fué interrumpida, según todas las apariencias, repentinamente. Aunque esta obra, de origen desconocido, haya permanecido hasta hoy inconclusa, siempre subsiste su importancia como monumento histórico. Una civilización que podía concebir tales planes arquitectónicos, y que nos ha dejado una prueba visible de que era capaz de ejecutarlos, es el resultado de varios siglos. El pueblo que emprendió esta obra debía ser numeroso y bien organizado, debía tener instituciones religiosas y sociales bien amoldadas y probablemente una lengua desarrollada en proporción a su cultura general. ¡Cual ha podido ser el destino de este pueblo! La interrupción acaso repentina de sus ocupaciones pacíficas hace pensar en una catástrofe súbita, como las que registra la historia de los pueblos orientales, en una invasión de tribus bárbaras, seguida de una de esas guerras de exterminio, de una vez y para siempre, pueden destruir un estado floreciente. Pero, cualquiera que sea la ferocidad de las ordas bárbaras, o los estragos que estallan a causa de guerras sangrientas, habría sido casi imposible que un pueblo entero se hubiera extinguido de una sola vez. En tal caso ¿cual ha podido ser el destino de la lengua de los que no perecieron? ¿Corrió la suerte del pueblo que la hablaba o la adoptaron los vencedores dándole preferencia sobre su propia lengua, o se mezclaron las dos, y de la fusión de sus elementos nació una nueva? Una nación poderosa y civilizada que ha sometido por las armas a otra más débil y menos culta no sólo la somete material sino también intelectualmente, y la obliga a que adopte sus instituciones y su idioma. Así hicieron los romanos en un gran número de sus provincias, los españoles en los países que colonizaron, y los Incas en los estados que incorporaron sucesivamente a su imperio. Pero cuando la nación vencedora es inculta y la vencida más civilizada, esta, sometida materialmente, recobrará paso a paso su influencia a causa de su superioridad intelectual, aún cuando no adquiriera de nuevo su pasada independencia. Su idioma no perece, es adoptado por los vencedores o se mezcla con el de éstos, y nace así una nueva lengua, en la cual prepondera los elementos de la más desarrollada, como lo vemos en los idiomas modernos que se formaron en todo el territorio del Imperio Romano, después de la invasión de los pueblos germanos.

Ninguna de estas suposiciones nos parece aplicable al keshua. Las antiguas tradiciones no contienen nada que pudiera interpretarse en favor de una u otra hipótesis; por el contrario, las que nos ha transmitido Garcilaso y otros, tienden a resolver el enigma de otro modo. En la introducción del drama de Ollanta hemos tratado de establecer una correlación entre la aparición de los Incas en el valle del Cuzco y la interrupción de los trabajos en Tiahuanaco. El pueblo que en época remota vivía en las regiones del Sur del lago Titicaca no había probablemente ocupado la región desde su origen ni se había desarrollado allí, sino que se había establecido en el país después de emigraciones quizá largas, trayendo consigo una civilización adquirida en otros países. Los trabajos de arquitectura de Tiahuanaco provienen de la civilización de esos emigrantes (14). Más tarde este pueblo dejó ese sitio por otro nuevo; fue expulsado por la invasión de ordas enemigas o por la rebelión de los pueblos indígenas subyugados; quizá también salió voluntariamente a causa de una mala cosecha, de una aridez duradera, de enfermedades destructoras, o simplemente de la inhospitalidad del clima. Una parte de los habitantes y quizá todos se fueron hacia el Norte, a los valles altos del actual Perú. Se hizo sentir entre los incultos indígenas que allí vivían, la influencia de su civilización más adelantada y esos extranjeros en fuga se convirtieron con el trascurso del tiempo en dueños del país. Es cierto que llevaban consigo su propio idioma, pero no podían propagarlo, por ser ellos muy reducidos en número. Tomaron entonces para consolidar su poder el idioma de sus súbditos y lo elevaron a la categoría de la lengua de la corte. Sin embargo, su propia lengua no dejó de ser cultivada,

(14) En el prefacio a la traducción del drama de Ollanta, Tschudi hace la siguiente hipótesis sobre el pueblo de Tiahuanaco: "Los trabajos de escultura en la frisa de la puerta monolítica y en algunas piedras, que yacen aún en ese lugar o que son conservadas en colecciones públicas o particulares, nos dan un indicio acerca del origen del pueblo que nos ha legado esos monumentos. Después de largas y profundas investigaciones, he llegado a convencerme de que esa nación pertenecía a la misma raza que los toltecas de Méjico (Nahuatlaken) y no era sino una de sus ramas que había emigrado hacia el Sur. Las figuras de la frisa de la puerta de Tiahuanaco tienen una extraordinaria semejanza con las de los teocallis toltecas, y allá como aquí han tenido la misma significación religiosa-simbólica. Esta opinión no es del todo nueva: hace más de dos siglos, ha pasado como una hipótesis, a que a veces se hacía ilusión y otras se enunciaba directamente; pero solo M. L'Angrand en su carta a M. César Daly la ha motivado."

pero sólo según parece, por la clase sacerdotal. Es esa misma lengua de los Incas de que habla Garcilaso, que no podían aprender los vasallos y que cayó en olvido poco después de la conquista del país por los españoles. Si esa lengua en tiempos posteriores era tan diferente de la usual, no ha podido suceder lo mismo al principio, y es natural que los Incas, al adoptar la lengua de los vencidos, mezclasen con ella los principales elementos de la suya. El runa simi, como lo hablaron más tarde y como subsiste hoy aún, puede ser considerado como el idioma indígena de las regiones keshuas mezclado con los elementos de la lengua de los Incas.

Veamos ahora si, examinando con atención el keshua, descubrimos en su origen la mezcla de varios elementos, como las reflexiones que preceden nos lo han hecho preveer. A primera vista el runa simi produce la impresión de una lengua primitiva, libre de toda mezcla extranjera, pues todas sus formas gramaticales son regulares, y en esto consiste el rasgo característico de las lenguas primitivas; pues en las derivadas y mezcladas las excepciones son frecuentes. Cuando el instinto lingüístico de los hombres no está engañado por influencias extranjeras, para construir formas gramaticales simples, sigue con una lógica inconsciente las reglas de su idioma, pues este es un producto instintivo, pero lógico, de la vida intelectual. Quien observe las primeras tentativas que hace para hablar un niño inteligente, notará que las excepciones son contrarias al sentimiento que tiene del idioma, y que quiere seguir siempre las reglas simples por que son más fáciles, verbigracia: en la conjugación de los verbos emplea las formas regulares en vez de las irregulares, dice: "geriecht", en lugar de "gerochen", (15) "fallte, gefällt" en vez de "fiel, gefallen" (16). De mismo modo proceden los idiomas primitivos que son lenguas niñas. Cuando se encuentran en una lengua formas que se apartan de las reglas generales, se puede admitir con fundamento que esa lengua ya no se encuentra en su infancia y que las formas excepcionales son o elementos extranjeros o restos de un idioma llegado a cierto grado de desarrollo. Por ejemplo, en español

(15) Olido.

(16) Cai, caído. Las primeras formas serían regulares, las segundas son irregulares. Ejemplos análogos podrían citarse en español: v. gr.: el niño dice "rompido" en vez de "roto", "andé" en vez de "anduve". (N. del T.).

encontramos como pretérito del verbo *ser* la forma *fui* en lugar de *si* que exigiría la regla, y cuando encontramos en latín la misma forma con el mismo sentido, deducimos que el español ha tomado esta forma como muchas otras del idioma de los romanos y que por consiguiente lo debemos considerar como una lengua derivada del latín. Si notamos que ya en latín el pretérito *fuí* es una forma irregular, que no se deriva más del infinitivo *esse* que del infinitivo *ser*, veremos que el latín no es tampoco un idioma primitivo, y nos remontaremos en la historia de las lenguas hasta el sánscrito, en el que existen las dos radicales *bhu* y *as*, con las que las formas dudosas se aclaran, de tal modo que admitimos en los tiempos prehistóricos la existencia de una lengua primitiva de la cual tanto el latín como el sánscrito se derivan.

En keshua no se encuentran excepciones de tal especie ni en la conjugación ni en la declinación; pero ciertas terminaciones, cuyo uso se extiende a todos los verbos prueban que en su formación ha cooperado más de un factor. Para ser esto visible, debemos tomar algunas reflexiones del capítulo que trata de la conjugación. Las formas del indicativo son caracterizadas de tal modo, que el consonante *n* se intercala entre la radical y las terminaciones, las cuales son formadas con los pronombres posesivos. Las formadas de tres tiempos del indicativo: el presente, el pretérito y el pluscuamperfecto, son enteramente regulares. Así en *ruray*, hacer.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Pres. *rura-n-i*, yo hago.

Pret. *rura-rka-n-i*, yo hice.

Plusc. *rura-ska-n-i*, yo había hecho; y en todas las formas del singular y del plural, subsiste la *n* del indicativo así como las terminaciones formadas por los pronombres posesivos. No pasa lo mismo en el futuro. En la primera persona del singular *rura-say* y del plural *rura-sun*, desaparece el consonante que caracteriza el indicativo y se encuentran terminaciones enteramente diversas. La diferencia es más sorprendente en el potencial, que se introduce la partícula *man*. Aquí encontramos desinencias irregulares al lado de las regulares, y ciertamente que las primeras son más usadas que las segundas. Para dar una idea presentamos aquellas dos formas:

Singular

- 1ra. Pers. *ruray-man*
2da. Pers. *rura-nqui-man* y *rura-hua;*
3ra. Pers. *ruran-man.*

Plural

- 1ra. Pers. *ruranchis-man* y *rura-shuan.*
2da. Pers. *ruranqutchis-man* y *rura-huajchis.*
3ra. Pers. *rurancu-man.*

Las tres formas *rura-huaj*, *rura-shuan* y *rura-huajchis*, así como las del futuro *rura-saj* y *rura-sun*, difieren a tal punto de las otras desinencias, que se reconocen luego en ellas elementos extranjeros, partes constitutivas que han sobrevivido de otro idioma, el cual no se da a conocer entre los dialectos hablados fuera del keshua. Debemos pues considerarlas, conforme a las opiniones enunciadas, como transmisiones de la lengua peculiar de los incas al *rura-simi*. Es indudable que también el vocabulario se ha enriquecido con palabras provenientes de la misma fuente, a pesar de que nos falta todo punto de apoyo para juzgar del origen de las palabras simples del keshua. Hay algunas, aunque muy pocas, cuyo origen se puede admitir con fundamento provienen de la lengua Inca; por ejemplo, la misma palabra *inca* que significa señor; Cuzco, nombre de la antigua capital, que quería decir ombligo, centro. También de los dialectos de las tribus sometidas pasaron numerosos elementos a la lengua general, pero se emplearon menos en la capital; su uso quedó limitado a las provincias de que provenían; ahora mismo, en las diferentes regiones del país se encuentran expresiones extrañas al dialecto del Cuzco.

De los idiomas que se hablan en el Perú, además del keshua, los más importantes son el Aymarú y el Chimú. Este último, que se hablaba entre los límites de un Imperio extenso y poblado, está en vísperas de perecer, pero el aymarú está aún en todo su vigor. Forma una grande isla lingüística, que se compone de una pequeña parte del Sur del Perú y de una gran faja de tierra en el Norte de Bolivia. Principia a dominar en Puno, ciudad situada a la orilla Oeste del lago Titicaca, y se extiende al Sur de ese lago en el valle del río Desaguadero hasta Oruro. La Paz, capital de Bolivia, y las ruinas de Tiahuanaco, están comprendidas

allí. Después de lo que hemos dicho más arriba respecto de la introducción, impuesta por la fuerza, del keshua en las poblaciones sometidas por los incas, debe causar sorpresa el encontrar en posesión de un idioma extranjero una región tan extensa, situada en el centro del antiguo imperio, y en la cual, según la tradición, los hijos del sol pisaron tierra por primera vez. El autor, cuando estuvo en el Cuzco, oyó contar la siguiente tradición, que no va a referir sino para refutarla luego. Los habitantes de la provincia de Aimaraes, distrito colocado a la orilla izquierda del Apurímac, pertenecían a una raza inculta e indócil que soportaba a duras penas el yugo incaico. Cuentan que, como castigo de una rebelión, el rey hizo trasportar a toda la tribu a orillas del lago Titicaca, mientras habitantes de esa región fueron a ocupar el lugar que dejaban los aimaraes antes de su expulsión. Pero la terquedad de los aimaraes permaneció inflexible, perseveraron en su estado de salvajismo pasivo con rencorosa obstinación, y quedaron refractarios a la lengua de los incas, así como más tarde y aún en nuestros días a la española. Aunque lo que se acaba de contar está de acuerdo con los procedimientos seguidos por los incas en casos semejantes, considerada atentamente la explicación que nos da esta tradición, no se puede sostener. Ya la suposición de haber vivido en la pequeña provincia de Aimaraes este pueblo que hablaba varios dialectos y que se componía de varias tribus, es inverosímil. Se podría creer más bien que los aimaraes fueron trasladados por los incas del Colla al Apurímac; y así estaríamos de acuerdo con la opinión de Garcilaso, a saber que esta población tenía ya su asiento allí, antes de ser sometida por los incas, lo cual se verificó en el reino del quinto rey Capac-Yupanqui. Pero los vestigios de la lengua aimará, que existen en otras regiones del Alto Perú, prueban que las cosas pasaron de otra suerte.

El aimará parece haber sido el más antiguo de los idiomas peruanos, en todo caso, era en aquella época el más esparcido. Su centro el Colla, es decir la región que se encuentra al rededor del lago Titicaca. El hecho de que los territorios situados al Norte del lago, donde actualmente se habla keshua, pertenecían antes al dominio del aimará, está comprobado por muchos nombres de lugares, que en keshua no tienen significación, teniéndola si en aimará. Así, en esta lengua *Lampa* significa litera, y *Ayahutiri* el río Ay, y estos son lugares bastante importantes de provin-

cias al Norte del lago. Al lado Este de la raya, el alto nevado Huillcanota, cuyo nombre proviene de un antiguo templo del Sol muy célebre situado al pie de la montaña, es también palabra aimará y significa casa del sol. Pero ese mismo estrecho, que la línea divisoria de las aguas forma entre el Titicaca y el Océano Atlántico, no era el límite del dominio de la lengua aimará. Más abajo encontramos el lugar denominado Checacupi, cuyas casas están situadas en los dos lados del lugar en que se une un afluente al río y *checa-cupi* significa en aimará izquierdo y derecho. Hasta en la aproximidad de Ollantay-Tambo, al Norte del Cuzco, hay una montaña cuya cumbre aparece detrás de otra, que se llama Arequipa, es decir cumbre visible detrás de otra.

Parece que los aimarques fueron esparcidos en toda la región alta, como se ve por los nombres de diferentes comarcas. Hay cerca de Lima en la línea férrea trasandina un lugar denominado *La Chosica*, que es la palabra aimará para mochuelo. Cerca del punto final de la línea en la falda Este de los Andes, esta la ciudad de *Tarma* que en aimará quiere decir un hombre obstinado y testarudo. Mas allá en el Norte, al Este del río Marañón, encontramos la ciudad de Chachapoyas, de *chacha*, hombre, *chachapuya*, nube de hombres; probablemente es debido este nombre a la numerosa población que vivía antiguamente en esas regiones. Todos los nombres de lugares que terminan en *marca* (y hay muchos en la República del Perú) provienen del aimará: en keshua no existe tal palabra; no así en el aimará donde tiene el sentido de pueblo, villa (17). Un nombre análogo encontramos en Colombia: Cundinamarca, Cundiromarca. Podríamos citar muchos ejemplos; mas, estos son suficientes para mostrar que antiguamente el aimará se extendió mucho, pero que en la mayor parte de los lugares ha debido ceder el paso al keshua, con excepción de la región situada al Sur del lago Titicaca, de la cual la lengua del Cuzco nunca lo ha podido expeler.

El aimará y el keshua son idiomas hermanos, pero pueden comprarse a hermanos de un matrimonio en el cual los esposos son de raza diferente. Así como los hijos de tales enlaces son de una misma sangre, y sin embargo difieren con frecuencia en las facciones del semblante, en el color del pelo y de la cutis, así

(17) *Mark'a* con un sonido gutural significa en keshua alto de una casa, *Mark'ay*, verb. trans.; llevar entre los brazos, abrazar.

las dos lenguas están acordes una con otra hasta en la más insignificantes particularidades, pero sus formas gramaticales, tanto en la declinación como en la conjugación, y sobre todo la mayor parte de las palabras, son diferentes. Hay sin embargo algunas radicales comunes a los dos idiomas. Entre estas hay que distinguir las que sin duda alguna han pasado del keshua al aimará; son bastante numerosas, dado el sometimiento de los aimaræes a los Incas. Al lado de las expresiones keshuas hay a veces otras propias del aimará para designar los mismos objetos u acciones. Otras veces se presenta el caso contrario; palabras que en su origen pertenecían al aimará han sido adoptadas por el keshua. Por fin, hay cierto número de radicales que parecen desde el principio haber sido propios de cada uno de los dos idiomas, pues no forman sinónimos. Datos más precisos sobre este punto se hallarán en nuestra gramática del aimará, en la que hay una lista completa de las radicales iguales.

Mientras el keshua y el aimará, con sus dialectos forman grupo, el chimú está aislado. El imperio Chimú, llamado Chimor en la lengua indígena, comprendía la región sur de las costas del Pacífico; se extendía desde el noveno hasta el tercer grado de latitud sur, y comprendía los actuales departamentos de Piura, Libertad y una parte del de Cajamarca. Su capital se hallaba en la inmediata vecindad de la ciudad de Trujillo, sus ruinas esparcidas en una extensa superficie, se conocen bajo el nombre de Gran Chimú. La lengua de este pueblo, el cual a juzgar por los monumentos que nos quedan, había llegado a cierto grado de cultura, parece destinada a desaparecer en un porvenir cercano. Su uso está limitado a la ciudad de Eten; pero los pocos habitantes de este puerto que la hablan están aferrados con tenacidad a sus antiguas costumbres nacionales. En la introducción a una Gramática de esta lengua, impresa en Lima en 1644 (18) y que se ha editado recientemente, el autor, cura de Reque, cerca de Chiclayo, nos da una lista de treinta nombres de lugares en los cuales en su tiempo se hablaba todavía esa lengua. Desde entonces, ella ha debido en la costa ceder el paso al español, en la región alta al keshua, y no se ha sostenido sino en el sitio más arriba

(18) "Arte de la lengua yunga" de los valles del obispado de Trujillo, autor el beneficiado D. Fernando de la Carrera, cura y vicario de San Martín de Reque-Lima, año de 1644. Reimpreso 1880.

indicado. Los españoles la nombraban *yunga*, según la palabra *keshua yunca*, que significa valles cálidos, y los indígenas la denominaban *muchic*. La lengua del imperio Chimú, el *yunga* o *muchic*, no sólo difiere de las dos lenguas de la región alta, cuyos sonidos guturales no conoce, sino que no encontramos en ella las particularidades que hemos señalado en las lenguas americanas en general; en este idioma no se introduce el pronombre personal en la conjugación de los verbos: no es aglutinante, y no hay en él largas expresiones compuestas. Cierta semejanza en la cadencia con el chino ha dado lugar a la afirmación muchas veces repetida en el Perú, y que muchos creen cierta, de que los *Culis* chinos sabían darse a entenderse con los habitantes de Eten; pero nuestra permanencia allí nos ha confirmado en la opinión, que se deduce ya de la gramática del cura de Reque, a saber que no hay la menor analogía entre el idioma chino y el chimú.

Dada la superficie en que se extiende el *keshua* y los grandes obstáculos naturales que dificultan el tráfico de los estados entre sí, es natural que el *keshua* se hable en las diversas provincias con acento diferente, y aún, que tengan varios dialectos. En Lima, ciudad en que los indígenas concurren de todas las partes del país, así como en mis viajes por toda la provincia de la región alta, he tenido varias ocasiones de persuadirme de que la pronunciación de las consonantes, sobre todo la pronunciación gutural, se marca tanto menos cuanto más lejos de la capital esté el lugar. Los dialectos que se diferencian más del idioma del Cuzco son los del centro de la actual República del Perú, es decir en el antiguo territorio de los Huancas, en la región de Huancayo y Jauja, más todavía en el valle del río Santa en el actual departamento de Ancas.

Sin ir más lejos en estas diferencias, nos limitaremos a algunas reflexiones sobre el dialecto de Ayacucho, a causa de sus relaciones de semejanza con la antigua lengua del Cuzco. El padre Gonzales Holguin, cuyas huellas han seguido todos los que se han ocupado después de él del *keshua*, nos dicen la introducción a la segunda parte de su diccionario, que sigue en su obra la lengua usada en el Cuzco (19), y su cofrade Torres Rubio confirma esto, y advierte que Holguin se había ocupado en el Cuzco durante veinticinco años del estudio de la lengua.

(19) ...por que aquí no seguiremos más que la sola lengua que agora anda corriente en el Cosco, común para todos, que todos la entienden...

Debemos pues admitir que las formas gramaticales dadas por Holguin son las que eran usadas en el Cuzco, hace trescientos años, es decir cincuenta años después de la conquista. Mientras en el Cuzco estas formas han cambiado mucho con el curso del tiempo, en el dialecto de Ayacucho han quedado en parte las mismas, a pesar de que por lo demás las lenguas de esta región es mucho más corrompida y la pronunciación de las consonantes mucho más confusa que en la capital. En general las formas antiguas difieren de las modernas por su pronunciación más duras como se verá por los siguientes ejemplos:

1.—El acusativo de los sustantivos que terminan en vocal el cual se forma ahora con la sílaba *ta*, tenía antiguamente del *ta*, otro sonido gutural:

en lugar de:	<i>runa-ta</i>	<i>runa-cta</i>
" " " :	<i>runacuna-ta</i>	<i>runacuna-cta</i>
" " " :	<i>rumi-ta</i>	<i>rumi-cta</i>

2.—En la nueva pronunciación, una consonante gutural *c* o *j* —ocupa el lugar de una letra labial— *p* o *p'*. El genitivo de las palabras que acababan en vocal, se forma añadiendo a la radical una *j* (que se pronuncia como la *ch* en alemán), en lugar de la *p* como antiguamente se usaba. Así se dice:

<i>runaj</i>	del hombre,	en vez de <i>runa-p</i>
<i>runacuna-j</i>	de los hombres,	en vez de <i>runacuna-p</i>

3.—Delante de las consonantes *t* y *s*, las nuevas formas cambian igualmente la antigua labial por una gutural. Así la terminación del subjuntivo, en vez de *pti*, es *jti*: *ca-jti*, cuando era, en lugar de *ca-pti*; *hamu-jti*, cuando vengo, en lugar de *hamu-pti*; *huajsi*, humo, en lugar de *huapsi*.

4.—Los plurales de la primera y de la segunda persona en la conjugación así como de los pronombres personales y posesivos, terminan ahora con una *s*, en lugar de la antigua *c* o *k*.

Se dice ahora:

<i>ruranchi-s,</i>	en vez de <i>ruranchi-c</i>
<i>ruranquichi-s,</i>	" " " <i>ruranquichi-c</i>
<i>ñokanchi-s,</i>	" " " <i>ñokanchi-c</i>
<i>Llapanchi-s</i>	" " " <i>llapanchi-c</i>
<i>Llapanquichi-s</i>	" " " <i>llapanquichi-c</i>

5.—También delante de labiales y guturales, una simple *s* reemplaza a la *ch* (tsch).

Se dice:

<i>ask'a</i>	en vez de <i>achka</i> (atschka)
<i>huesk'ay</i>	" " " <i>huichkay</i> (huichkay)
<i>hamuscani</i>	" " " <i>hamuchcani</i>

6.—Una *s* aspirada (*sh*) casi siempre reemplaza a la *ch* v. gr.: en las formas irregulares del potencial, se dice:

<i>cashuan</i>	en vez de <i>cachuan</i>
<i>rurashuan</i>	" " " <i>rurachuan</i>
<i>k'eshua</i>	" " " <i>k'echua</i>

7.—La antigua *m* se cambia ahora con mucha frecuencia en *n*. Así: «Biblioteca de Letras Jorge Puccinelli Converso»

<i>llank'ay</i>	reemplaza <i>llamcay</i>
<i>llant'a</i>	" <i>llamta</i>
<i>kan</i>	" <i>kam</i>

La partícula afirmativa *mi* que uniéndose a palabras que acababan en vocales pierde la *i*, se convertía antes en *m*, ahora es simplemente *n*.

<i>ñokan-cani</i>	en vez de <i>ñokam-cani</i>
<i>ñoka-canim</i>	" " " <i>ñoka-canim</i>
<i>Pin-hamun</i>	" " " <i>Pim-h'amun</i>

Como se ve las diferencias no son muy numerosas ni muy profundas, pero como se refieren a las formas de la declinación

y de la conjugación, la armonía de la lengua cambia considerablemente. No se puede afirmar con seguridad la época en que se pasó de las formas antiguas a las actuales. Como todas las modificaciones lingüísticas, esta se ha efectuado gradualmente y ha principiado desde el siglo XVII; pues en el drama del "Hijo perdido" que compuso a mediados de este siglo el archidíacono Espinoza, conocido bajo el nombre del doctor Lunarejo, se encuentran las dos formas, la antigua y la moderna. El drama de Ollanta no contiene sino las modernas, por lo que debe ser de época posterior.

Terminamos estas reflexiones preliminares, con una lista de las gramáticas publicadas hasta ahora sobre la lengua de los incas.

1.—Gramática o arte de la lengua general de los indios de los Reynos del Perú. Nuevamente compuesta por el Maestro Fray Domingo de S. Tomás, de la orden S. Domingo, Morador en dichos Reynos. Impreso en Valladolid, por Francisco Fernández Córdoba, 1560.

2.—Arte y Vocabulario en la lengua general del Perú, llamado Quichua, y en la lengua Española. En los Reyes, por Antonio Ricardo, 1586.

3.—Diego de Torres Rubio. Gramática y vocabulario en la lengua general del Perú, llamada quichua y en la lengua Española. Sevilla, 1603.

4.—P. Diego González Holguin, de la Compañía de Jesús, natural de Cáceres, Gramática y Arte nueva de la Lengua general de todo el Perú, llamada Quichua, o lengua del Inca, añadida y cumplida, en todo lo que le faltaba de tiempos de la Gramática, y recogida en forma de Arte lo más necesario en los dos primeros libros. Con más otros libros postreros de Adiciones de Arte, para más perfeccionarla el uno para alcanzar la Copia de Vocablos, y el otro para Elegancia y ornato. Impreso en la ciudad de los Reyes del Perú, por Francisco del Canto, 1607. Reimpreso: nueva edición, Génova, Pagano, 1842.

5.—D. Alonso de Huerta, Arte de la lengua quechua, general de los indios de este reyno del Perú. Impreso por Francisco del Canto. En los Reyes, 1616.

6.—*Diego de Olmos*, Gramática de la lengua Indica.— Lima, 1633.

7.—*D. Juan Roxo Mexía y Ocon*, natural de la ciudad del Cuzco, Arte de la lengua general de los Yndios del Perú. Impreso en Lima, por *Jorge López de Herrera*, 1648.

8.—El Bachiller *D. Esteban Sancho de Melgar*, Arte de la lengua general del Inga llamada Quechhua. Lima, *Diego de Lyra*, 1691.

9.—*Breve Instrucción*, o Arte de la lengua commune de los Indios, según que se habla en la provincia de Quito. Lima en la imprenta de la plazuela S. Cristóbal, 1753.

10.—*J. J. v. Tschudi*, El idioma Kechua, Primera parte: Gramática.— Segunda parte: ejemplos de la lengua.— Tercera parte: diccionario. Viena, Imprenta Real-Imperial de la corte y del Estado 1853.

11.—Del mismo: Organismo de la lengua Khetsua. Leipzig, Brockhaus, 1884.

12.—*P. F. Honorio Mossi*, Misionero Apostólico del Colegio de propaganda fide de la esclarecida y opulenta ciudad de Potosí, Gramática de la lengua general del Perú, llamada comúnmente Quichua.— Sucre, imprenta de López: sin fecha.

El mismo: Ensayos sobre las excelencias y perfecciones del idioma llamado comunmente quichua.— Sucre, 1857. El mismo: Diccionario quichua-castellano y castellano-quichua, Sucre, 1860.

13.—*Clemente R. Markham*. Apuntes para una Gramática y diccionario del kechua, lenguaje de los indios del Perú.— Londres, Trübner, 1864.

14.—*José Fernández Nodal*. Elementos de Gramática Quichua o idioma de los Incas.— Cuzco, en el depósito del autor (sin fecha).

15.—*José Dionisio Anchorena*. Gramática Quechua o del idioma del imperio de los Incas.— Lima, Imprenta del Estado, 1874.

16.—*Le Vte. Ontroy de Thoron*, Gramática y diccionario francés-quechua. Paris, 1886.

De estas obras conocemos las de Ricardo, Torres Rubio, Huerta, Holguin, Tschudi, Mossi, Nodal, Anchorena y Thoron. Las gramáticas de S. Tomás y Melgar no existían en la Biblioteca Nacional de Lima, y hemos buscado en vano la obra de Roxo Mexia, que, como nacido en el Cuzco, debía estar muy familiarizado con la lengua y ser muy apto para escribir una gramática. Las obras de Ricardo, Torres Rubio y Huerta, son breves compendios, seguidos de cortos diccionarios. Mucho más extensa e importante es la obra de Holguin. Este laborioso compilador había empleado 20 años en recoger materiales para su gramática y diccionario y a pesar de que a veces violentó en cierto modo la lengua, esforzándose por ajustar las formas de la conjugación a las de la lengua latina; y aunque su estilo flojo, a veces algo confuso, hace penosa la lectura de su libro, sin embargo su obra es hasta hoy mismo una de las fuentes más ricas para el estudio del keshua. Una nueva edición fue dada a luz en Génova por un italiano en el año 1842; la primera estaba llena de faltas de impresión, y con esta nueva se ha prestado a los aficionados al keshua un servicio que es de agradecer, pues la obra original principia a hacerse muy rara.

El doctor J. J. de Tschudi se ha esforzado por poner en orden las más extensas e importantes explicaciones de otros autores y por someterlas a la forma sistemática que se exige de toda gramática. En esto consiste la superioridad de su obra, pues por lo demás, es igual a las que se han publicado antes; aún más, con frecuencia reproduce de ellas formas que difieren de las modernas.

Hay ciertas partes de su obra, sobre todo párrafos que tratan de la comparación y de los verbos combinados con las, que contienen muchos errores. Debemos agradecer mucho a Tschudi el haber hecho imprimir al fin de su gramática el texto del drama de Ollanta, que se publicó entonces por primera vez; es el mejor de todos los que se han dado a luz hasta ahora, y si no está exento de faltas, es más puro de lo que el mismo Tschudi supone. Sensible es que Tschudi no haya conocido el idioma del Cuzco. La idea de que las formas gramaticales que difieren de las que constan en las antiguas obras son corruptelas o faltas de

copistas, lo induce a alterar el texto que ha puesto al frente de su traducción. Todos los textos conocidos del Ollanta traen las formas del lenguaje que actualmente se hablan en el Cuzco. Que Tschudi ignoraba esta circunstancia, lo prueban los referidos cambios del texto y también su juicio sobre el poema de Ollanta del doctor Nodal de que tratamos largamente en nuestro prefacio a la traducción del Ollanta.

El autor de esta gramática conoció la segunda obra de Tschudi solamente después de su regreso a Europa. Está compuesta con la gran aplicación que distingue a Tschudi. En una larga introducción, da una prueba de sus grandes conocimientos en todos los puntos que abraza la obra: hay allí una multitud de reflexiones y de datos interesantes. La parte de filología es una revisión detallada de la gramática que había publicado antes y se reduce a la exposición de la lengua, tal como se encuentra en las obras de los autores antiguos: sin embargo por ciertos datos se ve que Tschudi ha tomado conocimiento de las formas modernas.

Con el título de "Elementos de Gramática Quechua", el doctor D. José Fernández Nodal ha publicado una obra de 400 y tantas páginas, en que probablemente ha querido exponer al lector sus conocimientos de colegio y lo que ha aprendido por la lectura de artículos enciclopédicos. Trata de gramática general, de filosofía, de poesía y de música; luego, bajo el título de "Ortografía" habla de abreviaciones diplomáticas, de la escritura en cifras con sus claves, de figuras matemáticas, de signos musicales, de astronomía, de artículos de periódicos, de proverbios ingleses, de poemas, etc., etc., en un estilo confuso, lleno de palabrería y de expresiones pomposas, empleadas fuera de lugar. Se le podría perdonar al autor sus extravagancias, si, en la sección de su obra en que trata del keshua, la cual no es más que la cuarta parte, hubiera expuesto correcta y claramente las reglas de la lengua. Pero los conceptos que emite sobre el idioma de los Incas, no son más felices que las definiciones dadas sobre otros puntos. Como el libro de Nodal caerá difícilmente entre las manos de lectores alemanes, les ahorramos una crítica más extensa de esta gramática.

La obra de P. Honorio Mossi contiene dos tratados sobre gramática, y en ambas un diccionario. El segundo de estos con el título: "Ensayo sobre las excelencias y perfecciones del idioma llamado quechua", fue publicado en 1857; parece haber sido la

primera obra del autor, pues la gramática propiamente dicha, sino tienen fecha, tiene en cambio una dedicatoria al presidente José María Linajes, que no tuvo el mando sino desde 1858. Las dos partes de la obra de Mossi corresponden a las cuatro en que Holguin divide la suya. La primera contiene la declinación y la conjugación, la segunda o sea el ensayo, trata de las partes delicadas de la lengua; v. gr., las partículas, los adverbios y las postposiciones. Mossi vivía en Potosí (Bolivia) y había hecho allí sus estudios sobre la lengua keshua, no en circunstancias muy favorables, si se tiene en cuenta el dialecto de este sitio. Es cierto que se sirve de las antiguas gramáticas como base para su obra, sin embargo no se limita a copiarlas simplemente, sino que, como hombre de cultura filológica, trata de enriquecerlas con adiciones propias. Se ocupa principalmente de la declinación sobre la que hace reflexiones muy justas, y de la que no sigue ni las antiguas formas ni los neologismos: pues no sale del límite de las formas verdaderamente usadas. Conoce las terminaciones modernas de la declinación y las coloca al lado de las antiguas. No ha sabido desprenderse de las formas compuestas del verbo activo creadas con el auxilio del verbo de sustancia *cay*, que no son más que imaginarias; además no ha atribuido al pluscuamperfecto el sitio que le corresponde en la conjugación: en ambos puntos sigue la autoridad de Holguin. Sus explicaciones son algo prolijas y no siempre claras; sin embargo, en conjunto, la gramática del Padre Mossi es un buen tratado y una obra recomendable.

La pequeña gramática del Dr. D. José Anchorena, es la última obra publicada en el Perú sobre la lengua keshua. La etimología y la sintaxis se dividen en once capítulos o lecciones, y al fin de la obra hay un cuadro de las cifras, y otro que es un resumen de las diferentes composiciones de términos. El autor ha querido escribir un libro práctico que haga posible el estudio de la lengua en poco tiempo, y tiene la convicción de haber logrado su objeto, como lo indica esta frase de su introducción: "Creo, sin temor de equivocarme, que una persona estudiosa, podrá sin maestro y con sólo mi gramática y diccionario, hablar y escribir en dos o tres meses correctamente el quechua, aún que no haya tenido antes ninguna noción acerca de él".

No tenemos inconveniente en admitir que una persona estudiosa y de buena memoria, pueda aprender de coro, en la época indicada, toda la gramática del Sr. Anchorena; pero falta saber

si la lengua, que se ha aprendido de este modo, sería comprendida por un indígena. Los ejemplos que da el autor de su keshua, no hablan en favor suyo. No hemos podido analizar los versos (p. 120-127) que no están firmados y que debemos por esto considerar como obra del autor del libro; y no ha podido hacerlo tampoco nuestro profesor, un inteligente indígena de la provincia del Cuzco, nacido y crecido en medio del keshua y que ha pasado la mayor parte de su vida en relación con los indios. Además de inexactitudes gramaticales, hay en la obra del Sr. Anchorena un gran número de palabras que no se encuentran ni en los diccionarios, ni en el dialecto del Cuzco, y de cuya procedencia no dice nada.

Las faltas de la gramática de Anchorena, están compensadas por una mejora, que consiste en reducir por primera vez la conjugación de los verbos a las formas que están realmente en uso, y en suprimir las formas compuestas de verbos activos, inventadas por los antiguos autores.

II. El Aimará

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»
(Traducción del alemán por Franz Tamayo,
complementada y revisada por Estuardo
Nuñez).

PROEMIO

Se ha concedido el segundo lugar en esta obra al aimará, ya que su actual ámbito de expansión es muy amplio después del quechua y lo era ya en la época de la conquista del país por los españoles. Sin embargo, fundamentalmente, merece el Aimará ser considerado en preeminencia como el lenguaje originario de una raza, que alcanzó dentro de los pueblos sudamericanos el más alto nivel de cultura. En la Introducción se expondrá, hasta donde es posible sin demostración documental, que los Incas eran una rama de aquel pueblo que era designado con el nombre común de Kollas y cuyos restos y descendientes se denominan actualmente aimarás, y que por eso la lengua de los Incas ha de-

bido ser un dialecto del Aimará y que la Lengua Inka denominada por los aborígenes **Runa-simi** y por los españoles Keshua, fué adoptada con propósitos políticos y como lengua de su corte, tanto como más tarde fué adoptado y difundido como idioma estatal.

Si los puntos de vista expuestos y fundamentados en la Introducción son correctos, podría fluir de ellos que el grado de cultura conocido de los Inkas sólo fué alcanzado por propio beneficio en medida muy limitada y que mayormente provenía de otro pueblo originario y que sus adquisiciones fueron traídas y sólo desenvueltas y difundidas por todo el Imperio. Se deduce así que el Estado Inka, en la medida que lo conocemos por las tradiciones, probablemente no fué el único que pudo ser fundado sobre el suelo cultural de las comunidades y que de la larga serie de monarcas peruanos, nombrados por Fernando Montesinos en sus recuerdos historiales, se deja suponer al menos tanto como creíble, que ya mientras Manco Capac fundaba la dinastía incaica y su poderío, al mismo tiempo muchos otros reyes habían dominado sobre el reino peruano, los cuales aún cuando menos organizados y extendidos que los Incas, deben ser con todo tratados también como estados de cultura.

El autor ha llevado sus trabajos sobre el Keshua a una determinada conclusión, mientras ello fué posible, a fin de hacerlo conocido cerca del Aimará lo que por falta de medios literarios sólo podía suceder en determinada región y lugar. Después que para este fin permaneció largo tiempo en La Paz, visitó las ruinas en las márgenes del Lago Titicaca, así como los monumentos funerarios de Sillustani y luego siguió al Cuzco para compararlos con las existentes edificaciones incaicas de dicha ciudad y sus alrededores. Tales investigaciones y otras observaciones que había acumulado el autor en anteriores viajes por el centro y norte del Perú, lo guiaron a conclusiones etnológicas que son expuestas en la Introducción en forma compendiosa. No obstante que en la edición del primer tomo de esta obra estaba convencido de estas ideas, no las hizo resaltar, sin embargo en la Introducción a la Gramática Keshua, sino que las dejó, como estuvieron escritas desde años antes, para procurar orientar el desenvolvimiento de sus puntos de vista con la ampliación de sus estudios y comparación de las lenguas.

Berlín, mayo de 1891.—

INTRODUCCION

La extensión territorial en que actualmente se habla el aymará se extiende en las regiones sud-este, sud y sud-oeste del lago Titicaca y algunos valles de la vertiente oriental de los Andes. Forma una especie de isla rodeada y limitada al norte y al sud por provincias en las que domina el quechua como lengua popular; al oeste se extiende hasta la vertiente occidental de los Andes y la costa, todos lugares en que las lenguas autóctonas han sido invadidas y expulsadas por el español: hacia el este no tiene límite determinado, pues por ese lado la población aymará se hace gradualmente más rara, y puede decirse que en toda su extensión también muestra considerablemente la influencia de la cultura europea. Donde ésta desaparece se vuelve a encontrar tribus de indios que hablan diferentes lenguas, salvajes, y que viven en los bosques sin relación entre ellos y se mantienen respecto de las autoridades bolivianas en una completa independencia. Una parte de esta extensión territorial aymará, la situada al lado sud-oeste del lago Titicaca pertenece al Perú. Consta de dos provincias del departamento de Puno y Chucuito. Fuera de esto los indios puros que viven en los departamentos de Arequipa y Moquegua, hablan en parte su antigua lengua, aunque en los últimos tiempos ha tenido que ceder ésta en estas regiones, casi completamente al español, y sólo continúa hablándose en determinados lugares. (Nota: Según la «Guía de Forasteros» de 1795, la población aymará era en el Perú y en las siguientes provincias como sigue:

	Indios puros	Mestizos
Aimaraes	10,782	2,255
Arequipa	5,929	4,908
Camaná	1,249	1,621
Condesuyos	12,011	4,358
Cailloma	12,872	1,417
Moquegua	17,272	2,916
Arica	12,870	1,977
	72,985	19,452

(Paz Soldán, Geografía del Perú, pág. 422).

La parte más considerable de la población aymará vive en Bolivia. Abraza casi todo el departamento de La Paz con sus provincias : Cercado, Pacajes, Sicasica, Omasuyos, Inquisivi, Muñecas, Larecaja, Chulumani y Apolobamba; fuera de esto, una parte del departamento de Oruro, esto es, la ciudad de este nombre y las provincias Paria y Carangas. Aunque las regiones en que se habla el aymará, son bastante extensas, sin embargo el número de los habitantes no es considerable, ya que también la población de la altiplanicie sud-americana en proporción a su extensión, es siempre escasa. La falta de datos exactamente estadísticos, hace que no se puede determinar bien su número; pero se puede calcular aproximativamente que no pasa de 500,000..

(Nota : según el censo de la república de Bolivia de 1851, alcanzaba la población total de las once provincias que hablan aymará a 519,226 de los cuales indios puros 431,746. Estos se distribuían como sigue :

	Indios	Blancos y mestizos	Totales
La Paz	60,129	29,353	89,482
Omasuyos	87,753	4,565	91,318
Ingavi	65,840	5,870	71,710
Sicasica	48,808	4,509	53,317
Muñecas	34,812	6,210	41,022
Yungas	24,723	8,802	33,525
Larecaja	20,440	6,067	26,507
Inquisivi	17,247	3,844	21,091
Oruro	19,305	6,249	25,554
Paria	43,022	1,330	44,352
Carangas	20,667	681	21,348
	442,746	77,480	519,226

Mientras las poblaciones que actualmente hablan quechua, pertenecen a diferentes tribus y consiguientemente muestran formas de cara y de cuerpo diversas, los indios que hablan aymará, por lo menos los que viven en la altiplanicie, son tribus de la misma raza, y a más de poseer los caracteres generales propicios a

todos los habitantes del altiplano sudamericano, poseen un tipo particular que se distingue sobre todo del de sus vecinos del norte. La talla del aymará es en general menor que la que llamamos en Alemania. La mitad superior del cuerpo es larga proporcionalmente a las piernas; la caja torácica desciende considerablemente, es amplia y profunda, pues los pulmones son más grandes que en los habitantes de las tierras bajas; por la rareza del aire en la altiplanicie, precisa hacer más profundas inspiraciones para alcanzar la suficiente cantidad de oxígeno. También la cabeza es proporcionalmente grande, el cuello corto y grueso, las piernas sólidas, los pies pequeños y carnosos, los dedos de los pies cortos, el talón poco prominente, —justamente lo contrario del pie del negro, en quien el pie mismo y sus dedos son largos y el calcañar se extiende encorvándose considerablemente hacia atrás. La obesidad es rara, pero en general las formas corporales son en ambos sexos redondeadas. El color de la cara es bruno oscuro de cuero, no cobrizo, rara vez parejo, y más bien pecoso e impuro, aun cuando se lave la piel, lo que rara vez sucede en verdad. Los rasgos fisonómicos son toscos e inhermosos; la mejilla ancha parece a veces por el color bruno de la piel, un tanto rojo; la boca grande los labios espesos, la nariz maciza, los ojos pequeños, brunos y la esclerótica de un amarillo sucio. La frente baja, el cabello negro, espeso, fuerte sin tendencia alguna a ondular, las más de las veces trenzado y cayendo para atrás o enlazado alrededor de la cabeza. Toda la energía de crecimiento capilar parece haberse agotado sobre el cráneo de la cabeza, pues la barba, falta casi del todo en el sexo masculino, y sólo se encuentra uno que otro pelo en el labio superior y en las mejillas. La piel del indio, es en el indio puro, toda lisa, y con muy poco pelo en las partes pudendas y en los sobacos. La expresión de la cara es naturalmente en el indio una mezcla de pereza, de abatimiento y de estupidez. Rara vez se les vé departir juntos y casi nunca ríen, aún en los momentos en que beben, quedan largo tiempo sentados sin decir palabra, y entonces comienzan a cantar cantos que más parecen alaridos. Los mismos niños no se entregan en sus juegos a una ruidosa alegría, pero tampoco se les vé llorar frecuentemente.

Como la temperatura de la altiplanicie es de manera constante, inferior, los indios traen siempre un hábito de abrigo, y casi el mismo en todas las estaciones del año. Los hombres llevan

sobre el cuerpo una tosca camisa de Lana y encima un grueso y abigarrado poncho. Cubren la parte baja del cuerpo con unos calzones oscuros y bastante ceñidos, los cuales descienden un poco bajo la rodilla; bajo de estos calzoncillos de tosca lana gris que aparecen a manera de vueltas por debajo de los calzones y que cubren hasta la mitad de la pantorrilla.

Toda la parte inferior de la pantorrilla queda desnuda, las plantas de los pies están cubiertos de sandalias de cuero sin curtir. Los pies de los indios son insensibles a los grandes fríos ocasionales. Se les vé frecuentemente durante el reposo y aún durante el sueño, en medio de los más grandes fríos, estarse con los pies desnudos, y en los trabajos de amalgama de plata, quedan durante horas en medio del helado légamo. En cambio cubren la cabeza muy cuidadosamente. Usan gorros tupidamente tejidos, bien ceñidos y descendiendo hasta el cuello, como los campesinos de la Alemania central con largas y colgantes solapas para proteger las orejas y las mejillas; encima un ancho sombrero de paja o fieltro con una reducida y suelta copa.

Las mujeres usan también camisa de lana, —a veces de algodón—, encima, en vez de un manteo, una cubierta cuadrangular tejida de tosca y espesa lana rayada de colores vivos, que se sujeta sobre el pecho con un broche, o con una cuchara de plata, cuyo mango adelgazado en forma de aguja, sirve de broche. El medio cuerpo inferior se cubre con una saya de lana espesa, azul-obscura, que en su parte superior se estrecha en menudos pliegues. Las caderas anchas se consideran como una belleza, y de aquí que para apretarlas, se aumente el número de polleras de manera deforme. Las mujeres no llevan sandalias, y van con pies desnudos. Su tocado en la cabeza es particularmente inestético. Parece que originalmente constaba de un ancho sombrero, de cuyos bordes caían pliegues de paño o de terciopelo negro. Estas vueltas se levantan a ambos lados de la cabeza y toda la guarnición cae como una cortina hasta la mitad de la cara.

Los vecinos de los aymarás en la altiplanicie, alrededor del Titicaca, se llaman quechuas, porque hablan esta lengua, aunque al presente ya no se distingue si realmente proceden de las regiones que antiguamente designaban con este nombre. La ciudad de Puno, bahía peruana sobre el Titicaca, forma como el lindero lingüístico: los habitantes de la parte sud de esta ciudad son ay-

marás, mientras que en las menores partes del norte, viven quechuas. Ambas razas viven aquí desde siglos una junto a otra, sin mezclarse y hasta sin transmitirse sus idiomas. En el mercado se vé vendedoras aymarás y quechuas sentadas en filas distintas y separadas. Se diferencian de lejos por la forma de sus tocados: las mujeres quechuas traen sombreros con lisos y anchos rebordes y copa redonda y baja; la aymará en cambio lleva el fúnebre y raro tocado descrito antes. Lo más curioso es que estos tocados no son los tradicionales y nacionales, sino que proceden de los españoles, y el despego que existe entre aymarás y quechuas, se ha mostrado también en la imitación que ambos han hecho de diferentes modelos. En el resto del vestido se diferencian poco ambas razas; tampoco se nota gran diversidad en lo que toca a la estructura de la cara y a la estatura. En su natural parecen los quechuas menos agrios de genio que los aymarás, y tampoco son tan sucios. La suciedad de éstos, sobre tado en las mujeres, sobrepuja todo cuanto se ha visto antes en todas las tribus incultas. En el cuello, en la nuca, en las partes descubiertas del pecho, se vé una gruesa capa de mugre. Jamás se lavan, duermen con sus ropas, no las cambian jamás y las llevan hasta que salen en harapos.

Los indios que hablan aymará y que habitan en la vertiente oriental de los Andes, en las provincias de Yungas, Muñecas y Larrecaja, son de estirpe diferente que los aymarás del altiplano. Son mucho mejor conformados, esbeltos, el color de la cara es más claro y puro. La expresión de la cara es también más seria, pero no tan agria ni tan estúpida. Son más limpios y su hábito revela más gusto. Consta de angostos calzones que bajan hasta la rodilla y de una camisa de lana. Llevan sobre los hombros un pequeño tejido y sobre la cabeza un pequeño sombrero de paja sujeto a la barba por una cinta. Estas tribus parecen originalmente haber hablado diferentes lenguas, y más tarde, bajo el régimen de los incas, quechua. De aquí que los nombres de algunos lugares, por ejemplo, Yungas, son palabras quechuas, pues en quechua «yunca» significa valle ardiente. Pero con todo, como el quechua no se había arraigado, en esas tribus, sucede que, por la lejanía de estas provincias, el quechua ha sido expulsado por el aymará.

También se ha extendido el dominio del aymará hacia el este; que en una época remota este dominio ha sido aun más

extenso que al presente, y todavía más extenso que el dominio que hubo alcanzado la lengua quechua, es cosa del todo probabilísima, como lo veremos en este trabajo. Las pruebas se refieren a la existencia de islas lingüísticas aún en medio de regiones donde sólo se habla, así como de palabras aymarás en medio de diversos dialectos provinciales, sobre todo tratándose de nombres de lugares, que nada significan en quechua, pero sí en aymará, lo que prueba su derivación de esta lengua. Con fácil seguridad se deduce de los nombres de lugares, de la población primitiva de los mismos; pues aún cuando ésta hubiese sido expulsada y aniquilada, sus sucesores en la posesión de las tierras, conservan los nombres geográficos primitivos. Y cuando se dá el caso de imposición de nuevos nombres, la fuerza de la costumbre llega a veces a ser más fuerte que la voluntad de los conquistadores. No necesitamos ir más lejos para probar lo dicho. Todos los nombres de aldeas, en Sajonia y Turingia, que terminan en itz, son de origen eslavo, y lo mismo sucede en la Alemania del norte con los terminados en in y en ow. En los tiempos modernos, los americanos del norte han conservado a muchas ciudades de California su nombre español, y si en el dominio de la Unión, pocos lugares conservan aún su primitivo nombre indígena, la razón está en que los primitivos habitantes de los lugares no tenían en ellos morada y habitación fijas. Los nombres de ríos y de muchas montañas de la Unión son indios.

Los mismos españoles, que tenían la costumbre de nombrar los lugares descubiertos o colonizados con nombres de santos o de la Virgen María, sólo excepcionalmente han podido naturalizar estas nombres nuevos. En el Perú, casi todos los nombres proceden del tiempo antes de la conquista, y la misma capital sólo en los escritos oficiales o en algunos títulos de libros antiguos es nombrada Ciudad de los Reyes. Desde el principio como al presente, se llamó siempre con el nombre de la aldea en cuyo lugar se levantó: Lima.

Investigamos la extensión del antiguo reino inca y vemos en que regiones se encuentran nombres de procedencia aymará. Entre estos debemos contar todos aquellos que acaban en «marca», pues significa en aymará un lugar, una aldea, una ciudad. También se encuentra una palabra igual en quechua; pero en esta lengua significa en general un objeto que está delante de otro o encima, por ejemplo el piso superior de una casa: «huasijmar-

can». Otra palabra que frecuentemente se encuentra en la composición de nombres peruanos de lugares, es «chuqui». En quechua «chuqui» significa saeta, lanza, y en este sentido la palabra nada significa en la composición de nombres de lugar. Hay pues que considerar la palabra como una corruptela de la palabra aymará «choke», oro. Para el oído del habitante del altiplano, sea quechua o aymará, parece difícil distinguir la o de la u y la e de la i y las confusiones de estas vocales son entonces muy frecuentes, como sucede en la Alemania central con la ú la i, la d y la t, la b y la p. Que en los nombres geográficos en que se presenta la palabra «chuqui» se encuentra procedencia aymará de la palabra aymará «choke» oro, se prueba claramente con que, en los lugares en que existe, se encontraba antes oro, o se encuentra hoy mismo. Así los lugares «Chuquibamba», «Chokepampa», campo de oro; «Chuquicancha», «Chokecancha», patio de oro; «Chuquicara», «Chokekara», vellocino de oro; «Chuquimarca», lugar de oro; «Chuquimayo», río de oro; «Chuquipuquio», pozo de oro; «Chuquitanta», montón de oro, y otros. Otra tercera palabra con la que terminan muchos nombres geográficos en el Perú y Bolivia, es la sílaba «hua». Esta sílaba por lo demás, ni en quechua, ni en aymará tienen una determinada significación, pero pertenece a la última de estas lenguas, en la cual se usa con extraordinaria frecuencia como palabra completiva. Hay muchos nombres geográficos que acaban en «hua», como Moquehua, ciudad y departamento en el sud; Pischua, bahía y valle perteneciente a Chile; Pichihua, Andahua, Arahua, Pallahua (nombre de pico de montaña). Damos estos nombres sin considerar las regiones en que se encuentran estos lugares, para no anticipar nuestras próximas deducciones sobre el caso, y para evitar también repeticiones.

Si ahora nos volvemos del actual centro en que reina la lengua aymará, esto es, las costas del Titicaca, hacia el sud, para convencernos de la gran extensión en la que estas poblaciones se habían expandido, entonces encontramos sus huellas hasta más allá de Oruro, hasta el grado 18 de latitud. Entonces encontramos en la provincia Chayanta una palabra aymará que significa estaño, el cual metal se encuentra en esa región. También el primitivo nombre de la capital boliviana puede servirnos de prueba de que los aymarás se asentaron un tiempo en la región, pues la ciudad que en honor del primer presidente boliviano y vencedor

de Ayacucho, se llama hoy Sucre, se llamaba antes como hoy mismo: «Chuquisaca». «Chokesaka» significa en aymará barranco de oro. A la misma lengua pertenece el nombre de la laguna cenagosa en que desagua el Títicaca por medio del río Desaguadero. Este lago, bastante grande y en parte superficial, se llama Aullagas, palabra que viene de «aulla laca», la boca ancha-verosilmente; pues el lago no tiene desagüe o salida alguna, y se cree que el agua constantemente aportada por el Desaguadero se insu-me como tragada por las grietas de la roca en el interior de la tierra. Así pues los aymarás llegaron por el sud hasta Chavanta y la laguna Aullagas, y hasta Sucre, y su lengua se habla aun hoy en los dos primeros, mientras en Sucre o Chuquisaca la población nativa habla quechua, y la gente culta español. Hacia el oeste el aymará parece haberse extendido hasta la costa del mar, desde el grado 16 hasta el 23 de latitud sud abrazando regiones que pertenecen a los departamentos peruanos de Arequipa y Moquehua, lo mismo que las provincias bolivianas y peruanas que a consecuencia de la guerra han pasado al dominio de Chile, esto es, Arica, Tarapacá y Cobija. Esto se vé del anuario estadístico editado en Lima, la «Guía del forastero» para 1795, en la cual se consignan como aymarás a todos los habitantes de las regiones dichas. Esto se confirma todavía con que todos sus nombres geográficos son aymarás. Arequipa, la segunda ciudad peruana, en importancia, está a 40 leguas de la costa, en una altura de 2,350 metros, en un valle liso, al pie del volcán Misti. La actual ciudad de Arequipa fué sin duda fundada por los españoles, pero la región toda llevaba desde antes el mismo nombre. Según la tradición, este venía del quechua. Cuando los incas bajo Maita Capac entraron a poseer la tierra, cuenta la leyenda, el paisaje plugo tanto a uno de los capitanes, que pidió como gracia al rey de quedarse en el lugar, y el rey se lo concedió con las palabras «ari kepai» ¡y bien, quedatél! Pero esta etimología es tan buscada y tan forzada como la de Tiahuanacu, de la que hemos referido ya en la Introducción al drama Ollanta. Lo mismo que la palabra Tiahuanacu, el nombre en cuestión se explica muy fácilmente por su origen aymará. Contemplando del altiplano, el valle de Arequipa queda detrás del volcán que tiene una forma cónica. Ahora bien, «ari» en aymará significa la punta o filo, en el caso, el pico del monte; «quepa», «quipa», en aymará como en quechua, significa «detrás»; y así, «Ari-kepa» la región detrás del

pico del monte, la tierra tras del volcán. (Nota: Esta etimología de la palabra Arequipa queda reforzada todavía por la circunstancia de que la misma palabra vuelve a encontrarse en la geografía del Perú como un nombre de monte. En el valle de Huillcanota se vé un escarpado pico de monte surgiendo detrás de las altas montañas del valle. Este nombre se llama Arequipa, esto es, el monte detrás de la cumbre, o el pico posterior). Si ahora se concluye que el valle de Arequipa fué así llamado por los indios aymará, y posiblemente también habitado por ellos, entonces los nombres geográficos alrededor de la ciudad probarían que los Incas después de su conquista, impusieron e introdujeron habitantes venidos de otras partes, e introdujeron a la vez la lengua inca que verosimilmente llegó a dominar, pues todos los demás nombres en el valle son Quechuas: «Tingo» la confluencia; «Tiabaya» (tiya-hualla), la pradera habitable; «Sabandía» (Sapan tiya) el solitario; «Sachaca» la avenida de los árboles; «Socabaya» (socos hualla) el matorral de cañas; «Uchumayo» el pequeño río; «Paucarpata»; la terraza abigarrada; «Yadahuara» la tromba negra. De manera semejante a la palabra Arequipa se explica el nombre de Arica. La ensenada de Arica se abre hacia el norte y queda resguardada hacia el sud por un montículo o eminencia de roca llamada el morro. Una eminencia semejante hemos visto que en aymará se llama «ari»; «ca» viene de la sílaba aymará fuertemente inspirada, «ka o ia» la cual sílaba se encuentra en todas las palabras de la oración, y termina todos los sustantivos a semejanza de un artículo. Un poco hacia el norte de Arica en la costa, está un pequeño lugar llamado Atiquipa. «Ati» significa seto; por consiguiente Atiquipa; detrás del seto. El nombre de la antigua provincia peruana de Tarapacá significa en aymará una águila salvaje, «tarapaca», Iquique es una forma del verbo «iquiña», dormir; Cobija vienen de «cupija», situado a la derecha.

Si ahora nos volvemos a las tierras situadas al norte del actual dominio de la lengua aymará, siempre encontraremos más o menos huellas de la lengua en todo el altiplano sudamericano, hasta la misma línea ecuatorial, y quizás más lejos aún. Lo mismo que en las citadas regiones, las pruebas en estas comarcas, se basan también principalmente en los nombres geográficos en actual uso, los cuales acusan una significación y una procedencia aymará en relación a su aplicación y sentido, lo cual es imposible si se toma por base etimológica el quechua. Sentimos no

poder evitar al lector, en este punto la sequedad y aridez de estos exámenes etimológicos; pero son indispensables para fundar las consecuencias que de ellas creemos deber sacar.

Debemos comenzar aceptando que la gran depresión del suelo que existe entre la cadena de la costa y los Andes propiamente dichos, cuyas aguas se derraman en el Titicaca, fué antiguamente el dominio del aymará. Esto se deja comprender de las tradiciones históricas conservadas por los antiguos escritores españoles que trataron del estado de estas provincias antes de su sumisión a los incas y de las mismas guerras de conquista. Los collas, esto es, los habitantes del dominio Colla (Collao), y que entonces no se llamaban aún aymarás, constaban de diferentes tribus que obedecían a dos reyes. Las constantes hostilidades entre estos dos cabecillas dieron ocasión a los incas de inmiscuirse en sus diferendos. Primero vinieron a estas regiones bajo el rey Huiracocha, como lo cuenta Cieza, según Garcilaso ya bajo el cuarto rey Maita Kapac. Huiracocha concluyó con uno de ambos cabecillas del Colla, que acababa de vencer a su rival, un tratado de amistad. El hijo de Huiracocha, Inca Yupanqui avanzó sobre el Colla con un ejército y destruyó la entonces considerable ciudad de Ayahuri, después de lo cual la región fué repoblada con gentes de diversas partes del reino. Después de la caída de Ayahuri avanzó el inca adelante y subyugó poco a poco toda la región alrededor del lago. Hacia el fin del reinado de Inca Yupanqui se alzaron los collas y el rey no pudo ya salir en persona al campo para dominarlos, a causa de sentirse viejo y débil; pero confió esta campaña a su bravo hijo Tupac Yupanqui. Este venció a los collas en una batalla sangrientísima cerca de Pucará; se condujo después con alguna blandura, dejando sin embargo guarniciones incas en diferentes lugares fuertes del país, tratando siempre de asegurar la futura obediencia de los naturales con la introducción de nuevos pobladores. Estas medidas dieron por resultado que la lengua aymará o colla tuvo que ceder al quechua en todas las regiones al norte, noreste y noroeste del lago; y hoy los actuales habitantes son descendientes de aquella inmigración traída por los incas, y consecuentemente hablan quechua y son llamados quechuas. Sin embargo, los nombres geográficos se han quedado los mismos primitivos, y todos acusan procedencia aymará, y carecen de todo sentido quechua. Así es el nombre de Juliaca, el punto de bifurcación del ferrocarril en la llanura no le-

jos del lago : viene de «Sullaka» : «sulla» que significa grama húmeda, y «ka» que es un afixo articular. Pusi en la costa del lago : «pusi» el número cuatro; Calacoto : «Kala-coto» montón de piedras; Lampa : «lampa», las parihuelas; Arapa : «arapa» la carga de una bestia : Inchupalla : «kinchu», la oreja, «pallaña», saltar, requebrajarse; Ullama una raíz como patata; Ayahuri, compuesto de «hauri», el río de «ai» o «raya», también el río Ai.

El estanque del Titicaca es una depresión de la masa montañosa entre la costa y la cadena andina. Los ramales de esta cadena avanzan hacia el norte del lago aproximándose uno a otro, hasta que por fin se juntan, formando una profunda grieta entre ambos dos. El punto más alto de esta convergencia se llama el paso de La Raya. Se asciende a él gradualmente por el valle del río de Pucará hasta llegar a una secuela de pequeños lagos, cuyo desagüe parece ser el Pucará. Con todo, esta no es la única corriente de agua que tiene nacimiento en esos tranquilos viveros. Cuando el viajero los deja atrás, luego se apercibe que el camino vuelve a bajarse o deprimirse, aunque de manera insensible, y llega a la proximidad de un pequeño arroyo que fluye al principio muy tranquilo y después más veloz. Este arroyuelo se convierte más tarde en el gran Ucayali, que en su larga carrera lleva diferentes nombres, y que en esta altura, lugar de su origen, en el Paso de la Raya, se llama Huillcanota, por el nevado pico de este nombre, que se levanta junto al Paso. Pero el nombre de este monte viene de un celebre templo al Sol, situado al pie probablemente, y del cual al presente no se ha podido descubrir la menor reliquia. La palabra Huillcanota pertenece al aymará, pues en aymará antiguo Huilca significa Sol, hasta que más tarde la palabra quechua «inti» vino a ser de uso general. «Huillcan» es genitivo sincopado en vez de «hillcana»; «huta» la casa : así, la casa del Sol.

El paso de La Raya forma el divortium aquarum entre el estanque del Titicaca y el océano Atlántico, al cual fluye el Huillcanota. El hermoso valle de este río al cual se desciende del Paso de La Raya, era antes en sus valles próximos el corazón del antiguo estado inca; y la misma capital Cuzco estaba situada en una vertiente del mismo valle del Huillcanota. La parte superior de la cabecera de este valle, hasta el lugar Cacha, donde estuvo el templo de Huirakocha, estuvo poseída por una tribu de los indios Canas, y la parte inferior hasta la ciudad de Urubamba per-

tenecía al dominio de los Canchis. Estas dos naciones fueron probablemente las primeras que subyugaron los incas, y no parecen haberse alzado jamás contra sus señores, de manera que tampoco dieron lugar a ser expatriados a otros puntos del reino, cediendo a su vez el puesto en sus dominios a gente extraña. De aquí se comprende que los actuales habitantes del valle sean descendientes de los primitivos naturales. Esta población habla quechua, y en verdad que han conservado en medio de sí y en las provincias de la vecindad de Cuzco, la lengua inca relativamente en toda su pureza. Consecuentemente hoy se les cuenta por quechuas, al contrario de los habitantes del Colla, de los cuales se diferencian por la estatura, la esbeltez y la armónica formación de la cara. Sin embargo, tanto Canas como Canchis eran primitivamente tribus de collas, pues el padre Bertonio los considera en los prefacios a su Gramática y a su Diccionario, como naciones aymarás. De aquí se deduce que el aymará al principio del siglo XVII, si ya no predominaba en el valle del Huillcanota, se hablaba un tanto sin embargo, y que todo este valle fué primitivamente del dominio aymará, cosa tampoco dudable, pues a 40 leguas del nevado del Huillcanota, valle abajo, se encuentran nombres cuya etimología sólo se puede traer del aymará.

En cuanto al nombre de la primera localidad que uno encuentra, cuando se desciende por la ruta del Paso, —esto es—, Marangani, no estamos en estado de poder dar una etimología clara, y sólo la terminación «ni» muestra que se trata de una palabra aymará, pues la sílaba «ni» es en esta lengua la partícula posesiva, que significa lo mismo que en quechua la partícula «yoj». Lo mismo sucede con Sicuani, nombre de la capital de la provincia. Este parece venir de «chiua», yerbas que se comen cocidas; por consiguiente, «chihuani»; un lugar que las pro(d)uce. Tal vez también Sicuani vendría de «sijhua», una palabra qu(e) significa manojo de grama o de lana. El nombre Cacha se(de)ja derivar también del quechua, como del aymará. En la pr(í)mera de estas lenguas, Cacha significa mensajero, emisario; en a(y)mará el sentido es diverso según la pronunciación de las consonantes: «ka-cha» pradera; «kach'á» (ch más aspirada) el sodo(m)ita; k'acha (k aspirada) delgado, filo, abigarrado. Algo más abajo de Cacha sigue en el valle la pequeña ciudad de Tinta. Esta palabra no significa nada en quechua; pero en aymará significa servidumbre: «tinta-hake», el siervo, algo como el «mi tayo» en quechua.

La procedencia aymará del lugar Checacupi es más clara. Esta aldea está situada en la embocadura de un afluente de la derecha del Huillcanota, y sobre ambas orillas del mismo; y de aquí el nombre Checacupi: a derecha e izquierda. A la izquierda del Huillcanota está, distante algunas leguas del río, más o menos a igual altura con el Checacupi, el lugar «Acopia»: «ako», arena, y «p'ia», agujero, esto es, el agujero de arena. Tampoco el lugar Sangarará está en el valle del Huillnacota, sino a cierta distancia del mismo, a la derecha. Este nombre es también como los ya citados aymarás, pues la palabra «sancarara» significa en esta lengua el polvo de huesos que se emplea en el tratamiento de ciertas galenas argentíferas. Quiquijana se dice que deriva de la composición del nombre español Juana con el adjetivo quechua «keke», y sería «keke-Juana» la fuerte Juana. Pero la palabra es del todo aymará; pues «quiqui-ja-na» es el genitivo o locativo de «quiqui'ha»: lo mío, mi propiedad. Del nombre Pisac no podemos dar etimología, ni quechua, ni aymará. El lugar Calca, que está un poco más abajo en el valle, trae su nombre de las tumbas de roca, cuyas entradas distingue uno frecuentemente en los escarpados flancos del valle. Yungay, la región del valle en la cual iban los reyes del Cuzco a pasar los fríos meses del año, parece venir de «yuca» llave. Antes hemos mencionado ya que un poco más abajo de este lugar, en la región de Ollantaitambo, el agudo pico de un monte, que aparecía detrás del flanco del valle, se llamó Arequipa. En la misma capital Cuzco se encuentran huellas de aymará. Según la leyenda Manco Capac, primer rey, construyó una casa en Collcampata en una sección a manera de plataforma en el costado del Sajsahuamán, donde ahora se levanta la iglesia de San Cristóbal, y desde la cual se mira toda la ciudad. Más tarde se levantó allí un palacio regio, que aún existía en tiempo de Garcilaso, y del cual se distingue todavía algunos muros y portadas de fina (p)iedra labrada y juntada. Nota Garcilaso en este punto, en s(u) (de)scripción del antiguo Cuzco, que él no sabe lo que significa la (palabra) collcam, y sospecha que pertenezca a la lengua particu(lar) (de los) incas. (Nota: «El primer barrio que era el más princ(ipal) (se llama)ba Collcampata. Collcam debe ser dición de la lengua (particullar) de los incas, no sé qué signifique» Garc., Coment. VII, 8). Ahora bien, el nombre Collcampata consta visiblemente de las palabras «kollca» y «pata», las cuales, dos en quechua como en aymará tienen la misma

significación : la primera significa granero, la segunda terraza o plataforma. Lo que engañó a Garcilaso fué la letra m en «collcam». Pero esto es un genitivo sincopado aymará — «colcana» — «collcan» — y la n antes de p se hace fácilmente m. Así pues Collcana pata significa la terraza del granero, ya que los incas escogían siempre para guardar sus granos los lugares pendientes y escarpados. Si la lengua particular de los incas, que debía perderse después de la conquista, ha sido en verdad el aymará, presunción muy probable como se verá después, — entonces Garcilaso tenía razón.

Nos volvemos ahora hacia las regiones situadas al oeste y al norte del Cuzco, y buscamos si también se puede encontrar huellas aymarás, siempre basándonos en nuestro método de comprobarlas, como hasta ahora hemos hecho, en la naturaleza de los nombres geográficos. En la dirección noroeste encontramos primero la localidad Aimaraes, una provincia del departamento del Cuzco sobre la orilla del río Apurímac. Limita al oeste con el departamento de Ayacucho, el primitivo dominio de la tribu de los Chancas; al norte con la provincia Andahuailas, el asiento principal de la tribu de los quechuas, al sud con las provincias de los departamentos de Ayacucho y Arequipa, en los cuales todavía los aborígenes hablan de preferencia aymará. Aunque la provincia Aimaraes lleva el mismo nombre y la lengua y origen de este nombre actual debe atribuirse sin duda alguna a la lengua Colla, sin embargo, al presente la lengua aymará no se habla más en la provincia, y ha tenido que ceder en boca de los naturales al quechua. Así muchos de los nombres geográficos pertenecen a esta lengua y por otra parte, se encuentra también muchos que muestran claramente que estos lugares eran primitivo asiento de los aymarás. Así por ejemplo Lambrana («lamrana») significa un árbol muy semejante a nuestro aliso; Chumba («chumpa») el plato, la escudilla; Mutca, el mortero o almirez; Chuquibamba («choke pampa») campo de oro, nombre que reviene frecuentemente en diversos lugares del Perú y que acusa la existencia de una primitiva población aymará. Kotabamba («kotapampa») limita inmediatamente la provincia Aimaraes y significa campo de la laguna. También este nombre pertenece al aymará, pues kota es lago o laguna, mientras el mismo significado en quechua es «kocha», ya que el sonido ch (tsch) del quechua, pasado al aymará, en diversas palabras, se convierte en un sonido simple de t.

Más adelante, al norte, en el departamento de Ayacucho y Junín, entre los grados 14 y 10 de latitud, todavía se encuentra algún nombre que acuse origen aymará. Estas regiones fueron antes habitadas por las guerreras tribus de los Chancas y los Huancas, de cuyas lenguas nada se sabe. Entre los naturales reina ahora el quechua que se habla bien en Ayacucho, aunque sin una marcada diferencia de consonantes. En el departamento de Junín, esto es, en el valle de Mantaro, en Jauja y Huancayo, el idioma está muy adulterado. Al oeste del departamento de Junín, desde la cresta de la primera cadena andina, hasta la costa del tranquilo mar, se extiende el departamento de Lima. En los valles superiores del mismo existe un pequeño distrito rodeado por regiones en que se habla quechua, y en el cual los naturales hablan todavía un lenguaje especial, que es como un dialecto mezclado de palabras quechuas y aymarás. Se vé de esto por varios nombres geográficos, que esta última lengua se extendía mucho más en la antigüedad. Huaro-chiri, el nombre del lugar principal de la provincia del mismo nombre, está compuesto de «huaro», alto, y «chiri» frío, esto es, el alti frío, de «uma», agua; Ayahuiri, el mismo nombre que hemos encontrado ya en el país del Colla, del río Ai. El nombre geográfico Chosica parece mostrar que una antigua tribu aymará ha existido y se había extendido en estos lugares, muy abajo, hasta las proximidades de la costa. Chosica es la primera estación del ferrocarril trasandino en el valle del Rímac, a unos 900 metros sobre el mar y a 40 kilómetros de la costa. La palabra «ch'oseca» significa en aymará una lechuga. En la misma latitud geográfica se encuentra en la vertiente oriental de la segunda cadena andina, la ciudad de Tarma, nombre que en aymará significa un hombre salvaje.

Al norte limita el departamento de Lima, con el de Ancash. Este consta de dos regiones, las cuales están separadas aquí por las altas cumbres nevadas de la principal cadena de los Andes. La parte que está más próxima a la costa, al oeste, es el valle del río Santa, la otra parte del departamento, más pequeña, está al este de la cadena, entre ésta y el Marañón o curso superior del Amazonas. En esta región encontramos también dos nombres geográficos que sólo pueden tener origen aymará: Chavín y Huari. Huari es la capital de la provincia del mismo nombre y está a 3150 metros de altura, bajo el décimo grado de latitud sud. La palabra «huari» tiene en aymará dos significaciones:

como adjetivo significa fluido, delgado, laxo; como sustantivo significa vicuña, y es en este significado que aparece en muchos nombres geográficos de la región, en la que por lo demás existen otros nombres de origen aymará. Se encuentran pequeñas localidades y propiedades con este nombre en los departamentos de Ancash, Junín, Huancavelica y Ayacucho; más lejos las composiciones Huaripampa (campo de vicuñas). Huaricancha (patio de vicuñas), y también un alto monte llamado Huaripata (altura de vicuñas), el cual monte está en el límite de los departamentos de Cuzco y Arequipa. Chavín es un lugar de la provincia Huari, y el cual para diferenciarse de otros nombres iguales se llama Chavín de Huantar, por un río llamado así o por un pequeño lugar vecino de la misma denominación. Chavín es una corruptela o mala pronunciación de la palabra aymará «ch'api», espina, espino, con un probable cambio de p en v, cosa muy frecuente en los nombres peruanos pronunciados por españoles; de aquí el locativo «ch'apina», sincopado en «ch'apin», — zarzal. Lo mismo que Huari, el nombre Chavín se presenta frecuentemente en muchas otras regiones de la república, en el departamento de Huánuco, Lima, Huancavelica, en los que además se encuentra otros nombres aymarás. En Chavín se encuentran ruinas de un gran templo y de un castillo, los cuales no dan muestras de la arquitectura propia de los incas, punto sobre el cual volveremos más tarde. La lengua del departamento de Ancash es un quechua muy adulterado y mezclado de palabras aymarás.

Al norte del departamento de Ancash siguen en el altiplano los departamentos de Cajamarca y Chachapoyas. Ya se ha notado que todas las palabras terminadas en «marca» significan en aymará localidad. Otro lugar principal de este departamento es Chota, de «chuta», confín. En la vertiente occidental de los Andes, cerca de Trujillo, están las minas de Chuquisongo, en las que se explotan galenas auríferas. La existencia de oro en el lugar, se revela por su mismo nombre, pues «chuqui» es corruptela de «choke», oro; «sonko» significa en aymará el pericardio de los animales, que generalmente se usa para la conservación de la sal; así pues «chokesonko», bolsa de oro. También el nombre de Chachapoyas se deriva del aymará. En quechua no existe la palabra «chacha», pero en aymará significa hombre, lo mismo que en quechua «kari»; así «Chacha'puyo» significa nube de hombres, lo mismo que en quechua «kari»; así «Chacha'

puyo» significa nube de hombres, esto es, una numerosa población, que debió vivir antiguamente en el lugar. Sobre un alto monte a un día de camino de Chachapoyas, está un antiguo castillo situado al lado de una hacienda al pie del monte, y que en el Perú se conoce por la fortaleza de Cuelap. Pero la gente de la región sólo lo llama La Malca. Dos etimologías se pueden dar de la palabra Malca, y ambas de procedencia aymará. O bien malca es corruptela de marca, con el cambio de r en l, lo que frecuentemente sucede en quechua y aymará, y entonces La Malca no significa otra cosa más que : el lugar, la localidad; o bien «malca» viene de la palabra aymará «mall'ca» gargüero, y esta etimología es más probable. El nombre «mall'ca» se explicaría por el inacostumbrado acceso a este castillo tan extrañamente formado. En la muralla que lo cerca existe una abertura por la que se llega a una esplanada cercada de altos muros. De esta esplanada hay un camino que conduce al interior, cuyas paredes van aproximándose más y más hasta la entrada que es tan estrecha, que sólo un hombre y encorvado puede pasar. Toda esta entrada tiene pues el aspecto de gargüero o gazzate.

Al norte del Perú actual, en el departamento de Piura, no hemos podido encontrar nombres de procedencia aymará, a no ser que por tal se tome el nombre del departamento mismo y de su capital. Piura significa en aymará un granero; posiblemente esta palabra se ha formado por alteración de «piru» o «pirhua», la cual palabra en quechua significa lo mismo que en aymará. Tampoco en la actual república del Ecuador, el antiguo reino de Kitu (Quito), se encuentran huellas; pero sí mucho más al norte, más allá de la línea en los grados 4-5 de latitud, donde quedamos otra vez sorprendidos con el nombre de un estado que suena ni más ni menos que una palabra aymará : Cundinamarca. No se puede saber cómo esta palabra llegó a esta tierra. Cuenta el Historiador Herrera (Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano. Liborio Zerda. El Dorado XI, 55), que en Tacunga, ciudad al norte de Quito, en la actual república del Ecuador, Luis Daza, un soldado de Belalcázar, encontró un indio extraño quien refirió que pertenecía a un grande pueblo llamado Cundinamarca o Cundiromarca, el cual pueblo estaba a doce días de viaje, «Cunti» significa una región situada hacia el oeste; por consiguiente, Cuntinamarca significaría región situada hacia el oeste, y la misma significación

tendría Cuntiomarca, pues la partícula declinativa ro o ru señala la dirección a donde, mientras que na como partícula locativa indica el lugar en que se encuentra algo. Ahora bien, el lugar actualmente llamado Cundinamarca era habitación de los Muisca, y no está al oeste, sino al norte de Tacunga, y así no puede ser la tierra que hubo de pensar el indio. Sin embargo, queda la cuestión de que él señaló su patria con una palabra o nombre aymará.

De todo lo dicho resulta que la actual lengua aymará al presente, se habla aún en la parte sud del Perú y norte de Bolivia, en las regiones alrededor del lago Titicaca y en la vertiente oriental de los Andes, por una población de unas 500,000 almas; pero que en la antigüedad debió tener una mayor extensión, como se vé de los restos que quedan en algunos dialectos provinciales y más aún de los nombres geográficos: que estas huellas al norte y centro del Perú son aisladas; pero que se hacen más frecuentes a medida que uno se aproxima a las regiones en que la lengua sobrevive. Si queremos dar una explicación de estos hechos y tratamos de sacar algunas consecuencias de ellos, se presentan las cuestiones siguientes:

1) ¿Hay que aceptar que las poblaciones que hablaban la misma lengua, en regiones tan distantes unas de otras, procedían de una colonización incásica, colonización ejecutada por el trasplante de tribus rebeldes, en diferentes provincias del reino — o más bien habían estas poblaciones escogido por sí su habitación? y en este caso —

2) Poseían las regiones en que se encuentran huellas de su residencia, o eran simplemente pueblos nómadas, los cuales sembrando en su camino numerosos rezagados, vinieron gradualmente del norte hacia el sud, y se establecieron definitivamente en los bordes del Titicaca?

3) Fueron tal vez los aymarás los constructores de Tiahuanacu y del templo de Chavín?

4) En qué relación estuvieron incas y aymarás, y fué tal vez el aymará la lengua secreta y particular de los incas?

Como estas cuestiones son de la mayor importancia para la historia del origen de la cultura que los europeos encontraron

a su llegada en Sud América, merecen una explicación y que tratamos de darles una respuesta.

Los antiguos historiadores españoles que han referido la conquista del reino inca, cuentan haber sido una regla muy frecuentemente usada de la política inca, la de llevar colonias de habitantes de unas partes más antiguas del reino a las más nuevas, sacando a su vez de estas un número correspondiente de familias para trasplantarlas a la morada de las primeras o llevarlas a los lugares menos poblados del reino; y esto con el objeto de fortificar su poder en las provincias conquistadas y de refundir la población de las mismas. Sobre todo cuando las tribus subyugadas eran guerreras y se mostraban inclinadas a la rebelión, fué cuando más vigorosamente se hizo estos trasplantes del elemento inquieto. Se deja presuponer fácilmente que esta política se hubiese ejercitado en medio de poblaciones cuyo carácter cerrado y obstinado se ha conservado hasta hoy, aunque esta suposición no esté establecida expresamente por una tradición histórica. Según Garcilaso (Comen. II, 17, 18, 19; III, 7, 10), la sumisión del dominio colla comenzó bajo el segundo rey Lloque Yupanqui. Fué este rey quien hizo tributarias las regiones al norte y al oeste del Titicaca: Ayahuri, Hatun Colla (El grande Colla) y la tierra de Chucuito. Maita Kapac, el tercer rey, fué quien pasó por sobre canoas el Desaguadero, río que desagua el Titicaca, y subyugó Tiahuanacu, Hatun Pasaca y Cacyhuri. Bajo el quinto rey que hizo construir un puente de canoas sobre el Desaguadero, quedaron las demás provincias de la tierra Colla situadas alrededor del lago, incorporadas al reino del Cuzco. Según Garcilaso, los incas encontraron poca resistencia, y sólo en Ayahuriri y en Huai-cha tuvieron lugar sangrientos encuentros. Las más de las provincias se sujetaron voluntariamente, convencidas de la inutilidad de sus esfuerzos al frente del poder del inca. Según Cieza de León, cuyas relaciones son más claras y más fidedignas, la sumisión del extenso dominio colla no tuvo lugar tan fácilmente ni tan luego. Cuenta Cieza que el inca Yupanqui sólo logró tomar la ciudad de Ayahuri por astucia, y luego mandó asesinar a todos los habitantes. Un destino semejante habría cabido a la provincia Copacopa, y las tierras conquistadas así, habrían sido pobladas con pobladores extraños. Cuando el inca Yupanqui emprendió más tarde la sumisión del dominio Anti, los collas aprovecharon la (sig) ocasión para sacudir el aborrecido yugo de la

dominación inca a pesar de la suavidad de éste. Del Huilcanota, desde el Paso de la Raya, se levantaron todas las provincias alrededor del Titicaca, asesina (sig) ron a los gobernadores y funcionarios del inca y expulsaron doquiera a los nuevos pobladores inmigrados. El inca Yupanqui se lanzó inmediatamente a someter el alzamiento; sólo que el peso de los años era ya entonces para sus débiles fuerzas, muy grande, tratándose de semejante empresa; y así encomendó la conducción de las tropas reunidas a su hijo Tupac Yupanqui, tan célebre años después. Este venció a los collas coaligados en la sangrienta batalla de Pucará, al norte del lago, donde se dispersó el ejército de las alzados y fugó al otro lado del Desaguadero. Desde allá pidieron la paz, que les fué acordada por Tupac, bajo condiciones relativamente suaves; con todo quedaron en los lugares fuertes guarniciones permanentes; se establecieron colonias militares en muchos lugares y fueron trasportados habitantes del Colla hacia diferentes regiones. (Nota: y luego mandó (Tupac Inka) que de otras tierras viniesen mitimaes para ello, con la orden que está dicho; y así mismo entresacó mucha gente del Colla poniendo la de unos pueblos en otro, y entre ellos quedaron gobernadores y delegados para coger los tributos. Cieza, Crónica, II LV). Es indudablemente, según estas tradiciones históricas, que caravanas íntegras de habitantes del Colla fueron repetidas veces trasplantadas a otras regiones del reino inca, sobre todo de las regiones al norte del lago, y en las que desde entonces quedó introducida la lengua quechua. La cuestión es ahora de saber si las referidas huellas de restos de la lengua aymará, lo mismo que los nombres geográficos de este origen, se explican por estos trasplantes forzados. En contra de esta hipótesis existen varias consideraciones. Primero, no es verosímil (sig) que de los dominios relativamente no extensos de la tierra colla, se hubiese podido sacar tantos colonos, aún cuando se hubiese sacado a todos los habitantes. Luego, como el objeto de estos trasplantes era el quebrantamiento de la resistencia en las naciones rebeldes, y la aniquilación de su lengua y de su nacionalidad, no es creíble que grandes grupos de colonos se establecieran en un solo lugar, sino que más bien se les mezclaba con diversas gentes; por consiguiente los lugares a que se les llevaba, tenían ya sus nombres y no eran nombrados por los colonos recién llegados. Aunque las tradiciones históricas referentes a las conquistas de los incas y de que participan los historiadores espa-

ños, son fabulosas y en algunas partes muy poco seguras, podemos sin embargo considerarlas en conjunto como acordes con los hechos. Cuando oímos decir que provincias que se llamaban Aimaraes y Chachapoyas, fueron un tiempo conquistadas, podemos aceptar que estos nombres no fueron introducidos por los colonos que vinieron más tarde a estas regiones, sino que proceden de poblaciones que al momento de la conquista habitaban allí mismo, o que en tiempos anteriores habían tenido allí su residencia. Así se explicaría que el más boreal de los nombres aymarás, Cundinamarca, pertenece a una región que aún en tiempo de la mayor extensión del reino inca, estaba más allá de los límites del mismo, y no fué por consiguiente colonizado por los reyes del Cuzco. Pueden quedar restos lingüísticos de aymarás en varias regiones del Perú, en medio de poblaciones que hablan quechua; pero esto ya no es admisible tratándose de nombres geográficos, y estos deben proceder de naciones que habitan los lugares desde tiempos mucho más antiguos, naciones primero independientes y después subyugadas por los incas.

Esto nos conduce a la explicación de la segunda cuestión que nos hemos propuesto. Si los nombres geográficos claramente aymarás o collas, proceden de tribus que habían escogido por sí el lugar de su residencia y no fueron nunca forzadas a sus establecimientos, se puede sacar la siguiente consecuencia: un tiempo, una raza que hablaba esta lengua poseía una gran parte del altiplano sudamericano, o quizás algunas tribus de la misma, se extendieron gradualmente y se establecieron en diferentes regiones..... Contra la idea de una universal expansión de los aymarás en el altiplano peruano, está la circunstancia de que sólo se encuentra huellas de la misma en ciertas regiones, mientras no se encuentra alguna en vastos puntos situados entre las primeras. La existencia de un pueblo tan grande, sus guerras con los incas y su consiguiente sumisión, debieron conservarse en las tradiciones históricas, y esto es justamente lo que sucede con las tribus en torno del Titicaca. La aparición de raras huellas aymarás en las regiones del norte y su creciente aumento, según se adelanta hacia el sud, en la vecindad de las tierras donde actualmente subsiste la lengua, parece indicar claramente que esta raza ha venido del norte hacia el altiplano, que algunas de sus tribus se establecieron en diferentes regiones, y que por fin el resto se asentó en las orillas del grande lago interior. Una comprensión seme-

jante queda apoyada por lo demás en la existencia de numerosas ruinas de construcciones que sólo pueden provenir de pueblos independientes, pues casi todas estaban consagradas a la defensa. Que los incas no las habían construido, se vé claramente de la diversidad de arquitectura, tan característica en las construcciones de los reyes del Cuzco, que basta considerar la manera de juntar las piedras para reconocerla en seguida. Entre las muchas fortalezas y castillos en la región superior del Marañón, las más notables de estas construcciones, son la ya citada fortaleza de Cuelap en Chachapoyas y las ruinas del templo de Chavín de Huantar. Puede servir para la explicación de la cuestión que nos ocupa el considerar más de cerca estos edificios. El camino de Cajamarca a Chachapoyas, vá a través del Marañón y de las montañas que forman el flanco oriental del mismo valle, a lo largo del valle del río Chiri, un afluente de la derecha del Marañón, que en su curso ulterior llega a llamarse el Utcubamba. La ciudad de Chachapoyas no está en el valle mismo, sino a unas tres leguas del río, en una meseta u hoyada que se inclina hacia el valle. A unas leguas, antes que el camino salga del valle del Utcubamba, cerca a la aldea Magdalena, se vé a la izquierda del río, dominando las alturas del flanco del valle y sobre la cumbre de un alto monte, el cerco de un antiguo castillo, la fortaleza del Cuelap, llamada vulgarmente La Malca. Este castillo es la única fortaleza de la región, pues en Chachapoyas mismo no se encuentran restos de construcciones ni procedentes de los incas, ni anteriores. Parece que el castillo de Cuelap era un lugar de refugio general para los habitantes, en tiempos críticos. Para la táctica de los indios de entonces era un lugar del todo inexpugnable, y sólo rendible por el hambre. La cumbre de un monte, o mejor dicho, de una altura, está cercada de una muralla de 50 a 70 pies de altura, a través de la cual dos entradas largas y estrechas, a manera de gargantas, conducen al interior. El espacio cerrado por la muralla de 500 metros de largo y 150 de ancho más o menos, está actualmente cubierto de espesas malezas o matorrales, en medio de los cuales no es posible descubrir otros restos de construcciones. El gran cerco está bien construido de piedras talladas, sobre todo las extrañas entradas de que hemos referido. Las piedras, tanto en la muralla cuanto en las puertas, aparecen con argamasa, y no están tan bien ajustadas como en las construcciones de los incas.

Una arquitectura semejante muestran las ruinas de Chavín. El lugar está en la vertiente oriental de la Cordillera blanca, en el valle del río Paccha, que después de un curso breve se echa en el Marañón, más o menos a los 9°35' de latitud sud, esto es a más de 50 leguas geográficas de Chachapoyas y Cuelap. Las construcciones que un tiempo se alzaban en el valle de Chavín, parecen haber sido de una extensión considerable, como se vé de los restos de murallas y de los montones de ruinas actuales. Sólo se han conservado dos murallas contiguas una a otra hechas de gruesos sillares de piedra, y que no están perpendiculares, sino que se inclinan piramidalmente una hacia otra. De esto como de los muros derruídos se vé claramente que encima se sostenía una grande plataforma rectangular. Este edificio que generalmente se conoce con el nombre de «el castillo», era evidentemente un Templo, al cual se arribaban otros grupos de edificios, circundando anchos patios, los cuales edificios probablemente servían de habitación al señor del lugar. Parece efectivamente que Chavín era la capital de los collas o aymarás en esta región. En verdad el valle se estrechaba bastante para no dar suficiente espacio a una populosa ciudad; pero el clima extraordinariamente suave y agradable del valle a una altura de 3,180 metros pudo haber convidado al pueblo nómada a establecerse allí. Sin duda por esto se dió la preferencia a Chavín sobre el valle del río Santa en la vertiente occidental de la cordillera blanca, pues aunque la ciudad de Huaraz, principal lugar de este valle, esté más bajo que Chavín, sin embargo su clima es más crudo. Por lo demás, no es difícil comprender que el valle de Santa pertenecía al dominio colla, en el Perú central, y esto se vé por las diversas ruinas de antiguos edificios en diferentes lugares, sobre todo en la ciudad de Huaraz, y cuya grandeza se puede concluir de la actual magnitud de los escombros. Estos constan al presente de desnudas e informes masas, de las que sin embargo se ha excavado muchas grandes y bien labradas piedras. En esta región parecen los establecimientos de los collas haberse extendido hasta la costa del tranquilo océano, pues en el valle de Casma separado de Huaraz por la llamada cadena negra (no cubierta de nieve) se encuentra una fortaleza defensiva que recuerda la de Cuelap, y sobre un otero artificial, los restos de un templo, que estaba construído como los muros de Chavín, de sillares de granito, y no como las demás construcciones de la región costera, de simples ladrillos secados al aire.

Después de estas consideraciones generales sobre la probable extensión de los establecimientos collas en el Perú central, volvemos de nuevo a las ruinas de Chavín. Que el edificio generalmente llamado el castillo, no ha sido nunca tal castillo ni fortaleza, sino una construcción de objeto e intención religiosa, se ve no solamente de la inclinación piramidal de los muros, particular a todos los templos del Perú, sino también de dos hallazgos interesantes que se han hecho en el lugar. El interior de la plataforma toda de tierra amontonada, está atravesado por dos largos callejones de albañilería que se cruzan y ramifican múltiplemente, y continúan más allá de las mismas murallas principales. La cubierta de los callejones está formada de baldosas juntadas en forma de cartelas o repisas, y en uno de los cruceros en que estos callejones amplían un poco su constante estrechez, estas baldosas están sostenidas por un pilar. Este pilar consta de un bloque de granito prismático, en el cual se distingue con un poco de atención la figura de un ídolo, cuyo mamarrachoso aspecto está grabado en la piedra en líneas confusas. En otro lugar espaciado de los callejones, se encuentra otra gran baldosa parada de 2.20 m. por 0.70 m., en cuya superficie pulida está también dibujada con líneas cuidadosamente cinceladas y a la manera del anterior, el bosquejo de una figura humana semejante a la del pilar. Ambos representan seres enanos de pequeño cuerpo y cortas piernas, cabeza desmesurada, enorme boca y grandes colmillos y llevando sobre la cabeza un raro adorno o tocado, y cuyo tamaño es tan grande como el cuerpo que cubre. (Nota: Esta piedra se encuentra actualmente en el palacio de la Exposición en Lima y está en nuestra obra sobre el Perú reproducida de una copia fotográfica). Que la figura grabada en la piedra, lo mismo que la del pilar, representan ídolos, es cosa clara, y se vé de la semejanza de estas figuras con las caras que hay en los pots o tiestos excavados de las tumbas, y que se encuentran en todos los museos. Lo característico en estas cuevas es el tamaño enorme de la boca con colmillos sobre los labios y que avanzan de arriba y de abajo. Los ídolos encontrados servían probablemente para el culto secreto y tal vez sangriento del dios.

Lo que sobre todo hace interesante el descubrimiento de estas dos horribles figuras, es la circunstancia de su semejanza innegable con la figura central del portal monolítico de Tiahuanaco. En ambos se vé sobre un cuerpo enano una enorme cabeza,

de la cual se extienden una especie de radiaciones que acaban en Tiahuanaco, en parte, en cabezas de leones, y en Chavín en cabezas de serpientes. Ambas figuras tienen en la mano manojos de armas a manera de cetro. La idea de interpretar estas figuras como imágenes del sol por razón de estas irradiaciones, es una simple sugestión del prejuicio de atribuirse estas obras a los incas y su consiguiente explicación por el culto incásico del sol. Pero los templos en que se les ha encontrado no fueron construídos por los incas, sino destruídos más bien, justamente por la razón de estar consagrados al culto de otros dioses o ídolos. En verdad, los incas parecen no haber perdonado sino muy pocos de los santuarios consagrados a los dioses naturales de los pueblos por ellos subyagados, y entre estos tal vez sólo perdonaron el Templo de Pachacamas en Lurín y el de Huiracocha en Cacha.

Al sud de Chavín y del valle del río Santa, sólo se encuentran en el altiplano pocas ruinas de construcciones de una remota antigüedad, y lo que se halla proviene sobre todo de los incas: así el templo del sol y palacios de Huanuco viejo; el templo y casas reales de Huillcas Huaman en la vecindad de Ayacucho, y más lejos, las construcciones en el valle del Huillcanota, en Pisac, Ollantaitambo, Cacha y finalmente la ciudad de Cuzco misma. Recién más allá del paso de la Raya se comienza a encontrar construcciones de otro orden, y a las cuales pertenecen las ya citadas de Tiahuanaco en la costa sud del lago Titicaca, ruinas que son seguramente las principales y más importantes. Si nosotros consideramos la fortaleza de Cuelap y el templo de Chavín como obra de los aymarás o collas, y tenemos en cuenta que ambos están en lugares cuyo nombre parece provenir de esta lengua, tal como hemos visto que sucede respecto al nombre de Tiahuanaco, en otro lugar de esta obra (Ollanta, introducción, pág. 7); si seguimos verificando la gran semejanza de los ídolos de Chavín con las esculturas del gran portal de Tiahuanaco, y nos proponemos la cuestión de si debemos considerar también como obra de los aymarás las construcciones del Titicaca, entonces no podemos menos que aceptar la afirmativa. En verdad, hoy día una idea semejante parecería una incongruencia injustificada. Si uno considera a los aymarás actuales en su abatimiento, su inmundicia y su estupidez, parece imposible que una raza semejante hubiese nunca sido capaz de ejecutar trabajos y construcciones que sobrepujan de lejos a los de los incas. Pero tenemos ejemplos de

grandes civilizaciones caídas gradualmente desde una grande altura, y estas no son raras en la historia. Pensemos en los actuales habitantes de la India, de Mesopotamia; pensemos en la América central, en los actuales autóctonos peruanos, que en parte son descendientes de los incas, y que en edad remota llegaron a subyugar a los aymarás.

Que los incas no han sido los constructores de Tiahuanaco, se ve claramente de la tradición histórica que contradice pensamiento semejante, y se vé también de la gran diferencia de estilo de las actuales ruinas comparadas con la de los incas. La arquitectura inca muestra dos particularidades en las que la reconoce el viajero observador de la altiplanicie: la exacta juntura de las piedras, y la forma de las puertas, ventanas y nichos cuyos postes o pilares nunca son perpendiculares, sino que siempre se inclinan hacia-arriba, de manera que el claro inferior es más ancho que el superior. Esta forma de las puertas y nichos se encuentra tanto en las construcciones antiguas como en las últimas. La exacta juntura de las piedras fué mejorando poco a poco, de manera que ese criterio puede servir para apreciar la edad relativa de las construcciones incas que aún quedan en Cuzco. Alcanzaron su máxima perfección en los muros del templo del sol y en los de las últimas casas regias. En las construcciones anteriores las piedras son irregulares y polígonas, aunque siempre bien juntadas. A medida que la albanilería de piedra se perfeccionaba, tendían también a ordenar en hileras los pedruzcos, antes irregularmente amontonados.

Piedras cuadrangulares reemplazaron a las polígonas, y la juntura llegó a ser tan justa y estricta, que en muchos lugares no penetra en ella la hoja de un cuchillo. Sin embargo, a pesar de todo este cuidado, las hileras de piedras, aún en los mejores edificios, nunca aparecen tiradas a cordel y plomada, y tampoco son de igual forma y tamaño. Las piedras no eran labradas de antemano según una medida, sino se vé que cada piedra era preparada para su lugar, y canteada según su actual necesidad. (Nota: Se ha dicho frecuentemente que los incas no tenían un barro o argamasa para sus construcciones; pero este es un error. El autor ha estado repetidas veces presente en el Cuzco, en momentos en que se abrían pasos al través de antiguos muros incas, y se recogían con sumo cuidado las piedras. En verdad que de fuera no se distingue argamasa alguna entre los cantos de las pie-

dras; pero mirando al interior de la juntura se distingue entre sillar y sillar un fino barro o greda oscura que baña los lados. Esta argamasa se llama en quechua «llank'i».

Estas particularidades que distinguen la arquitectura inca se busca en vano y no se las encuentra en Tiahuanaco. Las aberturas de las puertas monolíticas no son trapecios, sino rectangulares. En una de ellas se nota sin embargo, en el claro superior, una pequeña inclinación del ángulo derecho, que en vez de ser obtuso, como entre los incas, es más bien algo agudo, es decir, la anchura superior del claro o abertura es un poco mayor que la inferior. Las mismas formas rectangulares se encuentran en los fragmentos de puertas, en los nichos de puertas y en los pequeños nichos murales, que aparecen en las dispersas piedras labradas. Las piedras de Tiahuanaco son mucho más finamente labradas en sus caras y cantos, que las que encontramos en cualquier edificio inca. Fueron seguramente labradas según una medida y en conformidad de algún modelo, antes de haber ido a ocupar su lugar; pues esto se concluye de que muchas de esas piedras yacen desparramadas, sin haber sido nunca juntadas en obras de albañilería. La disposición de las murallas es buena, pero no en la forzada manera de los incas, sino en una estructura como la de nuestros modernos tiempos o semejante a la de los griegos o romanos.

Por lo que toca a la referencia de Cieza de León (Crónica, Cap. CV.) y de que hemos hablado ya en la introducción al drama Ollanta tocante a la tradición histórica sobre el origen de Tiahuanaco, en verdad que ella pone en debate la cuestión de la fundación del lugar por los incas; pero no contradice en manera alguna su construcción por los collas. Los naturales contaron a Cieza que estos maravillosos edificios eran antiquísimos, y seguramente anteriores a la venida y conquista de los incas; pero que por otra parte sólo estaban comenzados y nunca habían llegado a término. Se podría suponer con estos datos que fué la llegada misma de los incas, la cual interrumpió toda vida autónoma de los collas, la que también puso fin a estas construcciones de templos y palacios que los collas levantaban para habitación de su señor y culto de sus dioses. Que los collas poseían experiencia en el trabajo de la piedra, por dura que fuese, se comprueba por lo que se vé en los monumentos sepulcrales de Sillustani. A un día de camino de la ciudad de Puno, se encuentra un pequeño

montículo que forma una pequeña península en el lago de Umayo y en la que hay buen número de los llamados Chullpas, especie de pequeñas torres redondas o columnas huecas coronadas cupularmente, y en las cuales se enterraban los muertos. Estas chullpas están contruídos sobre grandes bloques cuadrangulares de traquita, y cuyo labrado es muy acurado y perfecto a pesar de su gran dureza. Sillustani está cerca de Hatun Colla, uno de los principales lugares del altiplano. Las chullpas del montículo del lago Umayo eran tumbas regias, pues alrededor de ellas se vé en las alturas del contorno, otras tumbas semejantes, aunque más modestas, y en gran número, las cuales puede suponerse que eran tumbas de los principales o magnates del lugar.

Si comparamos los tres grupos de construcciones que por su diverso estilo hemos opuesto a los trabajos de los incas y atribuídos a los collas, esto es, la fortaleza de Cuelap en la vecindad de Chachapoyas y las demás contrucciones en el Marañón superior, las ruinas de Chavin de Huantar, Huaraz y Casma, y final (sig) en Chachapoyas y en el Perú central en el departamento de Ancash.

3) La raza había venido gradualmente del norte, y se estableció, después de la bifurcación de los dos establecimientos citados, finalmente en los bordes del Titicaca.

4) Los aymarás fueron los constructores de los monumentos funerarios de Sillustani y los fundadores de Tiahuanacu, y cuya edificación fué verosimilmente interrumpida por la sujeción del país por los incos.

5) Los mismos incas estuvieron en tiempos muy remotos en próxima relación con los aymarás o collas; fueron quizás una tribu de los mismos, que emigraron tal vez por motivos religiosos o fueron forzados a emigrar, pues la mayoría de los collas eran idólatras, mientras los incas adoraban al Sol.

6) Muchos años después de su separación volvieron como conquistadores, subyugaron a los collas e introdujeron su religión.

7) Como los incas eran pocos, no pudieron expandir su lengua entre sus súbditos, más bien adoptaron la de éstos y conservaron su propia lengua como hierática entre sus sacerdotes y

por esta razón se explica la existencia de raíces comunes en quechua y aymará, mientras en el fondo ambas lenguas son completamente diferentes.

Estas conclusiones no están de acuerdo con las que el autor puso en la introducción a su gramática quechua. En el tiempo en que aquella fué escrita, el autor no había tenido todavía ocasión de visitar el altiplano sudamericano, y sólo lo conocía por libros de viajes y referencias orales, y todo cuanto de esta manera hubo leído y oído respecto de los aymarás, era tan desfavorable, que estaba muy lejos de sospechar la primitiva significación e importancia de esta raza. Consecuentemente, creía que las construcciones de Tiahuanaco, el origen de los incas y su lenguaje particular debían atribuirse a un pueblo completamente desaparecido hoy día y del que no quedaba huella. Sólo muchos años después, cuando su viaje en el interior del Perú y de Bolivia, se convenció gradualmente por el estudio lingüístico y la comparación de las construcciones, del verdadero estado y relación que ahora ha indicado y que considera él cierto. La prueba de que los aymarás vinieron del norte es el hallazgo de sus primeras huellas más allá del Ecuador en los grados 5-6 de latitud norte que establecen por lo demás la presunción ya antes indicada, de que los gérmenes de cultura en Sud América, proceden del norte, probablemente de Centro América.

No existe tradición sobre el verdadero nombre de las tribus que invadieron del norte, el nombre como se llamaban a sí mismas o cómo eran llamadas de sus enemigos. La designación actual de los indios collas y su lengua como aymarás, viene, lo mismo que el nombre de la lengua quechua, de los españoles, y en verdad ambos nombres parecen haberse usado al mismo tiempo. En ninguno de los antiguos escritores se nombra como aymarás a los habitantes del dominio colla, esto es, las regiones alrededor del lago Titicaca; se les llama con el nombre de cada tribu, Pacases, Lupacas, Carangas, diversamente, o se les nombra en conjunto con el nombre de collas. Tampoco Garcilaso, cuya obra apareció en 1609, conoce aún el nombre aymará, que los misioneros comienzan a introducir entonces en sus gramáticas y catequismos; pues el tal nombre no estaba aún en uso en el tiempo en que Garcilaso abandonó su patria (1560). La designación de la lengua colla con el nombre aymará, parece haber sido usada por la primera vez por los jesuitas de Juli (1570), y aparece pocos años

después de un decreto del virrey del Perú, Francisco de Toledo, en virtud del cual se instituía al padre Diego Gonzáles Holguín, autor del diccionario quechua, en su empleo de intérprete en las lenguas quechua, puquina y aymará, con un sueldo de quinientos pesos (Arequipa, 10 de sept., 1575). No se encuentra ninguna explicación en los antiguos escritores, de la razón porque se llegó a nombrar aymarás a los collas, como tampoco del origen del nombre de la lengua quichua o keshua; pero parece que la ocasión fué la misma para ambos nombres. Los españoles encontraron en sus expediciones de conquistadores y correrías por el altiplano, que la mayor parte de los ex-subditos del inca hablaban la lengua por éste introducida, pero que a la vez cierto número de tribus conservaban su propia lengua, y que los dominios de ambas lenguas coexistían contiguos no lejos de la capital del reino. Como la lengua inca reinaba universalmente en la región de los valles superiores en que está la ciudad del Cuzco, y esos valles y sus mismos habitantes desde muy antiguo se llamaron quechua o keshua, así los españoles nombraron con el mismo nombre la tierra y la lengua inca. Dieron a la lengua colla que en diversos dialectos se hablaba alrededor del Titicaca, en Arequipa y hasta las regiones del Cuzco, para diferenciarla, el nombre de la provincia en la que ambas lenguas confundían su dominio, esto es, aymará. La tribu de los Aymaras vivía sobre (sig. pág. 546) qué dejaron los incas su primitiva habitación? ¿Fueron para ello forzados o lo hicieron de voluntad? ¿Eran emigrantes o expulsados? Tal vez eran motivos religiosos los que obligaron a los emigrantes a dejar la patria, y los que probablemente también determinaron a los restantes a no oponerse a estas emigraciones? Los collas en el Perú central y en la costa sud del lago eran idólatras: esto lo prueban los ídolos del templo de Chavín, los de Tiahuanaco y las estatuas que se encuentran allí mismo, lo mismo que la colosal escultura de diorita que se escavó en Tiahuanaco y fué conducida a la Paz, y cuya cabeza se encuentra en la alameda de dicha ciudad. En cambio, los habitantes de la parte norte de la taza del Titicaca eran fieles al culto del Sol, pues a este astro estaba consagrado el templo célebre del Huillcamota situado al pie del nevado del mismo nombre, en el paso de La Raya. En tanto, la religión de los incas era igualmente el culto del Sol. Entonces, es pues muy posible y verosímil de suyo, que los fieles de esta fé, abandonaron su patria ya sea voluntariamente, ya expul-

sados por heterodoxos de su fé, y salieron con objeto de establecerse en otra parte en que tuviesen mayor seguridad para el culto de su dios.

El fundamento de la política y del estado inca fué desde el principio un fundamento religioso. Como tantas otras comunidades religiosas, tenían el deseo y el instinto de expandir su credo, y lo mismo que los cristianos y los mahometanos, trataron al principio, cuando eran aun pocos, de hacer prosélitos por medio del convencimiento. Cuando el número de estos se aumentó y se hicieron más fuertes, comenzaron a ayudar las conversiones por medio de las armas. Y cuando siguiendo este camino, de un modesto comienzo devinieron un poderoso estado, entonces se volvieron ya como conquistadores a la primitiva tierra patria como muy semejante ha sucedido ya otras veces en la historia universal, que las colonias, en el curso del tiempo, llegaron a sobrepujar a la metrópoli. No es posible calcular cuantos años corrieron antes que los incas volbiesen en calidad de poderosos señores, a la tierra de la que tal vez salieron como humildes fugitivos. Probablemente fué tan gran espacio de tiempo que no ha quedado tradición alguna entre vencidos ni vencedores y por lo que se pudiese juzgar de las primitivas relaciones de ambos pueblos. En este largo tiempo habían los incas alcanzado y desarrollado considerablemente una cultura autónoma y propia, que hubieron de traer primitivamente de su patria original. En muchos respectos habían quedado al mismo grado que los Collas, por ejemplo en la agricultura, en la preparación de la lana y del algodón para tejer; en otros sobrepujaron a sus maestros, esto es, en el arte de la guerra, en el del gobierno y la administración de la justicia.

En la arquitectura o arte de construir parecen haber quedado en cierto modo atrasados, esto, es, en la simétrica distribución de las construcciones y el regular canteo de las piedras, mientras en ingeniería de puentes y calzadas hicieron mayores progresos. La razón por qué los collas progresaron poco en este sentido puede ser que ellos habitaban un país de condiciones favorables, dada la constante llanura de su dominio, que nunca ofrecía serios obstáculos a la viabilidad.

Si según todo esto consideramos a los incas como a colonos o como ramas étnicas de los collas, la cuestión referente a su lengua secreta o particular quedaría resuelta. Según Garcilaso, ésta lengua sólo era conocida de las castas dominantes, era conserva-

da por los sacerdotes, y su aprendizaje severamente castigado en todos los súbditos. Si los incas procedían de los collas, nada más justo que suponer que la lengua en cuestión fuese la de esta tierra, el aymará o un dialecto del mismo. Facilmente se comprende que en estas condiciones entre esta lengua secreta, de carácter hierático y acaso muerta, el aymará hablado pronto y gradualmente se establecieron considerables diferencias. Al principio los incas eran demasiado pocos para poder expandir su lengua entre los pueblos que llegaron a dominar. Según su propia tradición, los incas al principio sólo constaban de una pareja humana, Manco y su esposa Oollo. Adoptaron entonces la lengua de sus súbditos, pero siguieron conservando para si su propia lengua. Así se explicaría de muy simple manera las muchas raíces y palabras comunes en quechua y aymará, que al fin de esta obra se comparan y confrontan. Nota: También D'Orbigny (*L'Home Américain*, pag. 292) habla de la probabilidad de que la lengua particular de los incas era el aymará. De la misma opinión es David Forbes (*Journal of the Ethnological Society, new series*, II, 1869-70).

Si resumimos todas las ideas que acabamos de desarrollar, tendremos las siguientes respuestas a las cuestiones propuestas.

1) Las huellas de aymará en palabras y nombres geográficos en diferentes puntos del altiplano sudamericano, no se explican por forzados «establecimientos de los incas»

2) La raza que hablaba la lengua actualmente llamada aymará, se había establecido de manera duradera, y voluntariamente en diferentes regiones, sobre todo en la parte superior del Marañón (sig. pág. 548) mente las de Sillustani y Tiahuanaco, entonces veremos que ellos representan tres diferentes grados de arquitectura. En los máboreales no se encuentra aun forma alguna arquitectónica, sino sólidos y bien juntados muros. A la verdad, en Chavín, sólo se ha conservado escasos restos; pero se puede ver de lo poco que queda que la arquitectura había ya hecho considerables progresos, tanto en la simétrica agrupación de las construcciones, como en la estructura y regular juntura de las piedras. Finalmente, las ruinas de Tiahuanaco ofrecen todo cuanto el arte demanda en el manejo de los materiales, y esto es la más grande perfección que se puede encontrar no sólo en Sud

América, sino en todo el continente. (Nota: Hay que notar sin embargo que no todas las construcciones de Tiahuanaco tienen la misma perfección de trabajo). Yacen grupos de piedras separados unos de otro, y no se puede distinguir al presente sin antes hacían parte de un solo todo y constituían una armonía arquitectónica. Observando más atentamente se llegaría a suponer que proceden de diferentes épocas largamente espaciadas. Lo que se ha dicho de la fineza en el trabajo de la piedra, no se refiere propiamente sino a las ruinas o fragmentos de lo que vulgarmente se llama «Puma punco», la puerta del león; ya que las puertas monolíticas que ahora se encuentran en diferentes lugares, originalmente estuvieron paradas allí mismo sobre las grandes piedras del suelo, según la descripción del mismo Cieza. La parte más antigua de la construcción es sin duda la corte o patio al pie del montículo del templo y que recuerda los cercados o claustros druidicos; pues está rodeado de ásperos pilares de piedra o sea grandes pedruzcos enterrados en la tierra. La hilera que se extiende delante de este patio o corte, de gruesos, cuadrangulares y más altos pilares, de los cuales hay todavía once en pie, parece pertenecer a época posterior. Este patio cuadrilátero en cuyo medio se encuentra una elevación de terreno que indicaría los contornos de un antiguo edificio que hubo de existir en el lugar, está ahora consagrado a la labranza. Cuando el autor visitó las ruinas, este campo estaba justamente recién arado, y el mismo labrador se inclinó a recoger dos puntas de flechas de sílex, completamente iguales a las que se (sig) encuentra en Europa, de la edad de piedra. El mismo hombre regaló más tarde al autor un pequeño buho finamente labrado en piedra y una figurilla de bronce. Estas obras de arte, que visiblemente proceden de épocas muy diversas de cultura, sirven también para establecer lo que se ha dicho ya respecto a la edad de las construcciones, y parecen probar que Tiahuanaco fué el asiento de una muy antigua cultura, y que tal vez no fué poseído por un único pueblo.

Si como lo hemos dicho en la introducción al drama Ollanta, se puede considerar el desarrollo de la arquitectura como la medida de la cultura general de un pueblo, y si según las anteriores consideraciones, consideramos a los collas o aymarás como a los verdaderos constructores de Tiahuanaco, entonces debemos reconocer en los actuales habitantes del rededor del Titicaca, a pesar de su presente abyección, a los descendientes de una raza,

la cual hace muchos siglos, había alcanzado un grado relativamente muy alto de cultura. Si continuamos considerando que ya existían al borde del lago las incompletas construcciones que vemos hoy, cuando los incas conquistaron la tierra, es decir, en un tiempo en que los movimientos expansivos de dichos incas comenzaban recién y su desarrollo estaba aun lejos de su posterior florecimiento, se sigue entonces que la cultura de los collas era anterior a la de los incas; y este hecho nos dá un punto de partida para considerar la especie de relaciones que ha debido existir entre estas dos razas, antes que la una fuese sometida a la otra. Cuando los incas, según su leyenda aparecen por primera vez como los portadores de la cultura y de la civilización en medio de pueblos salvajes y toscos, como los enviados del dios del Sol, y con el objeto de enseñar a los hombres los artes de la paz, la agricultura, las labores femeninas, la preparación de las comidas y la estructura de las moradas, en verdad que para los collas semejante enseñanza era superflua, pues ellos poseían desde mucho antes lo que los incas sólo alcanzaron más tarde. Y como ambos pueblos eran vecinos, y la naturaleza del suelo no ofrecía obstáculos a su contacto, era natural que en estas condiciones existiese entre ambos relaciones mutuas, y que los incas fuesen los educandos de los collas, y no viceversa, los collas de los incas. Que esto ha realmente sucedido lo confirman las tradiciones sobre el origen de los incas. Todas refieren que los invasores del valle del Cuzco vinieron del sud, y una de esas tradiciones nombra literalmente Tiahuanaco. También la leyenda de Huirakocha refiere que el dios que en Cacha arrancó el fuego del cielo y encendió con él un monte, había venido del Titicaca. Según esto la fundación del reino inca se explicaría muy naturalmente, poniendo de acuerdo la historia de las tradiciones y el conjunto de sus condiciones como una colonización del valle del Cuzco que tuviese su origen en las orillas del grande lago interior. Sólo sería difícil responder la causa de este establecimiento. Por ambas orillas del curso superior del río Amancaes (Abancaes), que ahora se llama Pachachaca. Según Garcilaso, fueron subyugados por el quinto rey del Cuzco, Kapac Yupanqui que los asedió y los tomó por hambre. Sus vecinos inmediatos en el curso inferior del Pachachaca eran los quechuas. Todavía hoy lleva esta región el nombre de Aimaraes y forma una provincia del departamento del Cuzco. En verdad que allí mismo la lengua primitiva ha tenido

que ceder al quechua, pero se reconoce siempre, como lo hemos dicho antes, de los nombres geográficos, que en la región ha dominado la lengua colla; y el que esto sucedía todavía en el tiempo de la conquista de la tierra por los españoles parece haber sido causa de llamarse aymará a la lengua colla. Así mismo la expulsión de la lengua patria por la lengua inca o sea el quechua, ha tenido también lugar bajo la influencia de los misioneros, pues para ellos sin duda alguna, era mucho más fácil para la conversión de los naturales al cristianismo, introducir la lengua hablada en las regiones circunvecinas en un distrito tan distante del dominio de la lengua colla. Ya hemos indicado en la introducción a la Gramática, que también la extensión y naturalización del quechua tuvo lugar por los misioneros en diferentes provincias y por las mismas razones. (Nota: Clements R. Markham, *Journal of the R. G. Society*, XLI, London, 1871, considera a los aymarás como a una tribu de los quechuas y que por esto hablaban su lengua. Se supondría que colonos de esta tribu hubieron de establecer misión en Juli; tomaron allá la lengua colla, y que si así hubo de trasmitirse a esta su nombre. Pero contra esta idea de que los aymarás fueron una tribu de los quechuas, habla la tradición y está también la circunstancia de los nombres geográficos aymarás en pleno dominio quechua. Jamás se encuentra a los Aimarás contados entre las tribus quechuas. Estos parecen haber conservado desde el principio relaciones muy amistosas con los incas; se sometieron según Garcilaso, voluntariamente a estos, mientras Aymará y Omasuyu opusieron resistencia).

De todo lo dicho se deduce que, en todo tiempo, entre las tribus que hablaban la lengua colla y los demás súbditos de los incas entre los que dominaba la universal lengua patria, existieron relaciones mutuas, y que estas, por los muchos puntos de contacto que debieron existir, fueron antiguamente mucho más vivas y continuas que las que existen al presente, en que el dominio lingüístico del aymará, está reducido a estrechos límites. Naturalmente estas relaciones debieron ser más estrechas allí donde los primitivos dominios lingüísticos se tocaban más de cerca, en la región que más tarde se hizo el centro del reino y fué su capital. No es verosímil que la ciudad del Cuzco se hubiese fundado dentro del primitivo dominio quechua, pues los nombres geográficos en el valle de Huillcanota en su mayor parte pertenecen a la lengua colla, y huellas de esta se encuentran hasta en las

proximidades y alrededores de la ciudad; se entendía por quechua a todos los pueblos que habitaban sobre la orilla izquierda del Apurímac, entre este río y las pampas, en los valles superiores que aun hoy se llaman quechuas. Las tribus quechuas debieron haber sido numerosas; Garcilaso sin embargo sólo nombra dos, Cotabamba y Cotanera, cuyo dominio se extendía sobre la orilla izquierda del Apurímac superior. Lo que movió muy temprano a los quechuas a adherirse a los incas y buscar su apoyo, fueron sus guerras con los chancas, sus malos enemigos, cuyo asiento original estaba en la región de Huamanga, el actual Ayacucho. Los Chancas habían quitado a los quechuas una valiosa parte de su dominio, la provincia de Andahuailas, y por esta razón los quechuas, cuando el alzamiento de los chancas bajo Hanchokhuallu, vinieron oportunamente en ayuda del entonces príncipe real, Huirakocha, y salvaron la capital.

Las tribus quechuas parece que hablaron una lengua general, repartida probablemente en diferentes dialectos, como también los habitantes del Colla; y fué uno de estos dialectos que los incas tomaron y adoptaron para su uso y elevaron después el rango de lengua universal de su estado. Si la hipótesis anteriormente expuesta de que los incas fueron una rama de los collas es verdadera, se presenta la cuestión de saber por qué abandonaron su propia lengua en el uso corriente y sólo la conservaron para un empleo hierático. Dos respuestas habría para esto. O fué al principio el número de los incas demasiado diminuto, tanto que no pudieron mantener su propia lengua en medio de los varios pueblos que los rodeaban y que hablaban diversas lenguas, cosa que tampoco pudo ser la causa principal, pues la ciudad del Cuzco estaba tan próxima a los distritos collas, como a las regiones quechuas. El que hubiese preferido la lengua de estos últimos a la suya propia, parece más bien haber sido un acto de sabiduría política; pues el quechua es suave, agradable al oído y relativamente fácil de aprenderse; en cambio, el aymará es duro y áspero, difícil de pronunciarse, y no apropiado para introducirlo e implantarlo en las tribus conquistadas. El lector verá pronto en el capítulo del verbo, en la presente gramática, cuantas dificultades debe vencer la lengua para pronunciar las palabras aymarás. Si el aymará ha sido la lengua original de los incas, esto explicaría cómo esta lengua logró sobrevivir, y no pereció como las demás lenguas del reino. Parece realmente que los incas

trataban su propia primitiva lengua, donde la encontraban con un aparticular consideración, y sólo la expulsaban allí donde por una larga separación o alejamiento, los lazos de la obediencia se habían aflojado del todo, como en Chachapoyas, en Chavín y en el valle Santa; o cuando la resistencia de los habitantes hacía necesario un trasplante forzado de los mismos, como en Ayahuri y en las regiones al norte del Títicaca. Pues qué es lo que habría podido impedir a los incas tratar a los demás habitante (sig.) del lago de igual manera, y expatriarlos a lejanas regiones, poniendo nuevos habitantes o colonos en lugar de los trasplantados?

No podía menos que suceder en tal estado de cosas, que entre ambas lenguas se produjese un intercambio de palabras, y uno admira más bien que la mezcla entre las dos lenguas no hubiese sido mayor. La proporción en que esta mezcla se ha producido, es que más palabras quechuas han pasado al aymará, como lengua predominante, que no viceversa. Sobre la procedencia de la mayoría de estas palabras no cabe duda; pero tratándose de ciertas raíces, es difícil decir de cual de ambas lenguas provienen, y en verdad que algunas parecen ser originalmente comunes a ambas lenguas. Tratándose de muchos verbos que han pasado del quechua al aymará, se encuentran todavía en esta última verbos propios para indicar la misma acción. Cuando estos no aparecen ya, hay que aceptar que antes existieron y han caído en desuso y en olvido, como sucede ahora mismo con muchas palabras quechuas que han sido depuestas por palabras españolas. Para dar un ejemplo, cuantas palabras quechuas han pasado de esta manera al aymará, escogemos los numerales :

En aymará	En quechua
maya	1 'huj
paya	2 iscai
quimsa	3 quimsa
pusi	4 tahua
'piska	5 piska
sojta	6 sojta
pakallko	7 kanchis
kimsakallko	8 pusaj
lla tunca	9 eseon
tunca	10 chunca
pataca	100 pachaj
'hachu	1000 huaranka

De esta lista se puede ver que las denominaciones para los números 3, 5, 6, 10 y 100 son iguales o semejantes. Sólo para el número 5 se deja comprender que en aymará existía antes otra denominación, que probablemente fué «kallko», como parece por las palabras «pa-kallko» siete, y «quimsa-kallko», ocho. La palabra «kallco» ha caído pues en completo desuso. En seguida la palabra 100, «pataca», nos dá una regla que ahora mismo vale para el paso de palabras quechuas al aymará. Aunque esta lengua es la más dura de las dos, no consiente sin embargo, que un sustantivo termine en consonante, y por eso hace de «pachaj», «pataca», de «konkor» «komkora» rodilla, de «cuntur» (buitre) «cunturi». También frecuentemente la ch (tsch) se suaviza en simple t, como en «tunca» «diez» en vez de «chunca», «pataca» en vez de «pachaj», «kota» en vez de «kocha».

En cuanto a la cantidad de palabras que el quechua y el aymará se hubiesen tomado uno a otro, este intercambio o mezcla entre ambas lenguas no es en manera alguna muy íntimo, y tampoco se deduce de ello una grande relación de afinidad, pues tanto la mayoría de las raíces cuanto las formas gramaticales son completamente distintas entre ambas lenguas. En cambio tampoco se puede desconocer entre ambas cierta homogeneidad respecto a sus caracteres fonéticos y a su estructura interior. Encontramos en el aymará las mismas particulares diferencias que en el quechua, para la pronunciación de las consonantes, la misma preponderancia de elementos fuertes o duros entre las mismas, sobre todo las guturales, y la falta de sonidos suaves, b, d, f, w, g. También lo que hemos notado respecto de la pronunciación de las vocales o y u, e é i, en quechua, vale para el aymará, y el oído de los indios collas, para la diferenciación de estos sonidos, no parece más ejercitada que el de los demás naturales peruanos y bolivianos. Muestra el aymará en su conjugación y declinación, en la formación de sus vocablos y uso de sus partículas, en su interior estructura total, el carácter de las lenguas aglutinantes, y una tal semejanza con el quechua que bien se puede considerar a ambas en un grupo mismo. Lo mismo que en quechua, las relaciones de los nombres entre sí y con otras partes de la oración, se expresa por medio de partículas añadidas al tema, el cual queda casi siempre invariable. Los pronombres posesivos quedan prendidos al sustantivo, forman con él una sola palabra y se declinan conjuntamente. Lo mismo, la raíz verbal no sufre

inflexión alguna, y las formas personales se expresan en tiempo y modo con sólo añadir la terminación al tema. Este tema queda invariable lo mismo que en quechua, aunque no siempre como se verá por los paradigmas conjugativos. Luego también encontramos en aymará el plural doble: en el uno la persona a quien se habla queda excluida; en el otro no. El complemento pronominal, lo mismo que en quechua, queda incluido dentro de las formas conjugacionales; pero hay que notar que las llamadas formas transitivas no se forman con la misma regularidad que en la lengua inca. Los nombres y adjetivos compuestos se forman en ambas lenguas de igual manera; lo mismo, la significación de los verbos se modifica por medio de partículas que se introducen entre la terminación personal y el tema verbal. También la colocación de las palabras, tanto de las partes de la oración entre sí, cuanto la formación de las frases, es la misma en todo.

Para un oído habituado al quechua, suena el aymará del todo extraño, y choca ante todo por su gran dureza, condicionada por dos causas que son: la fortísima pronunciación de las guturales y el predominio entre estas de las más ásperas, por una parte; y por otra el predominio en aymará de la síncopa que no existe en quechua. Aunque originalmente las palabras en aymará son tan igualmente ricas en vocales como en quechua, las vocales se eliminan habitualmente en la conversación, tanto en la declinación y conjugación, como en los verbos compuestos de partículas: y la que más frecuentemente sufre esta eliminación, es la más llana en sonido, la *a*. En la lengua actualmente hablada la síncopa parece usarse más frecuentemente que antes, como sucede también en otras lenguas, por ejemplo con la nuestra, particularmente con las vocales de los pronombres que quedan del todo suprimidas, y en vez de «hat es, gieb tes» se dice hoy «hats, giebts» y hasta se dice en vez de «haben wir es» «hamers». En aymará, por esta eliminación de vocales, sobre todo en palabras cuyas consonantes son guturales, nacen durezas desagradables e incómodas para el oído y para la lengua. Ejemplo:

'hirp.tapiña en vez de 'hirpatapiña reunir, recoger; 'haich, jasiña (pro.'haitschchasiña) ahorcarse.

Muy frecuentemente la *a* de la partícula «na» de genitivo y locativo se sincopa lo mismo que la *a* del imperativo: p. ej.: «luram» en vez de «lurama»; «apanim» en vez de «apanima». Originalmente el plural de las formas conjugativas se expresaba

por la palabra «pisks» que significa cinco, y la cual entraba entre el tema verbal y la terminación. Esta palabra se ha contraído al presente en las consonantes **p i**, por ejemplo (jota acentuada), esto es, según la pronunciación alemana «pch». El optativo del verbo «churaña», dar, suena por ejemplo en plural :

forma antigua :

«chura-piska-sna», nosotros
«chura-piska-sma» vos
«chura-piska-spa», ellos

forma nueva :

«chura-pj-sna»
«chura-pj-sma»
«chura-pj-spa»

Cuando una trata de formar, estas formas en verbos, en cuyos temas verbales, ya hay una acumulación de consonantes, como los citados «hirp.tapiña» y «haich.jasiña», entonces se producen violentas guturaciones, que sólo los naturales pueden pronunciar :

«'hirp.tapi-pj-sna» «'haich.jasi-pjsna»
«'hirp.tapi-pj-sma» «'haich.jasi-pjsma»
«'hirp.tapi-pj-spa» «'haich.jasi-pjspa».

Si es verdad que en relación a la suavidad y armonía, así como a la regular formación de las formas, el aymará la cede al quechua; con todo, en otros respectos le es muy superior. Le supera en una gran riqueza de palabras, sin contar las que ha podido tomar del quechua mismo. Sobre todo, esto se hace patente en los verbos que expresan una continuidad del movimiento, ya sea del sujeto, ya de otro objeto, esto es, lo que en alemán diríamos los verbos de ir y llevar (gehen y bringen). Para todas las maneras con que los seres vivos pueden cambiar de lugar, lo mismo que para los más diversos objetos que se puede conducir o llevar, tiene el aymará una particular expresión.

Nuestro verbo traer o llevar se traduce en general por «apaña», palabra radical que viene o del quechua «apay», o es común a ambas lenguas. Fuera de este hay todavía en aymará los siguientes :

- «aa-ña», llevar objetos largos.
- «asa-ña», llevar vajillas de barro.
- «eca-ña», llevar vestidos o telas tejidas.
- «calla-ña», llevar sobre parihuelas.
- «hachi-ña», llevar en el puño.
- «haho-ña», llevar enlazado en el cuello.
- «harpi-ña», llevar en el seno o regazo.
- «hista-ña», llevar en general, poco usado.
- «huayu-ña», llevar colgado en la mano.
- «ichu-ña», llevar en brazos.
- «ira-ña», llevar cosas ligeras.
- «iru-ña», llevar cosas pesadas.
- «irpa-ña», llevar personas, conducir.
- «k'ara-ña», llevar carbones encendidos.
- «laka-ña», llevar un saco al brazo.
- «laku-ña», llevar patatas en un manto.
- «muk'i-ña», llevar en el manto.
- «puqui-ña», llevar en las espaldas.

Hay que citar además como una especial particularidad del quechua y del aymará, que en estas lenguas existen muchas palabras que tienen igual sonido o pronunciación, y diferente significado de una lengua a otra. Insertamos un índice de estas palabras al fin de esta gramática, y también otro índice que contiene las raíces comunes en ambas lenguas.

Las principales obras que pueden servir de ayuda a quien cultiva y ama las lenguas americanas para el estudio del aymará, son las obras de los misioneros, las cuales vienen del tiempo de las conversiones y son por consiguiente muy antiguas. Además para el aymará son raras estas obras, en comparación de las que existen publicadas para el quechua, lo cual se explica por la diversa importancia de dichas lenguas y la muy mayor extensión del quechua. La razón por qué se encuentran tantos trabajos respecto del aymará, lengua hablada por tan poca gente, muestra el grande celo e infatigable actividad de los religiosos, y entre estos sobresalen sobre todo los jesuítas en la América del Sud. El libro más viejo conocido del autor es un catecismo del año 1583, impreso por disposición del concilio provincial de Lima. (Nota: «Catecismo» en la lengua Española y Aymará del Perú. Ordenado por autoridad del concilio provincial de Lima e impreso en la dicha ciudad el año de 1583. En Sevilla por Bartolomé

Gómez, año de 1604). Markham cita un Confesonario de Diego de Alcobaza, un mestizo contemporáneo y condiscípulo de Garcilaso. Alcobaza era un jesuíta, y todas las demás obras de la lengua aymará están compuestas por jesuítas igualmente. La principal misión de jesuítas se encontraba en Juli en la costa occidental del Titicaca, y todavía existen allí cuatro grandes iglesias, aunque este lugar de pobres y humildes casas, consta apenas de 2,000 habitantes. Allí vivía y trabajaba al fin del siglo XVI y principios del XVII el dignísimo padre Ludovico Bertonio, un italiano a cuyo celo debemos agradecer casi cuanto hay escrito sobre el aymará. La primera de sus obras es una gramática impresa en Roma en 1603 y reimpressa en Juli en 1612. (Nota: Arte y Gramática muy copiosa de la lengua Aymará compuesta por el padre Ludovico Bertonio Romano de la Compañía de Jesús en la provincia del Píru, de la India occidental. En Roma por Luis Zannetti, año de 1603). En el mismo tiempo en que Holguín se ocupaba de la composición de su diccionario quechua, Bertonio reunía los materiales para su léxico aymará, el cual fué impreso en el claustro o convento de Juli. (Nota: Vocabulario de la lengua aymará compuesto por el P. Ludovico Bertonio, Italiano de la Compañía de Jesús en la provincia del Píru de las Indias occidentales, Natural de la Roca contrada (sig.) de la Marca de Ancona. Impreso en casa de la Compañía de Jesús de Juli, pueblo de la provincia de Chucuito por Francisco del Canto, 1612). Para facilitar las correcciones habían los jesuítas hecho venir expresamente al impresor Francisco del Canto con su imprenta, de Lima, y le retuvieron con este objeto por dos años en su convento. Un año después de la edición de su diccionario, apareció la última y mayor obra de Bertonio impresa en Juli por el mismo Francisco del Canto, y que no era otra que la adaptación aymará de la vida de Jeneadas las cantidades de los sujetos (N), los valores promedios sús de Alonso de Villegas. (Nota: De la vida, hechos y milagros de nuestro redentor Jesu-Cristo en dos lenguas Aymará y Romance, traducido del que recopiló el licenciado Alonso de Villegas, quitadas y añadidas algunas cosas y acomodadas a la capacidad de los indios, por el padre Ludovico Bertonio, Italiano de la Compañía de Jesús. Impreso en la casa de la Compañía de Jesús de Juli, pueblo de la provincia de Chucuito por Francisco del Canto 1613. Pequeño 4º en dos columnas (sig.), 560 pág.). El autor vió este raro libro en la biblioteca (sig.) de los franciscanos de

La Paz, en la cual faltaban las demás obras de Bertonio. Según Mendiburu (Diccionario Biográfico del Perú), Bertonio escribió todavía fuera de las obras referidas, ya en el año 1599, un tratado conteniendo «Noticias sobre los pueblos que hablan aymará, así como sobre otros que conservaron sus dialectos o lenguas, a pesar del empeño de los incas en introducir el quechua. Este escrito que tal vez habría resuelto más de una de las cuestiones propuestas en esta introducción, ha sido buscado por el autor inútilmente hasta ahora. Se ignora cuanto tiempo quedó todavía el padre Bertonio en Juli, después de la publicación de sus obras. Murió a los 73 años de edad, en Lima, en el año 1628. Hay que citar todavía con los escritos de Bertonio una pequeña Gramática del jesuíta Torres Rubio, el mismo que compuso también una gramática y diccionario quechua. Fueron editadas más tarde como obras de un miembro de la orden, en Lima, por el mismo Francisco del Canto, el cual parece haber vuelto a Lima después de despachados sus asuntos en Juli. (Nota: Arte de la lengua aymará por el P. Diego Torres Rubio, de la compañía de Jesús. En Lima por Francisco del Canto, 1616). Como Bertonio lo tiene dicho en el prólogo a su gramática, él ha tomado como base de sus obras sobre el aymará el dialecto de la provincia en la que trabajó durante muchos años en calidad de misionero y sacerdote. La tribu que poblaba la costa sudoeste del Titicaca hasta el Desaguadero, se llamaba Lupaca. Según Bertonio, el dialecto de éstos indios se aproximaba al de los Pacases, aunque su dialecto era habitualmente celebrado como el más elegante. Los Pacases tenían su asiento al frente de los Lupacas en la costa de este lago. En la composición de su gramática y Diccionario el padre Bertonio procedió de esta manera: sirvióse de indios jóvenes y despiertos, nacidos y crecidos en la lengua aymará, pero educados por los misioneros que los instruyeron en la lengua española; y por medio de éstos hizo traducir al aymará los sermones, oraciones y leyendas, y dedujo luego de estos escritos las reglas gramaticales y anotó la significación de las palabras. Verosímilmente la traducción de la Vida de Jesús que editó Bertonio, fué hecha de la misma manera, es decir, un trabajo ejecutado por los naturales, bajo su vigilancia y dirección. Como Bertonio se ocupó durante muchos años de la lengua aymará, podemos creer que las formas lingüísticas nos han sido transmitidas tales cuales entonces eran; y por esto el autor del presente trabajo le ha dado por base

la gramática de Bertonio. Lo mismo que en la antigüedad, el aymará actual se habla diversamente en los diversos lugares, caso frecuente en todos los dialectos provinciales de todas las lenguas. Pero las diferencias entre tribu y tribu que existían hace trescientos años, parecen haberse borrado mucho entre los actuales habitantes (sig.) del Collao. En el presente trabajo se ha presentado el aymará tal cual es actualmente hablado en La Paz, la capital de Bolivia. Si esta región fue originalmente el ámbito de los Pacases o nó, es asunto desconocido para el autor, pero es muy probable que fuera ubicada su ciudad en las proximidades de la orilla sud-oriental del Lago Titicaca. Antes de la fundación de los establecimientos españoles, se llamaba el valle y un lugar asimismo allí establecido Choke-yapu —que en la imperfecta pronunciación española era Chuquiabo— lo mismo que un lavadero de oro allí encontrado, de los cuales está en actividad un vecino valle lateral aun hasta la actualidad. (*)

La mayor parte de los yacimientos o industrias de oro fueron creados desde mucho tiempo anterior, pero la ciudad que debe su fundación a la existencia de aquellos, existe allí no obstante el rigor del clima y así ha quedado como capital de la región, no obstante su situación desfavorable para el comercio. Viven allí indios de todas las regiones del altiplano boliviano, de los cuales la mayor parte vienen a la ciudad para conseguir sus medios de vida como sirvientes, domésticos u obreros. En tales circunstancias debe pensarse que La Paz sea el lugar más apropiado para el aprendizaje del Aimará y que ha de encontrarse allí realmente las formas más comunes de la lengua coloquial. El autor encontró extraordinarias dificultades cuando buscaba para sus propósitos, encontrar una adecuada enseñanza de la pronunciación. Como en el Cuzco, así también en La Paz, todos hablan, lo mismo los blancos que los mestizos, la lengua aborígen del lugar, pues todos los niños aprenden de sus sirvientes y cuidadores en primer término ese idioma, pero sólo aprenden la lengua común, aquella que necesitan para comunicarse en la casa y en el mercado en forma superficial. Para enseñar la lengua sólo unas pocas personas poseían los conocimientos necesarios. De otro la-

(*) **Yapu** significa en aimará lo que **chacra** en quechua: un campo cultivado, una estancia, en conexión con los nombres de yacimientos de metales donde se obtiene éstos, o plantas industriales, donde el metal es purificado. En consecuencia, **Choke-yapu** significa mina o lavadero de oro.

do, los indios dejan mucho que desear en su conocimiento del castellano e igualmente en su formación cultural general, de tal modo que estaban incapacitados para contestar preguntas de orden gramatical. Pero ahora existe en La Paz una Sociedad de Aimaristas, que se ha creado con el propósito de preservar la lengua aimara, pero el autor ignora si ha actuado ya en ese sentido, aunque puede atestiguar que ni el Presidente, ni alguno de sus miembros conocen o poseen la obra de Bertonio, de la cual no parece existir en toda La Paz ningún ejemplar, con excepción, de la ya mencionada Vida de Jesús, en el Convento de los Descalzos. Tampoco era conocida la nueva edición facsimilar de Platzmann de la Gramática y del Vocabulario (verano de 1887/88). Después que el autor se hubo ayudado por algún tiempo con los discípulos del seminario de religiosos que eran de ascendencia indígena y que recordaban en alguna forma el idioma aprendido en sus años infantiles, obtuvo finalmente una correspondiente personalidad a medida de sus deseos, en una suerte de entendidos en derecho o abogados que probablemente habían quedado sin clientes o actuaban por eso de jueces en distintas provincias, en cuyos lugares habían actuado y convivido con la población indígena. Con estos aimaristas revisó el autor la gramática de Bertonio, comparó las formas gramaticales actuales con las anteriores y anotó ambas; y para el efecto de aclarar la sintaxis construyó sobre cada parte de la oración una serie de frases sobre las cuales se fueron precisando las reglas.

En lo que se refiere a obras literarias, no tiene el aimará casi nada que mostrar. El único trabajo importante es la ya mencionada Vida de Jesús de Bertonio; debió ser también traducida la Biblia y fué ingresada en el catálogo de la Biblioteca Imperial de Berlín, entre las obras no existentes. Probablemente se tradujeron bajo la dirección de los jesuitas de Juli algunos fragmentos, pero parece no haber sido impreso el libro en la casa de la orden. En tiempos más recientes debió haberse escrito obras teatrales, tanto de contenido religioso como profano. Pero hasta la actualidad no ha quedado nada de las mismas, y se ha olvidado o desaparecido.

Con el objeto de que el lector pueda utilizar algunas muestras de lenguaje, hemos seleccionado y traducido algunos fragmentos de catecismos y libros edificantes, de los cuales han aparecido también unos cuantos en los últimos años.

III. El Muchik

(Traducido del alemán por Federico Kauffmann Doig).

PROEMIO

El Muchik o idioma de los Chimú, hablado en remota época en la región norte de la costa del Perú, hasta cerca de la línea ecuatorial, se halla en la actualidad cercano a su extinción; por otra parte, la lengua de los Chibchas, gente que habitaba la zona andina del estado colombiano de Cundimarca —en las inmediaciones de la actual Bogotá— se ha perdido ya del todo, hace más de cien años, entre los descendientes de la gente que una vez la habló. Tal vez la misma suerte esté deparada, en un futuro cercano o lejano, a todos los idiomas aborígenes de la América. Así como los pueblos del Nuevo Continente atravesaban un estadio en general muy inferior, en cuanto a evolución y cultura, al de los pueblos del Viejo Mundo, así también las lenguas de los primeros se hallaban en estado de menor perfección. Los idiomas del Viejo Mundo son comparables a esos árboles frondosos, cuyas copas están desgajadas y sin hojas, por las tormentas del tiempo, aún cuando sus troncos y raíces siguen vigorosos y produciendo nuevas ramas; las lenguas americanas son, en cambio, como matorrales que crecen aislados, se secan con un ventarrón cálido y perecen.

La naturaleza es una madre severa, que inmola sin conmiseración a sus hijos más débiles en provecho de los más robustos. El más fuerte retiene para sí la justicia y el mando, a pesar de toda protesta y defensa que presente el oprimido; y, por más que parezca extremadamente cruel e injusto, es éste, sin embargo, el devenir inevitable de las cosas y sobre el que reposa, fundamentalmente, todo progreso. Es imposible, no obstante, abstraerse a un sentimiento de tristeza y melancolía al observar cómo un idioma es desplazado por otro más vigoroso, cómo deviene decadente y, lentamente, desaparece. Y es que por más imperfecto que haya sido, fué, pese a todo, una creación, un fruto del intelecto hu-

mano a través del cual millares de personas llegaron a pensar y sentir del mismo modo; si bien, tal vez, con menor claridad que otros pueblos mejor dotados. Por eso mismo es que no podemos dejar de sentir una suerte de compasión y participar en su destino, y, tal como sucede con el cuidado que se pone en los enfermos de los hospitales de incurables —aún sin guardar ya un hábito de esperanza— así también las páginas de este pequeño libro están consagradas a una lengua que se acerca a su total extinción.

Como se hizo constar en el Prólogo al primer tomo de esta obra, nuestras investigaciones se circunscriben sólo al estudio de aquellos idiomas del Perú que se hablan en las partes civilizadas del país; es por eso que con el presente tomo habremos dado por finalizada nuestra labor (1). En el extenso territorio peruano del flanco oriental andino, en la zona selvática del Ucayali y en la de sus grandes afluentes —el Tambo y el Pachitea— viven numerosos grupos humanos aborígenes con religión, costumbres y lenguas típicas, mas no poseen relaciones de dependencia con la República y hasta les falta contacto con la población cristiana. Estas tribus salvajes viven también aisladas entre sí, generalmente en recogimiento belicoso; y así como carecen de un sentimiento de comunidad que los una, así también fáltales en sus lenguas similitudes que las emparente. Lo poco que conocemos sobre aquellos apartados parajes, se lo debemos a las Misiones católicas que antaño laboraban en esa región, con algunos resultados satisfactorios. En la actualidad, empero, éstas se hallan en decadencia y abandonadas en su mayoría; de ahí que no se ha de suponer que el conocimiento de las lenguas habladas por las tribus convertidas en una época por las Misiones, habrá de enriquecerse mucho en adelante con los aportes lingüísticos de los misioneros. Berlín, Marzo de 1892.

(1) La obra a que hace referencia Middendorf, lleva por título "Las lenguas aborígenes del Perú" y consta de 6 tomos, siendo el estudio dedicado al "Mochica" el último de ellos, (N. de T.).

INTRODUCCION

Las zonas habitadas por el pueblo, sobre cuyo idioma se ocupa la presente obra, se ubican en la parte más septentrional de la región no lluviosa de la costa sudamericana bañada por el Océano Pacífico; sin embargo, ese pueblo fue expandiéndose paulatinamente en dirección Sur y sujetando a su paso a las naciones costeñas, hasta llegar casi a los límites de la Lima actual, y extendiendo posiblemente aún más la esfera de su acción. No se sabe cuál haya sido el verdadero nombre de ese pueblo. Los españoles lo apodaron Chimú, tomando el nombre del valle donde se encontraba la antigua capital; al idioma hablado por este pueblo señalaronlo, siguiendo el patrón Inka, de Yunga, que equivale a decir idioma de los valles cálidos; los naturales mismos llamaban a su lengua Muchic. Cuando a mediados del Siglo XV comenzaron los Inkas a extender su dominio, hasta entonces limitado a la Sierra, hacia la región de la Costa, los Chimú eran incorporados por el Imperio del Kusko luego de una obstinada resistencia y, como parece, sólo después de un parcial aniquilamiento.

Ya se ha aludido en la Introducción al "Drama Ollanta", que al tiempo de llegar los peninsulares a la América, eran los Inkas la nación más fuerte y organizada y por lo mismo el pueblo más poderoso del Continente Americano Meridional; pero es de advertir que de ningún modo eran ellos los que constituían ni la única, ni la más antigua de las culturas, ya que sincrónicamente —y más antes aún— otras tribus aborígenes también habían logrado elevarse a la categoría de naciones organizadas, que por lo mismo podrían ser considerados como pueblos que alcanzaron un nivel cultural tan alto como los Inkas. Del mismo modo, en las aclaraciones previas al estudio sobre la lengua Aymará, hemos tratado de dejar aclarado que la cultura introducida por los Inkas entre sus vasallos, sólo en parte es cosecha propia y que en lo fundamental debió su avance a una raza antiguamente muy extendida en la sierra de Sudamérica y a la cual había pertenecido primigeniamente, seprándose luego; raza aquella cuyos vestigios y descendientes existen hasta hoy a orillas del Lago Titicaca con el nombre de "Aimarás". Al lado de los Inkas y de su tronco racial los Aymará, hubo en suelo del Continente Sudamericano otras tres naciones que vivían con lazos políticos más firmes que las demás;

se ocupaban de la agricultura, habían alcanzado en artes y oficios cierto nivel de perfeccionamiento, y pueden por estas razones considerarse como pueblos civilizados. Dos de ellos habitaban las serranías: los Cara en Quito y los Chibchas o Muyscas en Colombia; el tercero de estos pueblos civilizados que habitaba la zona de la Costa, era el de los Chimu.

Antes de ocuparnos detenidamente del último de estos pueblos, daremos primero un ligero bosquejo —a base de las fuentes que nos han transmitido los viejos cronistas españoles— sobre sus vecinos de la Sierra, pues, aunque es cierto que esta obra sólo abarca el estudio de los idiomas aborígenes del Perú, y los territorios de los Caras y de los Chibchas se encuentran fuera de los límites de ese país, y a pesar aún de que los Chibchas no pertenecieron jamás al Imperio Inkaico, se observa, especialmente en la organización política y religiosa de estos últimos, mucho que hace recordar a los Inkas; lo que señala una influencia recíproca entre ambos pueblos en antiguos tiempos, significando ello también una prueba indirecta más a la hipótesis de que los Inkas, mejor dicho los Aimarás, hayan penetrado a la Sierra viniendo por el Norte y hayan posiblemente adoptado sus ideas religiosas en el trayecto, llegando a ser más tarde sus más dignos representantes.

El territorio de los Chibchas comprendía parte del estado de Cundinamarca, perteneciente a la República de Colombia. La cordillera sudamericana se divide poco más al norte de la línea ecuatorial —en la meseta de Pasto— en tres ramales que avanzan paralelamente hacia el Norte en forma de cubos sucesivos, siendo, por lo mismo, divididos o separados por los valles del río Cauca y del río Magdalena. En el flanco occidental de aquella cadena principal que se ubica al extremo Este —la Cordillera Oriental—, y tanto en las llanuras que se levantan a una altura de 8,000 pies, en la cual ahora está situada Bogotá, Capital de la República, como en los valles que confluyen a ella, se encuentran —entre los grados 4º y 5º, latitud Sur— los asentos de las tribus que reunidas se conocían con el nombre de Chibchas, Muyscas o Moscas. Por aquel entonces el país no tenía un idioma (nombre?) uniforme; el de la actualidad es accidental solamente y proviene de la época en que el antiguo Virreynato de Nueva Granada proclamó su independencia de la tutela española (1811). Para poder denominar al flamante país, en cuyo centro está Bogotá, se emprendió

una búsqueda del nombre ya olvidado. Este debía corresponder al país que tan empeñosamente había sido buscado; empeño que costó muchas vidas, pero que jamás llegó a proporcionar informe alguno sobre la existencia y posición de éste. Después de la conquista del Perú, cuando Pedro de Alvarado arriba desde Guatemala a lo que hoy es Ecuador, con una hueste muy bien equipada, Francisco Pizarro ordenaba a su socio conquistador Diego de Almagro marchar en esa dirección para impedir que Alvarado tomara —como que existía la posibilidad de que sucediera— el dominio sobre territorios que estaban dentro de su jurisdicción. Posteriormente mandó también a Sebastián de Belalcázar para prestar ayuda a Almagro, siempre que éste la necesitara; cosa que no sucedió, pues Alvarado se dejó persuadir. Belalcázar —el mejor oficial de Pizarro—, una vez muerto el Inka Atahualpa, combatió y venció al general Rumiñahui, conquistando asimismo la ciudad de Quito. Después que se hubo sellado el acuerdo con Alvarado, retornó por orden de Almagro nuevamente a Quito para formar allí una colonia; durante el trayecto, en el sitio denominado La Tacunga (en realidad, Llacta Cunga), un soldado de su hueste, llamado Luis Daza, apresó a un indio foráneo que dijo ser un emisario del rey de Cundinamarca, derrotado por sus enemigos los Chizcas (Chibchas?), enviado ante Atahualpa con el fin de solicitarle auxilio. La tierra de este rey de Cundinamarca debía, al parecer, encontrarse a una distancia de doce días de camino, siguiendo la dirección Norte. Este indio narró, asimismo, cosas maravillosas relativas a la ingente cantidad de oro que se guardaría en ciertos lugares de aquellas regiones; de manera que los informes proporcionados por este cautivo, fueron los que sirvieron de fundamento a la leyenda sobre el Dorado o "tierra del oro", leyenda ésta que en adelante incitaría a muchas expediciones de decididos aventureros, aunque a la mayoría no le hubo de deparar sino un lastimoso epílogo en la selva (2). Belal-

(2) "En la Tacunga (en 1535) tomó Luis Daza un indio extranjero que dijo ser de una gran provincia llamada CundiRumarca, sujeta a un poderoso señor que tuvo los años pasados una gran batalla con ciertos vezinos suyos muy valientes, llamados los Chizcas, que por haberle puesto en mucho aprieto, había enviado á este y á otros mensajeros á pedir ayuda á Atahuallpa á tiempo que andaba en la guerra con Guascar, y que había respondido que lo haría en desembarazándose de ella, y que entretanto anduviese con el, y que de todos sus compañeros solo este se escapó en Caxamalca y se avia ydo al Quito con

cázar partió desde Quito en dirección Norte, en busca de la tierra de Cundinamarca. Llegó a descubrir y conquistar Popayán y Cali, pero ni él ni otro descubridor español pudieron encontrar jamás Cundinamarca u otro lugar de nombre parecido. Esto, sin embargo, no es una prueba de que un lugar de este nombre no haya necesariamente existido en la realidad, y en vista de que esta toponimia pertenece por su etimología y morfología al idioma Aymará, la hemos señalado en la Introducción al tomo anterior de esta misma obra como la manifestación mas septentrional que de esta lengua hallamos en la región andina de Sudamérica. Pero no se concibe que la tierra de los Chibchas pudiera haber sido identificada con el nombre de Cundinamarca o Cundirumarca, ya que al parecer el rey de ese país debió haber sido derrotado por los Chibchas. Un supuesto de esta naturaleza contradeciría, además, el significado de la toponimia, debido a que el territorio de los Chibchas no se encontraba al Oeste de Tacunga, sino en dirección Norte de este mismo lugar (3).

El descubridor y conquistador de la tierra de los Chibchas fue Gonzalo Jiménez de Quesada, Licenciado, que llegó a la América como Justicia Mayor junto con el Alcalde de Santa Marta, don Pedro Alonso de Lugo, quien llegó a nombrarlo representante suyo y Capitán en una de las expediciones del río Magdalena. No obstante ser la primera vez en su vida que Quesada recibía el

Yrrumiñahui, y preguntándole diversas cosas de su tierra, decía la mucha riqueza de oro que en ella había, y otras grandezas, que ha sido causa de aver muchos emprendido aquel descubrimiento del Dorado que hasta ahora parece encantamiento". (Herrera, Historia general de los hechos de los castellanos, Década V, Lib. VII, Cap. XIV).

La versión consignada por Piedrahita es parecida, y posiblemente haya sido tomada de la obra de Herrera (Piedrahita: "Historia general de las conquistas del nuevo reyno de Granada", Lib. IV, Cap. I).

(3) Parece que Cunti fue, originalmente, una palabra o toponimia del idioma Aymará, que luego pasó al Keshua. Cuntisuyu se llamaba una región situada al Oeste del Kusko, de allí que hasta ahora se conozca a una Provincia del Departamento de Arequipa —al Suroeste del Kusko— con ese nombre. También una aldea situada al Oeste del Kusko lleva el nombre de Conde o Cunti. Garcilaso dice al respecto del Inka "Kapaj Yupanqui: "Mandó apercibir gente y bastimentos para el año siguiente, porque pensaba salir á conquistar acia la parte de Cuntisuyu, que es el poniente del Cozco". Por eso se deduce con el significado de "Occidental"; de igual manera, muchas toponimias en otras provincias del Imperio se formaban con Cunti, como Conde-bamba, Conde-chaca, Conde-sonchayaque.

mando de una empresa militar, mostró en ella la cautela, la decisión y la perseverancia del soldado profesional de experiencia. Las penalidades y dificultades por la que hubo de atravesar esta expedición en la selva de las húmedas y malsanas regiones bajas, pertenecen a la más escabrosa de las Odiseas que jamás debieron atravesar los aventureros de la conquista. Después que habían sucumbido dos terceras partes del ejército que se alistó en Santa Marta, a consecuencia de los encuentros con los aborígenes, fiebres y hambruna, llegó finalmente Quesada al valle de Opon —un afluente pequeño que desemboca en la margen derecha del río Magdalena— guiándose, por el descubrimiento de un depósito de sal de cocina, al que llevaba un sendero transitado; avanzó, llegando repentinamente a una sierra templada, sana y bien cultivada: el país de los Chibchas (a principios de 1537). Disponía solamente de 160 hombres, de los 600 con los que había partido de Santa Marta, sin embargo, tan sólo con este reducido número de combatientes emprendió, sin vacilaciones y con la osadía y confianza propias de los españoles de aquel entonces, la conquista de un país cuya extensión y potencia le eran desconocidos. Favorecieron su empresa factores circunstanciales, parecidos a los que anteriormente habían facilitado la conquista del Perú y de México. Las tribus Chibchas luchaban entre sí; por ello no pudieron ofrecer a la invasión extranjera, una resistencia unida. Por lo demás, los medios defensivos de este pueblo, aún cuando hubiese estado unido, habrían sido de proporciones modestas en comparación a los que presentaron los Inkas y los Montezumas.

El territorio de los Chibchas estaba situado al Oeste de la cordillera de los Andes y abarcaba las mesetas de Bogotá y Tunja con los valles vecinos de Fusagasugá, Pacha, Caqueza y Tensa. Se extendía entre el cuarto y el sexto grado, latitud Sur, sobre una longitud de 45 leguas de Sur a Norte y con un ancho de 12 a 15 leguas. El área de tierra cultivada ha sido calculada en 600 leguas cuadradas y el número de sus habitantes en 1'200.000. Fueron los Chibchas un pueblo sencillo y trabajador que vivía de la agricultura. Como todos los que cultivan la tierra, eran inclinados a la paz; pero, al mismo tiempo, avezados en el uso de las armas, pues debían defender sus propiedades contra vecinos belicosos entre los que destacaban —por su espíritu ávido de guerra y saqueo— los Pachas, radicados en el río Magdalena. Los Chib-

chas obedecían a dos jefes, que se disputaban con suerte cambiante la primacía en el señorío. En Muqueta, o sea la ciudad de Bogotá, gobernaba uno de ellos, llamado Sipa; el otro llevaba por nombre Sake (Zaque) y radicaba al Norte del territorio del Sipa, en Hunsa, la actual Tunja. Junto a estos dos conductores políticos había uno de carácter religioso que residía en Iraca, en calidad de descendiente del creador de la religión de los Chibchas; era muy respetado en todo el país, pero su influencia no rebasaba el marco de su ministerio. Por la época de la llegada de los españoles, el poder del Sipa estaba acrecentándose por más que la victoria en la última batalla entre él y el Sake había recaído en favor del segundo. En el primer encuentro bélico habido entre las tropas de Quesada y los guerreros del Sipa, estos fueron derrotados y dispersados, a consecuencia de lo cual el Sipa, llamado Thisquesusa, abandonaba su sede capitalina para mantenerse en adelante oculto. Los españoles ocuparon Bogotá y sorprendieron, posteriormente, en Hunsa, al viejo Sake Quemunchatocha: saquearon su morada o fortaleza consiguiendo allí apreciable botín en oro y piedras preciosas. El escondite del Sipa fue rápidamente descubierto al ser delatado por un prisionero; fue muerto de un disparo de arcobuz. Los tesoros que se esperaba encontrar en su residencia habían desaparecido y, posteriormente, el sucesor de Thisquesusa, llamado Sagipa, hasta bajo la presión de los mismos tormentos, aferróse en su negativa y no pronunció el nombre del lugar donde aquellos se guardarían ocultos.

Los detalles sobre las batallas libradas entre españoles y aborígenes carecen de interés y, por lo demás, no encuadran en este lugar. En menos de un año había concluido, en lo primordial, la conquista de los Chibchas y Quesada fundaba Bogotá, en el mismo sitio donde actualmente se levanta la ciudad. Poco tiempo después ocurría un suceso curioso: Tres hombres cuya contribución al descubrimiento de los países situados al Norte de la línea ecuatorial había sido destacada, se encontraban en forma casual y sin haber tenido previamente informes sobre las empresas que cada uno había realizado. Sebastián Belalcázar venía proveniente de Quito y siguiendo el curso del río Magdalena, acudía a Bogotá. Proveniente de la llanura del Orinoco y atravesando la cordillera de los Andes, llegaba Nicolás Federmann, un alemán al servicio de la casa comercial augsburguesa de los Welser, a la que el Emperador Carlos V había concedido la provincia

de Caracas en calidad de garantía por un préstamo que le hiciera. Los temores de Quesada de que los recién llegados buscaran robarle el fruto de sus esfuerzos, o por lo menos disminuirlos, resultaron ser infundados. Federmann se dió por satisfecho con una suma de dinero, y Belalcázar emprendió, conjuntamente con Quesada, un viaje a España donde cada cual por su parte esperaba que la merced del Emperador le hiciera gracia de la gobernación de los países por ellos descubiertos y conquistados. Belalcázar lo alcanzó; logró ser investido como autoridad máxima de Popayán, que fue separada del Perú; Quesada en cambio, desconocido en la corte y sujeto ignorante del arte de congraciarse con protectores, no llegó a obtener nada. Por el disgusto y la amargura que habíale acarreado las decepciones, comenzó a despilfarrar, en vanas distracciones, sus mejores años y los tesoros que había llevado de América. Finalmente, ya empobrecido, logró que se le enviara a la tierra por él conquistada con el título de Mariscal y Adelantado, mas sin facultades oficiales determinadas. En edad ya avanzada, realizó otra expedición descubridora en busca del legendario país aurífero del "Dorado", empresa en la cual perecieron casi todos los que en ella participaron; volvió sólo después de tres años de penurias y acompañado únicamente por muy pocos de los que habían formado su séquito. Quesada era uno de los contados conquistadores españoles que se destacaron por su moderación y sentimiento humanitario en el trato con los indígenas; fué, también, uno de los pocos que lograron alcanzar una longevidad considerable y cuya vida no terminó trágicamente. Sin embargo, también él murió pobre y desengañado, a causa de haber contraído una terrible enfermedad, la lepra (1579).

Aún cuando las tribus de los Chibchas vivían antes de ser conquistadas en continuas luchas intestinas, manifestaban unidad en la semejanza de sus concepciones religiosas y sus leyendas, su cultura, su modo de vida y sus costumbres. Ellos creían en un Ser Supremo, fuente originaria de la luz y creador del mundo, sobre cuya supuesta morada e influencia en el destino humano nos faltan noticias. La deidad principal y ser más importante de su culto era el Sol —Zuhe—, al que se le representaba cual personaje de sexo masculino y como desposado con Chia, la diosa Luna. Junto a éstas dos divinidades, se veneraban en el templo también otros dioses menores: Bochica, la deidad bené-

vola, Chibchacum, el protector de los Chibchas; Chaquen, el dios de las naciones; Cuchavira, el arco iris; existieron, además, diferentes representaciones de ídolos fabricados de metales preciosos, piedra y madera. Eran asimismo considerados con carácter divino cerros elevados, lagunas, ríos y grandes árboles. Pero los altares donde se rendía el culto no eran construcciones líticas ni hechas de ladrillo, sino erigidas únicamente con madera, del mismo modo como lo eran todas las viviendas y fortificaciones. El templo de mayor importancia era el de Sogamoso y junto a éste las reliquias religiosas de Maquetá y Guatavita. Los sacerdotes —Chuches o Jeques— vivían, bien en los templos mismos o en las inmediaciones de éstos, guardando mucha severidad en su comportamiento. No les era permitido contraer matrimonio, manteniéndose en celibato; hablaban, comían y dormían poco, pero masticaban para alivio de sus prolongados ayunos hojas de coca, cuya savia produce una sensación artificial por la que no se siente hambre. El culto consistía en el sacrificio que se hacía ofreciendo diferentes objetos que eran transmitidos a las divinidades por intermedio de los sacerdotes. Se ofrecía oro, piedras preciosas, algunos animales pequeños, principalmente papagayos a los que se les enseñaba previamente a hablar. Los metales nobles y las piedras eran otorgados a los ídolos, generalmente en las lagunas sagradas. Para este fin, el pueblo se dirigía en ceremoniosas procesiones por caminos construidos especialmente con tal objeto, que arrancaban de la casa del principal del pueblo y llevaban hasta la laguna. En el trayecto grupos fantásticamente enmascarados ejecutaban danzas; posteriormente los sacerdotes se trasladaban en balsas, llevando consigo las ofrendas, hasta el centro de la laguna y hundían en sus aguas las reliquias. Una vez realizado el sacrificio, bañábanse en las aguas del lago sagrado en señal de purificación, finalizando luego la festividad con diversiones y excesos en la bebida (4).

Pero éstas ofrendas sencillas no eran suficientes del todo en las ceremonias; se consideraba de necesidad, como un medio más efectivo para asegurar la benevolencia de los dioses, los sacrifi-

(4) El más famoso de los lugares sagrados fue el de Guatavita. El jefe de este pueblo acostumbraba en los sacrificios anuales desnudarse, untarse el cuerpo con trementina y hacerse salpicar con partículas oro en polvo, y así, con el dorado brillo, arrojarse al agua y sacrificar las escamas metálicas lavándose la piel.

cios humanos. Se sacrificaban comúnmente jóvenes prisioneros de guerra, salpicando con su sangre piedras sobre las que brillaban los rayos del sol naciente; pero el sacrificio más festejado era el de un niño o de un adolescente —llamado Guesa— que para tal efecto había sido criado en un templo hasta cumplir los 15 años. El sacrificio se ejecutaba, al igual que entre los aztecas, abriendo el pecho del infortunado y arrancándole el corazón.

Que los Chibchas creían en una forma de supervivencia del alma más allá de la muerte, es un hecho demostrado por las costumbres funerarias: al cadáver embalsamado se le acompañaba de cántaros provistos de comida y bebida, herramientas y armas. A la muerte de un rey o un jefe, muchas de sus esposas y de sus servidores eran muertos y enterrados con él.

Entre las leyendas religiosas merecen citarse dos:

Nemterequeteba era el nombre de un anciano forastero, de lenguas barbas y vestido de túnica, que había llegado al país procedente del Oriente, había educado a los rudos pobladores con sermones y recorrido toda la zona, para desaparecer finalmente en la región septentrional, por Sogamoso. Dejó éste un sucesor del que se ha hecho mención, identificándolo como el jefe religioso que residía en Iraca.

La otra leyenda se relaciona con el dios Bochica, deidad que a menudo ha sido confundida con Nemterequeteba o bien identificados ambos como un solo personaje. Bochica era considerado como un bienhechor del país, ya que, en una oportunidad en que un serio desborde del río Funza, inundó toda la meseta de Bogotá, sentado sobre un arco iris, arrojó una vara o lanza de oro contra las peñas de Tequendama en tal forma que éstas se partieron, dando a la inundación un cauce por donde desaguar; produciendo por esta causa la famosa catarata —a ocho leguas de Bogotá— cuyas aguas caen desde 600 pies aproximadamente.

Los Chibchas formaban un pueblo agricultor y hasta cierto punto también industrial. Cultivaban maíz, quinua, aracacha, papas, y en los valles templados, la yuca y el camote. No acostumbraban a criar animales, ni poseían animal doméstico alguno que no fuera el perro; la carne para el alimento les era proporcionada por la cacería. Necesitaban de ropa abrigada por ser frígido el clima de la sierra, de modo que aprendieron a confeccionar tejidos de lana y de algodón, tanto de factura corriente como fina. No ha quedado aclarado qué animales fueron los que

proporcionaban la lana, ya que al parecer no conocieron la llama. Con las telas que fabricaban abastecían también las necesidades de las tribus salvajes de la vecindad, entregándolas a cambio de oro en polvo o pequeñas láminas de este metal. Pero el artículo más importante de su comercio era la sal, la que obtenían de aguas salinas mediante evaporación.

Ahora bien, si comparamos lo ya dicho sobre la cultura de los Chibchas en la somera descripción que antecede, con la religión, las leyendas, el comportamiento y las costumbres de los Inkas, hallaremos notorias semejanzas. En ambos encontramos la idea de un Ser Supremo, siendo la divinidad principal el Sol, al que se presentaba como desposado con la Luna. Ambos tuvieron deidades secundarias, ídolos familiares, cerros, peñas y árboles sagrados. Asimismo, la forma como se desenvolvía el culto era parecida: las festividades religiosas con sacrificios, procesiones, bailes y borracheras; la costumbre de dar sepultura a los muertos, y costumbres afines a este proceso. Las leyendas religiosas de Bochica y Nemterequeteba recuerdan a las de Huiracocha y Manco 'Kapac. Así como Huiracocha salvó a los pobladores del valle del Vilcanota (Huillcanota, según Middendorf. N.d.T.) del fuego volcánico, también Bochica, de modo semejante, libró a la llanura de Bogotá de un diluvio. Nemterequeteba hizo su aparición entre los Chibchas presentándose como un forastero, y educó a los rudos indígenas con sus sermones; también Manco 'Kapac se presentaba en el valle de Kusko como un ser empeñado, con la mejor voluntad, en culturizar. Ambos pueblos, los Chibchas o Muyscas tanto como los Inkas y Aimarás, se sustentaban de la agricultura: cultivaron las mismas plantas, fabricaron la misma bebida fermentada, hecha a base de maíz, y fueron, igualmente, diestros en la confección de tejidos, los que muestran sorprendentes similitudes en lo que se refiere al tema contenido en los dibujos allí representados.

Se perciben divergencias en lo que se refiere a los sacrificios humanos; éstos, aún cuando pudieron llegar a permitirse por los Inkas, entre los que iban sometiendo, no constituyeron formas pertenecientes al ritual del culto solar. Asimismo, los Chibchas se inclinaban más al comercio y usaban del oro, en forma de pequeñas monedas o láminas, como medio de pago; entre los Inkas, en cambio, sólo existía el trueque de productos de una región con otra,

sirviendo los metales finos exclusivamente para adorno de los templos y palacios reales.

A juzgar por todo esto, se llega a la sospecha de que los Aymarás lograron, durante su expansión, tener contacto con los Chibchas. Entre estas dos naciones, sin embargo, no existió mayormente un parentesco estrecho, ya que éste debería comprobarse lingüísticamente. Pero que su lengua es una diferente a la de los idiomas peruanos, se deduce a través de una somera observación de sus formas idiomáticas, que han sido incluidas en la presente obra a guisa de Anexo. El idioma de los Chibchas se ha extinguido ya hace 150 años y sólo contadas palabras del mismo persisten en el lenguaje castellano hablado en Bogotá.

En la región septentrional del Continente Sudamericano, que actualmente forma el territorio de los Estados Unidos de Colombia, los Chibchas o Muyscas constituían la única nación civilizada que hallaron los españoles. Junto a ella menciona Piedrahita todavía otras cinco naciones, como que tenían más prestancia en el territorio del antiguo Virreynato de Nueva Granada. Estas eran: 1º) Los Pantagoras, en la margen izquierda del río Magdalena; 2º) los Panchez, en la orilla derecha de ese río; 3º) los Laches, que habitaban las regiones que se extienden al Norte de los Chibchas; 4º) los Santaguas, en la zona de Leiva en la cordillera de Suma Paz, al Sur de Bogotá; y, 5º) los Chiteros. Los Panchez formaban la más poderosa y valiente de todas estas tribus; al mismo tiempo eran inclinados al saqueo y asérrimos enemigos de sus vecinos, los Chibchas. Por lo demás, vivían en estado de salvajismo, al igual que las demás naciones. En el mismo nivel inferior se hallaban los habitantes de las provincias de Pasto y Popayán, entre los cuales —así como sucedía en otras muchas tribus de estas regiones—, la antropofagia no sólo se practicaba en ocasiones festivas, sino que formaba parte de la vida cotidiana.

A un nivel cultural más avanzado habían llegado los Caras, cuyos asientos comprendían los primeros grados a ambos lados de la línea ecuatorial, y que lentamente llegaron a sojuzgar gran parte de las provincias que actualmente forman la República del Ecuador. Las noticias que nos han sido suministradas sobre la historia de este pueblo, antes de que fuera dominado por los Inkas, rezan muy inseguras y legendarias (5). Según ellas

(5) Las contadas y muy dispersas noticias que consignan diversos antiguos historiadores castellanos, han llegado a ser compiladas y trasmis-

debió arribar en balsas a la costa ecuatoriana, en el siglo octavo o noveno de Nuestra Era, un pueblo de extraña procedencia.

El jefe o cacique de esta gente se llamaba Caran, de ahí que la bahía donde desembarcó vino a llamarse Caranqui y Caras los miembros de aquella tribu. Después que los forasteros se hubieron establecido por algún tiempo en la región, se dirigieron al Norte, llegaron al río Esmeraldas, siguieron en dirección contraria a la corriente, llegando así, gradualmente, a la serranía, más frígida y sana. Allí se mezclaron con los antiguos pobladores de la región y llegaron a formar una nación cuyo asiento abarcaba numerosos poblados de la zona comprendida al Norte y Sur de Quito, territorio que en adelante habría de conocerse con el aludido nombre.

El "cacique" o rey de los Caras se llamó Scyri. No tenía éste poderes ilimitados sobre su país —como lo tenían los Inkas en su Imperio— sino que se encontraba rodeado por una casta de nobleza hereditaria, de cuya aprobación dependía la sucesión del mando. Por lo demás, los Scyris no eran menos inclinados a conquistar que sus vecinos del Sur y buscaban siempre extender los límites de su territorio. Se empeñaban en asegurar el dominio de las provincias por ellos conquistadas, construyendo fortificaciones al igual que los Inkas.

Con el undécimo rey se extinguió la sucesión de los Caran en la línea masculina. Aquel rey tenía solamente una hija, llamada Toa; por eso la Junta de la Nobleza concedió a ella el derecho de sucesión. El rey Scyri, por esa causa, desposó a su hija con el hijo mayor del rey del Imperio vecino de Puruhá, llamado Duchicela; con ellos, a partir del duodécimo Scyri, llegaron a unificarse los imperios de Quito y de Puruhá (según se dice, por el año de 1300). Bajo Huallcopo Scyri, nieto de Duchicela, el reyno

tidas por Juan de Velasco en su "Historia de Quito". Velasco había nacido en Quito; era miembro de la Compañía de Jesús, y se dirigió a Italia después de la expulsión de los Jesuitas, país en que escribió su "Historia del reino de Quito", habiendo suscrito el Prólogo en Faenza el 15 de Marzo de 1789. Esta obra fue editada por primera vez, traducida al idioma francés, en la Colección de H. Ternaux Compans: "Voyages rélations et mémoires originaux, pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique" (Paris, 1840). Cuatro años después y con su propio pecunio, mandaba editar el texto original castellano el ecuatoriano José Modesto Larrea. Lo que consigna sobre los Caras un historiador ecuatoriano más reciente, P. F. Cevallos, en su "Resúmen de la historia del Ecuador" (Lima, 1870), ha sido tomado de la obra de Velasco.

de Quito fué agredido por Tupac Yupanqui, duodécimo rey de la dinastía inkáica. Este consiguió conquistar una gran parte de las provincias meridionales, buscó afianzar sus conquistas construyendo fortalezas y campamentos fortificados y mandó levantar entre otros monumentos, los palacios de Tomebamba (Tumipampa), de los cuales aún hoy quedan los vestigios. Le fué vedado, empero, el sojuzgamiento de todo el territorio y el quebrantamiento de la defensa encabezada por el valiente rey Huallcopo.

Poco tiempo después de que Tupac había regresado al Kusko, moría Huallcopo, legando a su hijo Cacha el resto de su Imperio. Cacha era enfermizo, pero había heredado el valor y el tezón paternos. Mandó reunir sus tropas, atacó a los ejércitos de ocupación inkáicos y consiguió reconquistar todo el territorio perdido, salvo la provincia de los Cañaris, que se decidió por el partido del Inka desvaneciendo de este modo los esfuerzos de Cacha.

Mientras tanto, Tupac Yupanqui había muerto y su hijo, el famoso Huayna 'Kapac, le había sucedido en el poder. Siendo aun heredero del trono, éste había ya acompañado a su padre en la expedición contra Quito, y ahora se proponía, disgustado por los magníficos triunfos de Cacha, despojarlo de su trono y hacer del reyno de Quito una provincia de su Imperio. También sobre esta última parte de la historia de Quito faltan datos más precisos y concordantes. No obstante que Huayna 'Kapac fallecía tan sólo pocos años antes de la llegada de los españoles al Perú y pese, también, a que hasta entonces habían apenas transcurrido treinta años desde la conquista de Quito, los detalles de las campañas conquistadoras son presentadas de manera distinta por los cronistas españoles más antiguos. Pero sí concuerdan todos, en que el triunfo sobre los Caras, a pesar de la fuerza superior de los Inkas, fué un largo y penoso esfuerzo —según Garcilaso, esta guerra duró tres años consecutivos— y que la resistencia de la valiente nación sólo llegó a perder empuje después que el rey Cacha había sido muerto en una batalla, víctima de un lancetazo. El real personaje desaparecido carecía de prole masculina; tan sólo tenía una hija, llamada Paccha, a la que el pueblo guardaba profunda estimación. Huayna 'Kapac, entonces todavía joven, tomó gran predilección por la región que había logrado conquistar —la última expansión territorial de su Imperio— y, en parte por astucia diplomática para reconciliar a sus nuevos vasallos sobre los que reynaría en adelante y, también, quién sabe si por

afecto, llegó a desposar a la joven y hermosa princesa; afirmase que llegó a tener desde entonces mayor preferencia por ella que por sus mismas esposas legítimas que habían quedado en el Kusko. El hijo nacido de esta unión fue Atahuallpa. Huayna 'Kapac concentró en la criatura el afecto preferencial que tenía para con la madre, preferencia ésta que llegó a acrecentarse por la inteligencia, espíritu valeroso y hermosura del niño; por eso es que se hacía acompañar por el joven en todos sus viajes y empresas. Cuando el emperador sintió que su fin se acercaba, en sus últimas disposiciones —en favor de Atahuallpa— llegó a contrariar una ley familiar y estatal por la que, como había sido costumbre inveterada entre los Inkas, sólo la prole real cuya madre también perteneciera a la casta reynante, era reconocida como legítima. Así, Huayna 'Kapac no llegó a legar todo el Imperio a su vástago mayor, Huáscar, habido en su esposa legítima y al mismo tiempo su hermana, Rahua Ocllo, sino separó del mismo, el reinado de Quito, correspondiente a su última conquista, y lo adjudicó al hijo de la Princesa Paccha. Los celos que se originaron entre ambos hermanos, Huáscar y Atahuallpa, y que se asentaban en el primero alimentados, principalmente, por Rahua Ocllo, su madre, llevaron posteriormente a la guerra civil, que a la llegada de los castellanos tenía devastado el país y en la cual Huáscar cayó prisionero y fué ejecutado por orden de su hermano; siendo luego Atahuallpa, a su vez, ajusticiado por los españoles (6).

(6) Los primeros cronistas de la conquista, como Francisco de Jerez y Zárate, tanto como, posteriormente, Gómara, Garcilaso y después Velasco, coinciden en la versión de que Atahuallpa era hijo de Huayna 'Kapac engendrado en una hija del soberano de Quito, y menor en edad a Huáscar, sucesor del trono. Sólomente Cieza emite una versión distinta. Según él la madre de Atahuallpa era una concubina de Huayna 'Kapac, perteneciente a la tribu de los Quillacos, grupo aquél cuyo asiento limitaba con el de los Cañaris. Atahuallpa debió ser además mayor que Huáscar y haber nacido en el Kusko. Parece que Cieza, que asevera haber recogido estos informes de fuentes fidedignas, llegaría quizás a ser desorientado intencionalmente. El odio partidario seguía vivo entre los peruanos aún mucho después que ambos Inkas rivales habían perecido. Todavía en la versión dada por Garcilaso resulta esto bien notorio, por más que fue escrita algo así como setenta años después de los sucesos. Los Quillacos formaban una raza muy despreciado, por su ignorancia y rudeza proverbiales (Garcilaso VII, 7). Es posible que la intención de rebajar aún más el origen de Atahuallpa, señalándolo como un bastardo que nada se merecía, fue la causa de atribuirle una madre tan despreciable.

No obstante hallarse Quito a distancia considerable del Kusko, los Caras parecen haber estado en lo relativo a concepción religiosa, formas de adorar a sus dioses, así como en cuanto se refiere a organización estatal y vida cultural en general, más cercanos a los Inkas que a los pobladores de la mayoría de las naciones que mediaban entre ellos y que fueron afiliadas al Imperio del Kusko por causa de la conquista de los Caras. De modo semejante a los chibchas, también los caras adoraban como divinidad suprema al Sol, que se representaba como una deidad masculina y teniendo por esposa a la Luna, segunda deidad. El templo principal del Sol se levantaba sobre un monte en las inmediaciones de Quito (llamado en la actualidad Panecillo); era rectangular y construido con piedras labradas, coronado por un techo en forma de pirámide y tenía una entrada que miraba hacia el Oriente. Dos grandes columnas se erguían a ambos lados de la portada y doce de menor tamaño en los paramentos del templo. Dentro de una cámara, dando frente a la entrada, se hallaba la figura áurea del Sol. Por lo demás, este edificio había permanecido durante la época de los Scyris desprovisto de objetos de oro y ornamentos. Sólo Huayna Kapac mandó exornar el templo con gran lujo. Las columnas existían todavía a la llegada de los castellanos (Velasco, Parágrafo 4, 120). La adoración al Sol consistía en ofrendas, tales como sahumar bálsamos aromáticos y resinosos, o en obsequios de flores y frutas. El templo destinado al culto lunar se levantaba frente al templo del Sol sobre una prominencia (llamada en la actualidad San Juan Evangelista) y era de forma circular. Las festividades en honor a la diosa Luna eran celebradas en la época de novilunio.

Junto a estas deidades, los Caras rendían también culto a los dioses e ídolos de los países conquistados por ellos. Así en Liribamba, Provincia de Puruhá, se encontraba un templo dedicado al dios de la guerra, con una representación plateada de éste; en la provincia de Cañarís, un templo al espíritu diabólico (supai urcu); en Manta se adoraba a la diosa de la Salud bajo la forma de una "umiña". Al dios de la guerra y al espíritu maléfico se les ofrecía numerosas víctimas humanas.

La costumbre de enterrar a los muertos era, en lo general, parecida a la practicada por los Inkas y otros pueblos de la América Meridional, pero entre esta gente esto se llevaba a cabo con una modalidad muy particular. Verdad es que se envolvía al cadáver en mantas, como momia, pero este no era conducido a

una sepultura o fosa, sino era colocado sobre el suelo rodeado de utensilios, armas y adornos que le pertenecían, levantándosele un muro de poca altura en alrededor suyo; luego se le rellenaba y ponía encima tanta tierra como para formar un montículo (tola).

En cuanto a organización estatal, los Caras se diferenciaban notablemente de los Inkas, porque sus reyes no tenían un dominio tan absoluto como los señores del Kusko. Tampoco derivaban su genealogía de su dios, el Sol; el empleo del Sumo Sacerdote no estaba vinculado con el personaje real; ni la propiedad era como entre los Inkas tan sólo asunto circunstancial, que dependía del Estado, y venía a ser temporal, puesto que era reconocido el derecho a la herencia de bienes. La agricultura se desenvolvía en Quito en la misma esmerada forma como en el Kusko y se sembraban y plantaban las mismas raíces de cultivo; igualmente conocíase el proceso de fundir y trabajar los metales nobles, fabricar telas burdas como finas, confeccionar vasos de terracota, tallar la madera dura y las piedras preciosas; las armas eran parecidas a aquellas de los Inkas. En cuanto a la arquitectura los Caras lograron alcanzar al parecer sólo progresos mediocres.

La lengua de los Caras debió ser, según las afirmaciones de Velasco, un dialecto emparentado al idioma de los Inkas, diferenciándose tan sólo en la pronunciación, que era más suave. Esta circunstancia y las semejanzas en las ideas religiosas y formas de culto, dícese, contribuyó notablemente — junto a la benignidad del clima— a que Huayna Kapac tuviera gran preferencia por Quito, inclinación que llegó a conservar hasta su muerte. El hecho de que se haya presentado en la Sierra, a una distancia tan considerable del centro original de la lengua inkaica, un dialecto emparentada con ésta, se presenta en principio como algo no muy aceptable; pero, el asunto se ofrece menos inverosímil cuando se toma en cuenta que también el Aymarà ha sido hablado en regiones muy apartadas unas de otras. Contribuye asimismo a respaldar esta posibilidad la circunstancia de que a la llegada de los españoles, el Keshua ya se había arraigado en Quito, a pesar de sólo haber transcurrido hasta entonces cincuenta años desde la conquista del país, por los Inkas, y, por otro lado, el que este idioma llegara a supervivir en las clases populares hasta hoy en día. La pronunciación del Keshua de Quito se distingue del cusqueño por la suavidad de las consonantes fuertes, en especial de las guturales.

Luego de estas breves consideraciones sobre las dos razas que en la sierra, llegaron a alcanzar, entre tribus primiti-

vas —en parte salvajes del todo—, un nivel cultural superior, dirijamos la vista a la costa y en especial hacia aquel pueblo que mantenía el primer rango entre las demás tribus pobladoras de esa zona, y cuya lengua constituye el objeto de la presente obra. Parece que este pueblo logró adquirir —al igual que los Caras— un progreso cultural de no menos valía que el de los Inkas, aún cuando, en lo que respecta a las medidas de su territorio, a su dinamismo guerrero y, en general, a su potencialidad toda, no logró competencia con los señores de la sierra, por lo que fueron aplastados por éstos.

Para una mejor comprensión de la psicología de los habitantes de la Costa, su comportamiento habitual y costumbres, deseamos en primer término traer a la memoria la situación climática peculiar del litoral del Océano Pacífico desde el grado 25, latitud Sur, hasta las proximidades de la línea ecuatorial. El paisaje costanero consiste casi exclusivamente en una estrecha faja, la que rara vez llega a ancharse para formar extensas llanuras, y, más bien generalmente, se eleva muy pronto en forma de gradería a la sierra de los Andes. Hasta una altura aproximada de 2300 pies, no se precipitan allí lluvias durante el año entero; sólo en los meses invernales —de Junio a Septiembre— se concentra en la atmósfera una capa de neblina de más o menos 1000 pies de espesor. Debajo y sobre la misma, el clima se mantiene seco. Como consecuencia en la Costa se presenta vegetación sóloamente en aquellos sitios que son bañados por el agua de ríos de corto recorrido que bajan de la Cordillera; es decir, sólo donde existen valles, y en campos que se hallan a mayor altura, pero que son irrigados con acequias sacadas de los ríos. Las zonas que se encuentran situadas entre los ríos, muchas veces separadas por distancias que llegan a muchas millas, son enteramente desérticas. Como consecuencia de tal situación se ha derivado que los pobladores de la Costa, que sólo podían tener contacto por tierra a través de un viajar penoso a lo largo de arenales en los llanos, hayan vivido primitivamente aislados entre sí y que cada valle constituyera un grupo independiente de su vecino, gobernado bajo el cetro de uno o varios caciques. Pero al mismo tiempo existía en toda la faja costanera —ya por tierra, ya por mar (en balsas)— cierto grado de intercambio a través del cual se desarrollaron semejanzas en los hábitos, vestuario y costumbres. Aquellos contactos llegaban en algunos lugares a ser alimentados por factores espe-

ciales, pues no todos los ríos están aislados en su curso y separados por zonas distantes e inhóspitas. Algunos de los más caudalosos desembocan a cierta distancia uno de otro y hasta toman contacto antes de alcanzar el mar : de allí que sus valles en conjunto lleguen a formar superficies a manera de deltas fértiles que como ofrecen la posibilidad de ser irrigados son, consecuentemente, cultivados. Esto sucede principalmente en la parte norte de la costa peruana, en las inmediaciones de la actual ciudad de Trujillo. En dirección norte del valle sobre el cual se ubica ésta ciudad y a poca distancia entre sí, se encuentran los grandes valles de Chicama, Pacasmayo (Jequetepeque) y Lambayeque, que constituyen la parte de la Costa peruana más productiva y mejor cultivada.

Fueron estos valles la morada del pueblo que nos interesa directamente en la presente obra. No se conoce cuál haya sido el nombre de este pueblo, es decir, cómo es que los miembros pertenecientes a dicho conglomerado llegaban a llamarse a sí mismos. Los españoles los denominaron siguiendo la tradición inkaika, apodándolos Chimus; pero no está bien establecido si la denominación Chimu se refería al valle sobre el cual se levantaba la capital, a sus habitantes, o al personaje real o curaca que los gobernaba cuando eran atacados por los Inkas (7). Lo más aceptable parece ser que el valle donde actualmente está la ciudad de Trujillo era el que llevaba aquel nombre, pues es el pueblo de Eten, la única población donde hasta la fecha se ha conservado la antigua lengua aborigen, se llama "Chimorr" a la ciudad de Trujillo, de donde se ha formado la palabra Chimu debido a la pronunciación descuidada de los españoles.

Las referencias que nos transmiten los viejos autores españoles sobre la nación e historia de los Chimu, son aún más insuficientes que las escasas noticias que poseemos sobre los Caras y los Chibchas. Estas referencias están circunscritas a los datos diseminados que ofrecen las obras de Oviedo, Cieza, Garcilaso y Feijóo; la mayor parte de las noticias están en la crónica de Balboa (Misceláneas australes), y en la Crónica de la Orden de San Fran-

(7) "Cuentan algunos indios que antiguamente, antes que los Inkas tuviesen señorío, hubo en este valle un poderoso señor a quien llamaban Chimu, como el valle se nombra agora, el cual hizo grandes cosas, venciendo muchas batallas y edificó unos edificios, que aunque son antiguos, se parece claramente haber sido gran cosa" — Cieza, Crónica I, Cap. 68.

cisco en el Perú, del Padre Calancha (8). El territorio primitivo de los Chimú estaba constituido por el valle de Trujillo y los cuatro valles situados en dirección Nor-este, esto es: Chicama, Jequetepeque, Lambayeque y Mórrope (9). El valle de Trujillo es bañado por una corriente andina que baja de Otuzco y desemboca en el mar en el pequeño poblado de Moche, por lo que comúnmente recibe el nombre de esta población, es decir, Río Moche. A una distancia aproximada de tres leguas del litoral llega a ancharse el valle, que hasta entonces aparece bien estrecho, para formar una inmensa llanura, en cuyo confín meridional se halla el moderno puerto de Salaverry, en tanto que Huanchaco —el fondeadero antiguo— se encuentra situado cerca del límite norte. A media legua del mar y más o menos a una distancia igual en dirección Norte del río, se levanta la ciudad de Trujillo, capital del Departamento de La Libertad; está unida con Salaverry por una línea férrea.

A una distancia aproximada de cinco leguas al Norte de Trujillo, se halla el valle de Chicama, que está separado del anterior por un conjunto de elevaciones pertenecientes a una bifurcación de la cadena principal de la Cordillera y que, recibe el nombre de Cerro de la Campana, precisamente por su aspecto campaniforme. La superficie cultivable del valle de Chicama es de mayor anchura, mayor longitud y mayor fertilidad que la de Trujillo. Esta

(8) Antonio de la Calancha había nacido en la ciudad de la Plata (Chuquisaca), en el año 1584. Estudió en Lima, llegando a graduarse de Doctor en la Universidad de San Marcos; fue Rector del Colegio de San Ildefonso y posteriormente Prior del Convento de San Agustín en Trujillo, donde presenció el gran terremoto que destruyó la ciudad en 1654. La gran obra por él compuesta, que consta de dos volúmenes in folio, se titula "Crónica moralizado del Orden de San Agustín en el Perú, con sucesos exemplares de esta monarquía". Fue impresa en Barcelona en 1638 y traducida al latín por el agustino Fray Joaquín Brulio, en 1651. El primer tomo de esta obra que en la actualidad ha llegado a ser muy rara, contiene —entremezclada con varias consideraciones teleológicas y divagaciones que penetran en la jurisdicción de la mitología e historia antiguas, campos estos en los cuales su autor gusta exhibir su sabiduría y erudición— no pocas informaciones sobre las ideas religiosas y costumbres de los aborígenes peruanos, principalmente de los Chimú, en cuya región llegó a pasar Calancha muchos años.

(9) En el texto original de esta obra, se lee "Morope"; no dudamos que se trata de un error tipográfico y que Middendorf tuviera la intención de referirse a "MORROPE" (Lambayeque) al aludir a esta toponimia. No quiso ajustarse aquí a la antigua pronunciación, por el hecho de aparecer los demás topónimos citados en la frase con su ortografía moderna (N. de T.).

tierra está dividida en grandes haciendas, en las cuales llega a plantarse exclusivamente caña de azúcar. Este valle está unido a Trujillo por una prolongación del tren de Salaverry, que se dirige en la parte baja por entre el Cerro de la Campana y la Cordillera Andina y se prolonga en el valle hasta la población de Ascope. También el valle de Chicama tiene su propio fondeadero marítimo, que no puede llamarsele puerto, ya que la bahía poco profunda no ofrece protección contra el viento y el oleaje; de ahí la denominación característica que recibe este puerto: Malabrigo (mal protegido).

El valle que sigue al de Chicama en dirección Norte, es aquel que forma el río Jequetepeque (Yeketepek), cuyo puerto, Pacasmayo, se encuentra algo más protegido que Malabrigo y está provisto de un largo muelle, desde donde parte un ferrocarril al interior. En el valle de Jequetepeque están situadas las pequeñas poblaciones de San Pedro y San José, así como el famoso santuario de Guadalupe, que guarda una imagen milagrosa de la Virgen María, la que fue llevada a ese lugar desde España, para ser colocada en la iglesia de un antiguo convento agustino. Pacasmayo es el puerto que corresponde a Cajamarca y el ferrocarril que parte desde ese lugar, debió en el proyecto primitivo atravesar los Andes y ser prolongado hasta esa ciudad. Esta línea, que comenzó a construirse en la época próspera del Perú, quedó sin concluir, una parte fue destruida por inundaciones del río y actualmente sólo es transitable el sector que va hasta el pequeño puerto de Yonan.

El cuarto de los valles Chimu recibe el nombre de su capital, Lambayeque (Ñampajek), y es el más extenso, como más caudaloso el río que lo alimenta. El río se divide en dos brazos a pocas leguas de llegar al mar; no se sabe si esta particularidad es el resultado de la mano del hombre o una división natural, pero parece que el situado más al Sur, el brazo comúnmente llamado Eten, es sí obra de un inmenso canal de irrigación. Con los canales desviados de estos dos ríos la región es irrigada en muchas millas de extensión y produce, junto a una variedad de legumbres y frutas, caña de azúcar y arroz. Además de la capital, Lambayeque, están situadas en esta región varias ciudades como Eten, Chiclayo, Monsefú, Feriñafe (10), Reque y otras muchas pequeñas poblaciones. Más hacia el Norte baja otra corriente considerable, desde

(10) Debe ser "FerReñafe" o "FerRiñafe" (N. d. T.).

la Cordillera, que lleva el nombre de la Ciudad de Mórrope y en cuya jurisdicción se hallan situadas otras tres poblaciones más o menos grandes, Jayanca, Motupe y Salas.

Los habitantes de estos cinco valles pertenecieron a una sola y homogénea raza y hablaban el mismo idioma, si bien en dialectos diversos. Mas no sabemos si las diferentes tribus de este pueblo estuvieron desde un comienzo bajo un solo cetro; lo más factible, empero, por la posición aislada de las diversas zonas habitadas, es que cada región tuviera en un principio su jefe o cacique, uno de los cuales llegó a ser más poderoso con el correr del tiempo y sometió a los demás. Este sería el rey del valle que se ubica más al Sur, cuya capital se levantaba en las inmediaciones de la actual Trujillo, conocida con el nombre de Chanchán por los aborígenes y después con el de "el gran Chimú" por los españoles. Esta conclusión se desprende no sólo de una consideración de los hechos, sino se apoya también en una tradición, que Balboa ha conservado, sobre la historia más antigua de estas regiones (11).

Los habitantes de Motupe, Jayanca, Callana (?) y Collique (?) derivan su origen —según Balboa— de un pueblo extranjero que habría llegado desde el Norte, en una flota de balsas, bajo el comando de un cacique llamado Naymlap, cuya esposa habría tenido por nombre Ceterni (12). Naylamp y su gen-

(11) Miguel Cabello Balboa había sido soldado durante su juventud y sólo en años avanzados llegó a ingresar en el ejercicio religioso. Vino a la América en 1566, dirigiéndose primero a Bogotá donde conoció a un clérigo mínimo llamado Juan de Orozco, que estaba mucho tiempo en el país y de quien recibió varias obras que había escrito sobre el origen de los primitivos de América. Posteriormente, Balboa se dirigió a Quito y daba comienzo allí, bajo la protección del Arzobispo Pedro de la Peña, a la confección de su obra, en 1576, la que terminó solamente después de diez años, en 1586. Ese libro, que titulara "Misceláneos australes", es una especie de historia universal, cuyo tercera parte trata exclusivamente del Perú. De esta tercera parte, Ternaux Compans, en su Colección, ha llegado a publicar una traducción francesa bajo el título de "Histoire du Pérou", (N. de Midd.).

La obra íntegra de Cabello Valboa ha sido editada sólo modernamente. En 1951, la publicó el Instituto de Etnología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, utilizando, para tal propósito, el código de la Biblioteca Pública de Nueva York —manuscrito que perteneció a Henry Ternaux Compans— y confrontado éste con el código original existente en la Universidad de Austin, Estado de Texas (N. d. T.).

(12) Respecto a esta tradición debe dejarse establecido que las topónimias Callana y Collique no se registran en la actualidad en las provincias

te arribaron a la desembocadura del río Faquisllanga (13). Los inmigrantes construyeron un templo en Chot (Chocop?) (14) y erigieron allí una estatua que llamaron Ñampallec, que en su idioma significaba algo así como "estatua de Naymlap". Naymlap llegó a ser reverenciado después de su muerte cual si fuese un dios. El sucesor de Naymlap fué su hijo Sium. Este tomó por esposa a Solzdoñi y tuvo de esta unión doce hijos. Se cuenta que fue a esconderse en una cueva para morir de hambre y ocultar la forma de su muerte y de este modo conseguir que su raza lo tuviera por inmortal. Balboa consigna a partir de este personaje diez descendientes más de Naymlap. El último de éstos, Tempallec, sedujo a una joven y retiró la estatua de Naymlap del templo de Chot. Cuando poco después empezaron a caer copiosas lluvias a las cuales siguieron grandes sequías, los sacerdotes acusaron a Tempallec de haber producido este infortunio por sus pecados; lo apresaron y atado de pies y manos fué arrojado al mar.

Los descendientes de Sium poblaron los valles de la región norteña del Perú y rigieron en ellos. El más importante de estos pequeños imperios fue Lambayeque. Luego de permanecer dichas regiones durante un largo período en estado independiente,

norteñas del Perú. No existe, asimismo, un río que se llame Faquisllanga (Véase la Nota siguiente del Traductor), quien sabe si se haya querido referir al valle de Chicama en el cual existe un lugar llamado Facaló, que tal vez háyase derivado, por una degeneración de la pronunciación, en Faquisllanga. Tampoco existe ya el lugar denominado Chot, a no ser que aceptemos que la toponimia Chocop en el valle de Chicama sea su derivada. Ñampallec o Ñampajec es la denominación que hasta hoy conserva la ciudad de Lambayeque entre los actuales pobladores de Eten.

(13) Enrique Brüning, arqueólogo regional de la zona de Lambayeque, en sus "Estudios monográficos del Departamento de Lambayeque" (Chiclayo, 1922-23, fasc. 1, pp. 14-15), prueba que el río Faquisllanga aludido en la leyenda transmitida por Cabello Valboa no es otro que el río Lambayeque. Esta conclusión la obtiene Brüning basándose en un documento del Siglo XVI, donde entre los testigos declarantes figura uno que llama también Faquisllanga al río Lambayeque. (N.d.T.).

(14) Brüning (Op. cit. pp. 15-17) cree descubrir que allí donde se encuentra la huaca "Chotuna", entre Lambayeque y San José, estuvo el sitio llamado Chot (o Choc), donde se fabricó el primitivo templo de Naymlap, y cuya etimología la deriva de CHOT - TUNE o "Chot-Tuni", que significaría Huaca de Chot. Es interesante dejar constancia, por otra parte, que la opinión corriente —divulgada sobre todo a través de textos escolares— que sostiene que "Chot" fue un Dios norteño primitivo, carece de fundamento y debe ser sólo a una errónea interpretación del texto de la Crónica de Cabello — Véase: Cabello, 1951, pp. 327-28 (N. d. T.).

fueron sojuzgadas por el rey de los Chimú, pero sólo para pagar tributo, pues la administración quedó en manos de los caciques regionales. Se dice que estos caciques sólo regían durante un período de tiempo muy corto, pues antes de alcanzar ese honor debían sujetarse a tan largos y severos ayunos que su salud quedaba quebrantada para siempre. Es con estos caciques que los Inkas llegaron a tener los primeros contactos, y en ellos hallaron la débil resistencia de la que hablan los antiguos cronistas, pues, aún cuando conservaban sus viejas posiciones, no pudieron olvidar la pérdida de su independencia y así vivían alimentando secreta ira y contrariedad para con sus amos a quienes tributaban.

Los reyes de Chanchán o Chimú no se contentaban con haber unido bajo su cetro a las tribus de su raza, sino que buscaban extender aún más su dominio. A pesar de las dificultades que debieron oponer los desiertos inmensos que separan los diversos valles, a la marcha de la tropa, consiguieron —posiblemente por vía marítima— sujetar a tributo, poco a poco, a toda la costa, hacia el Norte hasta Tumbes (Tumpiz) y hacia el Sur todos los valles hasta Chancay. En la época de su apogeo, se extendía, pues, el poderío del Imperio de los Chimú, desde el tercero hasta el duodécimo grado, latitud Sur, y abarcaba al Norte de su núcleo original, los valles de Sechura, Piura, La Chira y Tumbes y, en dirección Sur del mismo, los de Virú, Santa, Nepeña, Huarmey, Supe y Huacho (15). Los valles de Chancay, Chillón y Lima, que siguen en dirección sur al de Huacho, parecen no haber sido dependientes de los Chimú, sino probablemente del valle vecino de Lurín, donde se encontraba el famoso templo de Pachacamac. Estos obedecían a jefes o caciques que a su vez se hallaban bajo las órdenes de los sacerdotes del templo. La adoración y la fama que esta reliquia había alcanzado entre los habitantes de todo el país, fué tan enorme que los Chimú respetaron los bienes de los cuidadores del templo. Con la misma consideración hubieron de proceder más tarde los Inkas, cuando conquistaron los valles costaneros; los sacerdotes se dieron en aquella ocasión buena maña para conquistar la benevolencia de Huaina 'Kapac, con un oráculo propicio y halagüeño, y lograron así que les hiciera entrega de grandes tesoros en oro o plata para el ornato del templo. Vemos,

(15) Calancho, Crónica, Lib. III, Cap. I; Feyjóo, Descripción de Trujillo, p. 3.

pues, que había en antiguos tiempos dos puntos céntricos del poder y de la influencia en la costa peruana, que en términos actuales podrían calificarse de "mundano" y "espiritual". El primero lo constituía la capital de los Chimú, el segundo la ciudad sagrada de Pachacamac.

A los Chimú se les profesaba en la costa el mismo grado de respeto que a los Inkas en la sierra, y al parecer los imperios de ambos llegaron a coexistir sin rivalidades durante cierto tiempo. Pero aquella situación no podía ser eterna con la siempre activa política conquistadora de los Inkas y tan pronto como ambas razas entraron en contacto tuvo que degenerar este encuentro en un rozamiento bélico. Lo que debió contener a los Inkas por mucho tiempo para no extender de inmediato su poderío a las regiones costaneras, fue probablemente el temor al clima insalubre de los valles cálidos, que llega, en efecto, a ser a menudo dañino para el habitante de la Sierra. Pero tan pronto como llegaron a percatarse, por la experiencia, de que la elección de aposentos secos en las laderas de los cerros daba grandes posibilidades de protección contra el ambiente de fiebres, la tentación de apropiarse de estas regiones fértiles llegó a ser cada vez más persistente. Los valles sureños fueron los primeros en ser dominados y, sucesivamente, Chíncha, Pisco, Cañete (Huarco), Lurín (Pachacamac) y el Rímac (Lima) pasaron a formar parte del imperio inkaiko. Los valles que se hallan más al Norte, Huacho y Supe, eran tributarios de los Chimú. Los sucesos de la conquista llevada adelante por los Señores del Norte, es narrada de diversas maneras por los viejos historiadores, y aquí ocurre también aquello con lo que siempre se tropieza en la historia peruana antigua, esto es, que las tradiciones sobre los acontecimientos más notables sólo coinciden en términos generales, pero difieren en los hechos particulares, cronología y secuencia de las narraciones. Los informes más detallados son aquellos que proporcionan Garcilaso y Balboa, y es precisamente en ellos que se percibe una notable divergencia.

A juzgar por Garcilaso, Pachacutij el noveno Inka— fué quien mandó a su hermano 'Kapaj Yupanqui para conquistar Chíncha y los valles de Runahuanac, Huarco, Malla y Chillca, en los que mandaba el cacique Chuquimancu, y, los cuatro valles siguientes en dirección Norte : Pachacamac, Rímac, Chancay y Huaman, que obedecían a un jefe llamado Cuismanco. Consumadas estas conquistas, regreso 'Kapaj Yupanqui

al Kusko donde fué recibido con grandes distinciones por su hermano el Inka Pachacutij. Seis años después organizó éste, por segunda vez, un ejército y entregó el comando general a su hijo, posteriormente Inka Yupanqui, el que había acompañado a su tío 'Kapaj Yupanqui en sus antiguas andanzas bélicas aprendiendo el arte de la guerra. Marchó primeramente sobre los valles situados más al Norte, consultó los oráculos en Pachacamac y el Rímac, sobre el término de aquella empresa bélica que intentaba llevar a cabo y, obtenido por respuesta un augurio favorable, atacó, ayudado por las tropas del cacique Chuquimancu y Cuismancu, el territorio de los Chimú. Aunque los valles de Paramunca, Huallmi (Huarmi) y Santa ofrecieron una valerosa resistencia, llegaron a ser derrotados. Después del sometimiento de estos territorios tributarios, se dirigió en busca del propio rey de los Chimú, penetrando en su territorio. Los contrataques de los Chimú fueron obstinados y sangrientas las batallas que se libraron; mas, cuando las filas del Inka se vieron engrasadas por la llegada de 20,000 nuevos combatientes, los vasallos de los Chimú que habían permanecido fieles a su rey, perdieron finalmente su valentía y flaquearon de tal modo que su rey se vió obligado a someterse. El Inka Yupanqui trató con clemencia al rendido: dejó que conservara su posición de jefe y sólo lo obligó al vasallaje. Así como se había efectuado en otras regiones conquistadas, el culto al Sol era también aquí introducido; se construyeron templos y erigieron fortalezas, entre otras la fortaleza de Paramunca en el valle del río Huamán, en las inmediaciones del puerto de Supe, que se conserva hasta la fecha.

Inka Yupanqui sucedió a su padre Pachacutij en el mando del Imperio, conquistando todo el territorio del Sur hasta Chile, de modo que durante su reinado el Imperio de los Inkas tenía una extensión que iba desde el río Maule hasta el límite norte de los Chimú. Sucedióle en el trono "Tupaj Yupanqui y a éste Huaina 'Kapaj.

Veamos ahora la forma en que narra Balboa estos sucesos. Según Balboa, Inka Yupanqui era hijo de Huirakocha; llegó a destronar a su padre, el Inka Huirakocha, e hizo asesinar para apoderarse del mando, a su hermano Inca Urco, que era el sucesor legal al trono incásico: era éste un mandatario egoísta, celoso y malagradecido, en quien se dieron las más grandes crueldades. Los Chancas, cuyo alzamiento en tiempos de Huirakocha llegó a

poner a la ciudad capitalina del Cuzco en serio peligro, eran aborrecidos y objeto de gran desconfianza por parte de Ynka Yupanqui, aún después de haber sido conquistados. Por eso tramó un plan secreto para deshacerse de ellos de un modo artificioso. Durante una campaña contra las provincias de Huailas y Huaraz, en la cual participaban los mejores guerreros de los Chancas como vasallos, Inka Yupanqui envió al comandante general de las tropas, su medio hermano 'Kapaj Yupanqui, una orden secreta para que se cercara a los Chancas por la noche y se les matase. Pero el plan fué descubierto por la hermana del jefe chanca que se encontraba con 'Kapaj Yupanqui y así se logró impedir su consumación. Antes de que fuera posible llevar a cabo maniobra alguna contra ellos abandonaron los Chancas el campamento, aprovechando la oscuridad de la noche, se dirigieron en marchas forzadas hacia el Norte, atravesaron la Cordillera entre Huánuco y Chachapoyas y se radicaron, finalmente, en los valles de las vertientes andinas orientales. El general 'Kapac Yupanqui, que había perseguido a los fugitivos sin lograr alcanzarlos, se dirigió entonces contra los Conchucos que habían recibido amistosamente a los Chancas en su travesía. Cuzmanco, el jefe de los Conchucos, buscó en vista de esa situación modos de unirse con los Chimú costeros, y Chimú 'Kapaj —su rey— que dominaba la Costa desde Huarmey hasta Tumbes, envió una tropa de auxilio a la Sierra. Pero los esfuerzos fueron vanos. Cuzmanco fué muerto en una batalla y los Inkas hicieron su entrada triunfal en Cajamarca.

'Kapaj Yupanqui se dirigió después de esto al Kusko donde esperaba recibir de manos del Inka, justa recompensa por los grandes servicios. Sin embargo, el Inka, celoso de su fama guerrera, lo acusó de no haber cumplido sus órdenes respecto a los Chancas y lo hizo ajusticiar juntamente con otros varios generales.

En la campaña siguiente, cuyos pasos se dirigieron, asimismo, hacia el Norte, el Inka otorgó el comando general a su medio hermano Tupaj 'Kapaj e hizo que acompañara a éste su hijo y heredero, el futuro 'Tupaj Inca Yupanqui. Las huestes del Inka se dirigieron primero a Cajamarca donde se había dejado guarniciones que los Chimú habían atacado reiteradamente aunque sin éxito alguno. Por aquel entonces los Chimú eran rivales de los Inkas y tenían en la Costa una posición parecida a la de aquellos

en la Sierra. 'Tupaj Inca se dirigió de Cajamarca hasta el vecino lugar de Huamachuco y desde allí descendió a los llanos. Los pobladores de la región, al Norte de Chanchán (Trujillo), que permanecían sometidos a los Chimú, llevaban el yugo con desprecio; de ahí que no hicieron resistencia a los Inkas, y dieron, más bien, cordial recibimiento a ellos. Con los mismos Chimú tuvieron los Inkas varias cruentas batallas, sobre cuyos detalles no se ha conservado noticia. Los Chimú fueron finalmente derrotados, después de lo cual retornó 'Tupaj Inca a Cajamarca. Sus dos tíos, Auqui Yupanqui y Tillca Yupanqui, continuaron luego la campaña en la Costa y consumaron la sujeción del país; por último el propio rey se resignó a su destino y dirigióse a Cajamarca donde 'Tupaj Inca. Volvió luego el Inca al Kusko con un rico botín en oro y muchos prisioneros. Su padre, el viejo Inca Yupanqui, llegó a mostrarse, también esta vez, injusto: fue ingrato y despiadado con sus hermanos Tillca Yupanqui y 'Tupaj 'Kapaj, que habían acompañado a su hijo, del mismo modo como anteriormente lo había sido con su hermano 'Kapaj Yupanqui. Lleno de celos, determinó mandar asesinar a ambos y sólo gracias a esfuerzos especiales se logró salvar 'Tupaj 'Kapaj. Tillca fué atormentado y muerto de manera despiadada.

Inca Yupanqui que se había rodeado de una atmósfera de antipatía general debido a los múltiples abusos y a su espíritu despiadado, se retiró por fin, transmitiendo el mando a su hijo 'Tupaj. 'Tupaj Inca Yupanqui era valeroso en sus empresas guerreras y al propio tiempo poseedor de un carácter tan suave que fué amado tanto como su padre había sido temido. Introdujo varias innovaciones, leyes y mejoras en la administración, por lo que llegó a apodarse Pachacutij (el transformador del mundo). Este fué pues, como lo anota Balboa, no el nombre de un Inca en especial como lo supone Garcilaso, sino el sobrenombre de 'Tupaj.

Cieza de León sólo llega a proporcionar algunas noticias acerca de la conquista de los Chimú (Crónica, Lib. I, Cap. 58) y sus afirmaciones coinciden en lo general con las proporcionadas por Balboa. 'Tupaj Inca Yupanqui, después de la conquista de Quito, recibió muchas noticias sobre la fertilidad de los valles costaneros. Por eso bajó desde los Andes hasta Tumbes, ofreció su amistad a los pobladores aborígenes que lo recibieron con tolerancia y vistió los trajes típicos de la región. Cuando prosiguió su marcha hacia el Sur, todos los valles se sometieron voluntaria-

mente, encontrando la única resistencia en el rey Chimu, cuyas fuerzas pusieron al ejército del Inka en serios peligros. Este, sin embargo, terminó perdiendo la guerra, pero recibió del vencedor un trato benigno. Llegaron a construirse templos y fortalezas en la región, como la fortaleza de Paramunca; lleváronse a cabo colonizaciones, y pobladores aborígenes fueron trasportados a otros lugares. Muchos artesanos que trabajaban el oro y la plata fueron enviados al Kusko. Tupaj Inka Yupanqui prosiguió luego su marcha a lo largo de la Costa hasta llegar a Pachacamac, donde tuvo inicialmente la intención de destruir el templo, el que sin embargo no llegó a tocar, ordenando en cambio la erección de un templo más, dedicado al Sol.

Montesinos, cuyas apreciaciones contienen por lo demás muchas contradicciones y son carentes de sentido, consigna acerca de la conquista de los Chimu una versión que no suena tan inverosímil, ya que se apoya en una apreciación correcta del ambiente. Según él fué el Inka Huiracocha el primero en combatir contra los Chimu. Después de sujetar a su dominio Tumipampa en el país de los Cañaris, emprendió marcha hacia la Costa, donde en todos los lugares fué bien recibido, exceptuando la región Chimu, contra cuyos pobladores libró sangrientas batallas. A pesar de todo fueron sojuzgados, después, por Tupaj Inca Yupanqui. Según anota Montesinos, éste fué hijo de Huiracocha. Los Chimu se retiraron a la Sierra luego de ser vencidos por Huiracocha, pero retornaron y deshicieron las guarniciones dejadas por el Inka. Después de estos sucesos Tupaj Inka Yupanqui, al volver a Cajamarca, meditaba sobre el modo más seguro de dominar a los Chimu sin derramamiento innecesario de sangre. El medio de que se valió fué la destrucción de los acueductos que servían a los costeños para irrigar sus terrenos. Y en efecto, en vista de que en la Costa toda agricultura sólo puede llevarse adelante con irrigaciones artificiales —que se efectúan con la división cuidadosa de los ríos que bajan de los Andes— necesariamente aquello —la desviación y malgaste de sus aguas en la Sierra— motivó en corto plazo hambruna entre ellos.

Por las referencias citadas se desprende que la versión proporcionada por Garcilaso acerca del sojuzgamiento de los Chimu, está en contradicción con las noticias ofrecidas por los tres restantes cronistas más antiguos. Garcilaso presenta a los Chimu como conquistados bajo Pachacutij, por su hijo Inka Yupanqui,

mediante una campaña a través de la Costa; en tanto según nos lo presentan los otros, los Chimú fueron atacados desde la Sierra y por Tupaj Inka Yupanqui. La narración de Balboa es la que suena más verosímil entre todas, y es muy posible también que la versión proporcionada por Montesinos encierre alguna verdad. A pesar de todo, en un aspecto llegan a coincidir unánimemente, esto es, en que los Chimú sólo llegaron a ser vencidos después de una desesperada resistencia. Ahora bien, aún aceptando que el Inka vencedor —cualquiera que haya sido su nombre— hubiera tratado al rey Chimú vencido con suavidad y magnanimidad, ello no pudo remediar en mucho las consecuencias desgraciadas que la guerra hubo de acarrear al país. Muchas vidas humanas se habían perdido y de los sobrevivientes no pocos fueron trasladados a regiones apartadas; todavía en el Siglo XVII, la lengua de los Chimú era hablada en núcleos existentes en el alto Marañón. La nación se despoblaba y parece, asimismo, que por aquel entonces la capital era abandonada. Esta no fué destruida, pues sus muros han quedado hasta hoy; tal vez sólo llegó a incendiarse lo que podía ser quemado y deportados sus moradores. Y en efecto, al tiempo en que se fundaba la ciudad de Trujillo —pocos años después de la llegada de los españoles— ya la vieja ciudad se hallaba abandonada, posiblemente desde tiempos atrás. Esto no se hace constar expresamente, pero la circunstancia de que una ciudad que, a juzgar por la extensión de sus ruinas pudo albergar más de cien mil almas, no reciba mención alguna, demuestra que allí, por aquél entonces, ya no vivía nadie.

Los Inkas aseguraron su dominio en la tierra de los Chimú, según su propia costumbre, construyendo fortines con guarniciones permanentes, introduciendo el culto al Sol y erigiendo templos y conventos para las Vírgenes del Sol. De los monumentos construídos entonces, dos se han conservado más o menos bien hasta la fecha: la fortaleza de Paramunca y el templo al Sol de Moche, cerca de Trujillo. La fortaleza de Paramunca está situada en las inmediaciones de la hacienda (de cultivo de caña de azúcar) que ha recibido el nombre de aquella, a pocas leguas al Norte del pequeño puerto de Supe; se asienta sobre un promontorio muy cerca al mar, por lo que se la distingue claramente desde los vapores que pasan por allí transportando el correo. Este baluarte fué construído por orden del Inka Yupanqui después de la conquista del Imperio Chimú y muy cerca al límite Sur de éste. Es uno de los

mejores ejemplos que se ha conservado de la arquitectura militar de los Inkas; dicho sea de paso en mucho muy similar a nuestras fortalezas (europeas). Está rodeada por muros exteriores, murallas empinadas y sobresalientes en las esquinas, desde donde, en un intento de escalar las murallas, las tropas atacantes podían ser rechazadas lateralmente con lanzas y flechas. No lejos de la fortaleza se encuentra todavía hoy, sobre un cerro rocoso junto al mar, vestigios de un pequeño castillo que en la actualidad lleva el nombre de "La Horca", debido a que según las leyendas los criminales eran lanzados al mar desde el punto de la peña. Parece sin embargo, que ambos castillos eran fortalezas, que se encontraban entre el mar y la sierra y que dominaban el camino real que conducía desde los valles del Sur a los situados al Norte.

El templo del Sol de Moche está situado aproximadamente a una legua al Sur de Trujillo y a media legua al occidente de Moche, yendo por el "Talweg" (río arriba) del río Moche, que recibe su nombre de este pueblo. Desde el ferrocarril que lleva de Salaverry a Trujillo se puede apreciarlo claramente tan pronto como el tren comienza a apartarse de la estación de Moche, al pie del Cerro Blanco. El nombre de este monumento —Huaca del Sol— indica que hasta en la tradición popular esta construcción es adjudicada a los Inkas, suposición que se comprueba por la técnica empleada, así como por los grandes "adobes" que los Inkas emplearon siempre en todas las construcciones que levantaron en la Costa. El templo está construido por una base de más o menos 50 pies de altura sobre la que se sostiene una plataforma de ángulos rectos formada por un relleno de tierra. Esta plataforma es rectangular, o lo fué por lo menos en su origen, y tiene más de 350 pasos de longitud por 200 de ancho. En la esquina que mira al suroeste, en dirección al Cerro Blanco, se levanta una pirámide rectangular —como si fuera una gradearía— que alcanza aproximadamente la misma altura que la construcción de la base. Esta fábrica tenía también originalmente pequeñas gradas, que sin embargo han sido lavadas por las lluvias que suelen caer a veces en esta zona; de tal suerte que los muros se angostan hacia la parte superior y dan la sensación de ser lizos. Han sido descubiertas varias cámaras en el interior del monumento, a raíz de excavaciones hechas por "huaqueros"; a las mismas se llega por una especie de túneles. El templo se apoya hacia el lado de oriente en un montículo natural, desde el cual re-

sulta fácil penetrar en él. La parte de la estructura básica, situada en dirección al río, es una masa amorfa. El río fue desviado por los buscadores de tesoros españoles de su cauce natural, exprofesamente contra el templo, para socavar sus paredes y de ese modo ayudar a los huaqueros en sus trabajos. Paralelamente al lado longitudinal Sur de la estructura de la base, a poca distancia y al pie de Cerro Blanco, corre un muro de más o menos cuarenta pies de alto que sostiene, asimismo, una plataforma, que se extiende, sin rematar en un límite definido, hasta la base del cerro. Debió ser una necrópolis. La tierra está completamente revuelta en éste panteón y las tumbas allí sacadas han sido abundante fuente de la más fina cerámica. El espacio que se extiende entre ambas construcciones, así como el terraplén que se prolonga a continuación —valle abajo— están sembrados de fragmentos de alfarería, que han dado a la superficie una tonalidad roja. De esto puede derivarse que en dicho lugar se debió levantar alguna vez una población grande, cuyas casas, no habrían sido, empero, fabricadas con muros, sino con palos o totora.

Luego de esta breve alusión a los dos monumentos procedentes de la época incaica, dirijamos nuestra mirada a contemplar otras ruinas antiguas, que sin lugar a dudas provienen de los Chimú y ofrecen, por lo tanto, conjuntamente con los objetos encontrados en ellas, un modo superior de apreciar el grado cultural de este pueblo que los escasos informes que nos proporcionan los cronistas. Dichas ruinas están constituidas, en primer término, por los restos de la antigua capital, situada en las inmediaciones de Trujillo (16). Los nativos la designan hasta la fecha con el nombre de Chanchán, vocablo derivado de la palabra chimú jan-jan que significa "sol-sol", tal vez como alusión al fuerte calor que se presenta en la llanura donde se extendía dicha ciudad. Los españoles la denominaron "el Gran Chimú" por haber sido aquella la principal población del país. Al salir de Trujillo, siguiendo el camino que conduce hacia el antiguo puerto de Huancho, se toca primero el suburbio de Mansiche, cuyos habitantes todavía son en su mayoría descendientes de los antiguos aborígenes. A una distancia de sólo un kilómetro y medio de las últi-

(16) Para la versión castellana de lo correspondiente a la descripción de Chanchán, hemos revisado y adaptado aquí, con algunos cambios, la traducción que de la parte relativa a estas ruinas, efectuara Federico Schwab, la misma que fue publicada en la revista "Cultura Peruana" — Nos. 9-10). (N. d. T.).

mas casas de esta aldea, en el punto donde termina la vegetación artificialmente regada, se halla el área de las ruinas. Para obtener una visión panorámica, subamos al más alto de los cúmulos artificiales allí existentes —la Huaca del Obispo—, que se levanta algo más al Norte del camino que se dirige a Huanchaco y que actualmente se denomina también Huaca de la Esperanza, por una hacienda del mismo nombre situada al pie de ella. Desde sus alturas se contempla la vasta llanura hasta la orilla del mar, situada a una distancia aproximada de tres kilómetros. Toda esta llanura se halla cubierta de muros color gris que se entrecruzan en ángulos rectos en distancias determinadas mas no equidistantes, dejando entre sí espacios a manera de patios. Todos estos muros se extienden en una misma dirección, unos hacia el mar y otros paralelos a la costa; en ninguna parte se perciben muros que corran diagonal e irregularmente. Entre los patios se distinguen, aquí o allá, caminos o callejones angostos. El total del área cubierta de construcciones debe abarcar aproximadamente 5 ó 6 kilómetros cuadrados. En su margen se notan todavía tres montículos artificiales, dos de ellos con ruinas separadas por distancias bastante considerables. El cúmulo más alto, situado entre el sitio que ocupamos y el mar se llama Huaca de Toledo, de la que trataremos más adelante.

Descendamos ahora del mirador y comencemos nuestro recorrido a través de las ruinas en dirección hacia el mar. Descubriremos entonces que los muros de los patios percibidos desde arriba, están todos contruídos de adobe o barro prensado (adobones) en los que se han introducido pequeños cantos rodados. La mayoría de estos muros son más gruesos en su base, adelgazándose hacia arriba; en cierto modo tienen una figura cuneiforme. Su altura oscila entre cuatro y ocho metros. En muchos de los patios formados de paredes de este tipo, se nota asimismo restos de muros de poca altura; en otros, el piso es completamente llano. En algunos de los patios situados hacia el límite de la ciudad en ruinas, pueden observarse surcos, ya rectos, ya curvos, junto con huellas de antiguos canales. Parece que estos hubieran sido jardines. En uno de los patios aparece grandes montones de escoria que constituyen, al parecer, los restos de una antigua fundición metalúrgica. La mejor explicación al hecho de que el área urbana se halla dividida en secciones rectangulares o cuadra-

das, es la parcialización por linajes, tal como aparece también en antiguas ciudades habitadas por una tribu, es decir, por la reunión de un grupo de familias. Naturalmente ya no queda huella alguna de las habitaciones, puesto que han sido construídas probablemente sólo de quincha o caña brava.

En el laberinto de tapias y patios, se encuentran dos espacios enteramente cercados por muros más altos que los demás. Son considerados como palacios. El primero, situado más tierra adentro, ha sido —se dice— el palacio del Inka, y el segundo, la residencia del Rey del Chimu. Estas denominaciones son, desde luego, completamente arbitrarias; en ninguno de los edificios se descubren las características arquitectónicas que hacen se reconozca inmediatamente las construcciones de la época inkai-ca (17). Ambos edificios son de origen Chimu, debiendo haber sido construídos, sin lugar a dudas, en vista de su ubicación y acondicionamiento, por los señores del país y con destino a su propio uso. Resulta casi imposible, del mismo modo, que estos hayan sido habitados por los Inkas, por las razones antes mencionadas. El primer palacio, el que la gente atribuye a los Inkas, es el más grande. No forma un rectángulo simple, pues se le ha agregado varias construcciones para ampliar el edificio que originalmente tenía forma rectangular. Todo este conjunto está cercado por un muro exterior, alto y sencillo; en su interior tiene muchos patios, tanto pequeños como grandes, corredores largos que conducen a su vez a plazas en las cuales se hallan filas de salas y de cuartos. En muchos sectores pueden distinguirse todavía ornamentos en alto relieve. Una manzana entera de departamentos, tiene paredes en las cuales aparecen pequeñas hendiduras en forma de nichos, formadas mediante adobes colocados oblicuamente y en forma de cruz. La superficie interna de estos nichos estaba cubierta por una capa de barro fino. Los nativos llaman a estos espacios "palomar". En otras paredes se notan aún restos de figuras en alto relieve, cuyas formas parecen ser las mismas que se observan en muchos de los tejidos hallados en las tumbas.

(17) En las construcciones levantadas en la Costa, con tapias y adobes, según la costumbre regional, los Inkas observaron el mismo estilo que el de su arquitectura lítica. Esto se corroboró claramente en muchos lugares; por ejemplo, en Paramunca, en Pachacamac, en los valles de Cañete y Chincha. Este estilo se reconoce pronto en todas partes, por la forma característica de las puertas, ventanas y hornacinas: más anchas en su base que en su parte superior y de jambas oblicuas.

En otro lugar de este palacio existe un gran estanque de agua, o sea, un pozo rectangular de una profundidad aproximada de veinte pies, cuyas paredes son inclinadas y construídas de pequeños cantos rodados. En ambos extremos del rectángulo se advierten hoyos cuadrangulares, cercados por muros que servían para recoger el resto del agua después de haberse consumido la mayor parte de la existencia. Los canales, mediante los cuales fueron llenados estos recipientes, están cubiertos de tierra y no es posible observarlos. Sin embargo, parece que en estos antiguos canales sigue filtrando aún hoy un poco de agua, pues sobre ellos crecen algunas higueras. En un rincón del edificio se encuentra, rodeada de muros especiales, una pirámide no terminada que contiene en su interior muchos nichos pequeños. Los techos derrumbados permiten echar una mirada al interior de algunos de éstos. No son abovedados, sino construídos de barro prensado (adobes). Parece que hubieran sido destinados a tumbas, sin que llegaran a ser utilizados.

El segundo palacio está ubicado más cerca del mar, siendo de menor tamaño que el primero, y se halla rodeado por dos muros altos paralelos. El muro externo está construído de adobes, en tanto que el interno sólo de barro prensado. Ambos muros dejan espacio a un angosto corredor cuyo ancho llega a sólo siete pies en su base. La distribución en su interior se asemeja en sus rasgos generales a la del primer palacio; sólo que la orientación se hace aquí más difícil porque sus muros están mucho más deteriorados debido a la acción de la atmósfera marina. Así, los contornos de las diversas construcciones se destacan muy poco. Hay también en este palacio grandes y pequeños patios, muchos cuartos pequeños y algunos grandes; todos sin ventanas y sin comunicación entre sí. Sólo están provistos de puertas allí donde se desemboca a las plazas o a los corredores. En la parte baja cercana al mar, existe una elevación que parece plataforma; de allí, corredores en fuertes declives conducen a cavidades no abovedadas, consideradas como prisiones por unos, como tumbas por otros. La primera opinión parece ser la más acertada, pues no se han hallado en su interior, ni cráneos, ni otros restos de esqueletos. En otra parte de este montículo existen, a su vez, muchos cuartos pequeños y una sala cuyas paredes están cubiertas con hornacinas cuadradas (palomar).

Al salir de este palacio por su lado bajo, ya no se ven muros altos como en la otra dirección, tierra adentro. Se han de-

rumbado en este lugar y deteriorado debido a la intemperie, de modo que sólo es posible presumir su ubicación originaria gracias a las elevaciones ondulatorias del terreno que se extienden hasta la antigua orilla del mar. Con el transcurso del tiempo, el mar retrocedió algunos cientos de pasos, debido a la lenta elevación del suelo, lo que se percibe muy claramente por los restos de un puerto —visible todavía en este lugar—, que yacen en plena tierra, tal como sucede con los del antiguo puerto de Roma cerca de Ostia. El puerto consistió en pozas rectangulares que se abrían al mar en todo su ancho. Algo más tierra adentro, se distinguen otras pozas semejantes, separadas de las primeras por estrechos diques provistos de compuertas que ayudaban a comunicarlas entre sí y cuyas aberturas son visibles en los diques. Junto a las pozas que comunicaban con el mar se acoplan, un poco más alto, grandes recipientes rectangulares o cuadrados destinados a la acumulación de agua dulce. Estos recipientes se llenaban en época de verano, cuando el río trae agua en abundancia, gracias a las lluvias que caen por entonces en la Sierra. Así era posible proporcionar agua en cantidades suficientes a la población, también durante los meses de invierno, cuando el río está casi seco o cuando casi toda el agua se consume debido a los riegos efectuados en la parte alta del valle. En el fondo de alguno de estos recipientes de agua dulce se notan todavía estrías grácilmente curvadas, reveladoras de que utilizaban el fango todavía húmedo para fines agrícolas. Inmediatamente después de haberse agotado la existencia de agua. Todas estas instalaciones portuarias y recipientes de agua dulce, tienen poca profundidad y están cercados por muros que descienden hacia su fondo. El modo de construir así los muros facilitaba varar los botes; sin mayor esfuerzo se les podía sacar fuera, tirándolos por el plano inclinado.

No hay informes acerca de las embarcaciones que utilizaban los antiguos Chimu; sin embargo, es de presumir que se parecían a las que sirven aún en estos días a los nativos de esta región, es decir, al estilo de balsas. No podían haber tenido canoas, pues en aquel tiempo no hubo árboles apropiados en la costa, y los bosques con sus grandes árboles que podían haber servido para la fabricación de canoas, estaban muy distantes. En Huanchaco, el antiguo puerto de Trujillo, y en Pacasmayo, los pescadores se sirven hasta hoy de pequeñas balsas hechas con atados de totora; unen siempre dos de estos atados, levantándo-

los en la proa en forma de pico. Se llaman "Caballitos". Sobre éstos se sienta o arrodilla un hombre y mediante un remo maneja la pequeña embarcación a través de las olas. La gran capacidad de carga de estas pequeñas balsas se debe al aire encerrado entre los nudos de la totora. Si se une un mayor número de estas balsas y se coloca sobre ellas una plataforma, pueden soportar un considerable peso, como se observa en el lago Titicaca. En tales embarcaciones pueden efectuarse largos viajes, porque en la costa peruana sólo en muy contadas ocasiones hay fuertes vientos; con mucha razón a este mar se le llama "Océano Pacífico". Los primeros habitantes del Perú que Pizarro encontró en su expedición, navegaban en una de estas balsas procedente de Tumbes. Por la gran extensión del Imperio Chimu que en realidad estaba formado por una larga y estrecha faja a lo largo de la costa y por la gran dificultad de viajar por tierra, puede suponerse que los Chimu preferían el movimiento marítimo tanto para ampliar su Imperio, como para mantener la supremacía en los suelos conquistados. Cabe recordar que los viajes a través de los desiertos arenosos y secos debían hacerse a pie, siendo necesario llevar toda la carga al hombro, ya que los Chimu no conocían animales de carga, ni siquiera la llama. En general, parece ser que desconocieron todo animal doméstico, con excepción del perro americano.

Después de haber visitado las ruinas en toda su extensión hasta el mar, volvamos ahora al lugar por donde penetrábamos al principio e inspeccionemos los montículos artificiales allí existentes. Hay cuatro: la Huaca del Obispo, donde ya habíamos estado y que nos permitió una visión panorámica de las ruinas en toda su extensión; la Huaca de Concha, situada a mano derecha del camino y que es la más cercana a la ciudad de Trujillo; la Huaca de Toledo y la Huaca de la Rosa. En el idioma de los incas se aplicaba ordinariamente la palabra **huaca** a una gran variedad de objetos relacionados con la religión y las supersticiones. Actualmente, en la costa del Perú se denominan huacas todas las grandes ruinas y especialmente las acumulaciones artificiales de tierra, tal como existen en muchas regiones del país. La mayoría de estas huacas eran templos, cementerios, o la reunión de ambos. Algunas servían también de estructura fundamental a las casas de los nobles y jefes. Con respecto a los nombres de las huacas de Chan-chan: Toledo y La Rosa, debe anotarse que ellos derivan

de dos huaqueros que trabajaron allí con gran éxito. La Huaca Concha deriva su nombre del antiguo propietario del terreno en que está situada; se ignora el origen del nombre de la Huaca del Obispo a la que, actualmente, se le llama también Huaca de la Esperanza por la hacienda situada al pie. Estas huacas, salvo la de La Rosa, no se encuentran dentro de los límites de la antigua ciudad, sino en las proximidades de su zona marginal. En dos de estas huacas, la de Concha y La Rosa, existen todavía restos de edificios, mientras que en las dos restantes no hay paredes, resultando en general muy difícil formarse una idea de su forma originaria, pues por las excavaciones su terreno ha sido completamente removido. La más alta de las cuatro es la huaca del Obispo. Se eleva en una plaza rectangular y amplia cercada por un muro. Parece componerse sólo de tierra amontonada y en ninguno de sus lados se descubre huellas de muros. En su cúspide cortada se ven cuatro elevaciones, como si la construcción hubiese sido originariamente una gran pirámide, formando dichas elevaciones otras cuatro pequeñas pirámides que se prolongaban en cada esquina de la cima. En el lado Norte, esta cúspide presenta profundos pozos, y enormes montones de tierra yacen a su pie. Se puede suponer que esta construcción formaba un templo y que la plaza en su alrededor era el patio del templo, porque no se descubrieron durante esas excavaciones tumbas ni esqueletos. Es igualmente posible que un templo se haya levantado sobre la Huaca de Toledo. Sin embargo, sirvió preferentemente de cementerio, habiendo sido un edificio monumental en cuyas celdas es probable se diera sepultura a los príncipes y caciques, como es de presumir por los tesoros allí encontrados. Este montículo no se eleva tan alto como la Huaca del Obispo, si bien supera en mucho a las demás. Las excavaciones modernas realizadas en los antiguos escombros revelan que este cúmulo formó antes una pirámide escalonada. Los lados norte y noreste de la punta están completamente deshechos, ofreciendo el aspecto de un volcán cuyo cráter se hubiera derrumbado en uno de sus lados; la parte exterior de la construcción estaba formada por muros y el interior relleno. La Huaca de La Rosa, situada dentro de la zona de las ruinas, parece haber sido un antiguo palacio real levantado sobre una colina medianamente alta. Algunos adornos murales muy bien conservados y que salieron a luz debido a las excavaciones allí efectuadas, hacen bastante interesante esta huaca.

Respecto a la última de estas huacas, la llamada Concha, no puede decirse nada, puesto que está reducida a un montón amorfo de tierra.

En ninguna parte del Perú han trabajado los huaceros con tanto ahinco como en las ruinas de Chan-chan y fueron, en efecto, de tal magnitud al comienzo los éxitos alcanzados, que sirvieron para mantener vivo el deseo de organizar nuevas empresas.

El tesoro más grande fué descubierto en la Huaca de Toledo, que los nativos llamaban originariamente "Llomayohuan". Ya en 1550, es decir, sólo quince años después de la fundación de Trujillo, los españoles recibieron de boca de un cacique bautizado con el nombre de Antonio Chayque las primeras noticias acerca de los tesoros ocultos. Fué éste un cacique o jefe de la aldea de Mansiche, suburbio de Trujillo, situada en el camino al puerto de Huanchaco, en las inmediaciones de las ruinas de Chan-chan. Chayque, descendiente de Chaucha, rey de los Chimus, señaló a los españoles un cúmulo artificial conocido con el nombre de Llomayohuan, situado en las proximidades del antiguo palacio de dicho rey, pero con la condición de que una parte de los tesoros que encontrasen fueran reservados en beneficio de la población india de las aldeas de Mansiche y Huamán. Cuando se abrieron las tumbas de la huaca, fué hallado un riquísimo botín, mas no fué cumplida la promesa dada al indígena. Para recompensar a sus paisanos engañados de algún modo, el cacique dió a entender a los españoles que sabía de la existencia de otros mucho más ricos tesoros. Se le prometió entonces veinticinco mil pesos ensayados (42,187 duros españoles corrientes) que debían ser inscritos en forma de obligaciones o "censos" sobre la propiedad territorial de los ciudadanos y con cuyos intereses debían ser favorecidos los indios. Pero parece que las excavaciones efectuadas no condujeron inmediatamente a resultados positivos.

Sólo en 1563, cuando Diego de Pinedo era Corregidor de Trujillo, se descubrieron otras sepulturas pertenecientes a indios de noble estirpe. Los libros del Tesoro Real de Trujillo, nos informan que García Gutiérrez de Toledo pagó 85,547 castellanos de oro a ese Tesoro, en 1566, por el quinto que correspondía al Rey del valor de los tesoros descubiertos por él; sólo 39,062 pesos, en cambio, fueron entregados a los indios de las aldeas de Mansiche y Huamán por este hallazgo. Estos tesoros fueron hallados en el cúmulo que hoy se llama Huaca de Toledo y que está situado un poco

a mano izquierda del camino a Huanchaco. Doce años más tarde, en 1577 y 78, el mismo García Gutiérrez de Toledo practicó de nuevo excavaciones provechosas, hallando joyas cuyo valor total ascendió a 278,174 castellanos de oro. De esta suma pagó 61,622 castellanos al Tesoro Real en ocho plazos. En 1592 se emprendieron nuevamente trabajos en la misma huaca (pero no por Gutiérrez que ya había muerto), también con buen éxito aunque menor que los anteriores. El quinto real pagado al Tesoro del Estado ascendía a 47,020 castellanos (18).

Los tesoros descubiertos en las tumbas reales de la Huaca de Llomayochuan, consistían en vasos, platos, pequeñas figuras

(18) Los datos sobre los resultados de las excavaciones en los años 1566 y 1592 se encuentran en las "Antigüedades Peruanas" de Rivero y Tschudi. Hutchinson, en su obra "Two years in Perú" (London, 1873), consigna datos muy precisos sobre los pagos hechos por Toledo en los años 1577 y 1578. Hutchinson había recibido como Cónsul inglés en el Callao las referencias proporcionadas por un paisano suyo radicado en Trujillo apellidado Blackwood, que también ha sido conocido por el autor de esta obra como hombre que inspira absoluta confianza. Según las noticias copiadas por el hermano del dicho Blackwood de los libros del Cabildo de Trujillo, Gutiérrez llegó a efectuar en el transcurso de un año, ocho entregas diferentes del quinto al Tesoro Real, por las siguientes sumas:

1)	22-V-1577	:	1 barra,	valor	2.400	pesos de oro
2)	12-XII-1577	:	6 barras,	"	8.918	" " "
3)	7-I-1578	:	115 barras,	"	153.280	" " "
4)	8-III-1578	:	16 barras,	"	21.118	" " "
5)	5-IV-1578	:	adornos,	"	77.312	" " "
6)	20-IV-1578	:	3 barras,	"	4.170	" " "
7)	12-VII-1578	:	47 barras,	"	77.312	" " "
8)	En el mismo día	:	adornos	"	4.704	" " "
					278.174	" " "

La recepción del Quinto, correspondiente a estas sumas, más 1,1/2 % para la persona encargada del ensayo —que en conjunto sumaba 61.622 pesos—, fue certificado por el funcionario real Francisco Camu y por Juan de Vergara. Si a estas sumas agregamos ahora las halladas en los años 1566 y 1592, calculando por las contribuciones pagadas a la Corona (20%), entonces tendremos lo siguiente:

durante 1566 y 1592	:	662.880	Castellanos de oro
durante 1577-78	:	278.174	Castellanos de oro

941.054 Castellanos de oro.

El Castellano de oro fue una moneda española antigua, que originalmente tenía el valor de 490 Maravedis de plata o 14 Reales y 14 Maravedis. El peso fuerte (de plata), valía 8 Reales, esto es, en plata alemana, 4,25 Marcos, y el

de oro; adornos como collares y brazaletes; en cinturones y diademas; pequeñas placas y láminas que servían para adornar los tejidos, y muchos otros objetos. La pieza más valiosa encontrada por Toledo fué un pequeño ídolo de oro macizo en forma de pez. Ahora bien, según el informe del indio cuyas indicaciones habían conducido al descubrimiento de los tesoros, debe haber existido otro pez mucho más grande que el primero y ése, "el peje grande", estimuló constantemente la codicia de los huaqueros, incitándolos a realizar excavaciones consecutivas hasta nuestros días. Cuando el autor de estas páginas visitó Trujillo por última vez, en 1887, se había constituido una pequeña sociedad anónima para emprender de nuevo la exploración de la Huaca de Toledo. Se cabó como en una mina, un largo socavón desde el plano, penetrando profundamente en el cúmulo hasta topar con una laja de piedra. Creyéndose que el peje grande estuviera detrás de esta piedra, a la mañana siguiente casi toda la población de Trujillo acudió al sitio para ver las maravillas que se esperaba extraer. Para mayor seguridad, un destacamento militar vigilaba la entrada del socavón. Pero cuando se sacó la laja no se encontró allí sino escombros y tierra suelta, y la sociedad anónima, desengañada, se disolvió no sin antes tener que afrontar la burla de los espectadores allí reunidos.

Se dice que las búsquedas en la Huaca del Obispo no dieron ningún resultado, aunque la habían removido completamente. En cambio, según el padre Calancha (Crónica, capítulo XXXV), 'se encontró en la pequeña huaca llamada Tusca, situada en el camino a Huanchaco gran cantidad de oro y plata por el valor de muchos miles. Escobar Corchuelo declaró más de 60.000 sin

Castellano 7,43 Marcos. Por eso el valor de los tesoros encontrados en la Huaca Toledo habrían ascendido a siete millones de Marcos alemanes; a lo cual habría que agregar todavía el valor monetario, por lo menos cuatro veces mayor en aquellos tiempos.

El Cálculo del valor que proporciona Hutchinson, en relación a las sumas por él presentadas, es demasiado elevado, pues toma erradamente al Castellano o peso de oro como equivalente a la onza de oro y por lo mismo llega a multiplicar por 16 las sumas que figuran en los libros de la Municipalidad de Trujillo. Para cerciorarse de la veracidad de las informaciones provenientes de diversas fuentes, el autor de esta obra se dirigió durante su primera visita a Trujillo a la Municipalidad para revisar personalmente los libros del antiguo Tesoro Real que allí se guardaban; lamentablemente fue informado que dichos libros se habían perdido durante la ocupación de la ciudad por los chilenos durante la última guerra (1879-83).

contar lo que ocultó". Pero Calancha no es precisamente exacto con sus cifras, pues en otro pasaje calcula el valor del hallazgo de Corchuelo en 600.000 pesos. Del relato de Calancha se desprende que la Huaca de la Tasca es la misma que actualmente se llama Concha, situada al extremo de las tierras irrigadas y cultivadas y allí donde comienzan las ruinas, a mano derecha del camino.

Se han hecho otros hallazgos muy valiosos en el templo del Sol cerca de Moche, en la parte baja de su estructura fundamental que se extiende en dirección al río que servía de cementerio. Calancha, entonces Prior del Convento de los Agustinos de Trujillo, cuenta que Montalva y otros habitantes de la ciudad destruían la huaca, en 1602, inundándola. Al desplomarse entonces un muro descubrieron chafalonía de plata y láminas de oro de baja ley, y entre el conjunto una figura de oro finísimo de un cuarto de vara de la cintura para arriba, de talla entera, que semejaba la imagen de un obispo. Allí mismo se encontraron grandes tesoros en oro y plata. Como valor se declaró más de 800.000 ducados, de los cuales el Rey recibió 104.000 por el quinto (Crónica, cap. XXXV).

En los últimos tiempos, el único que efectuó excavaciones en Chan-chán, con relativo éxito, fué el Coronel chileno La Rosa. Este hombre, al comienzo tuvo la suerte de hacer ricos hallazgos en las ruinas de la huaca que más tarde fué llamada con su nombre. La venta de los tesoros le produjo algo más de 30.000 pesos. Como consecuencia, se aficionó tanto a la búsqueda de tesoros que ello llegó a ser en él una especie de manía, y prosiguió en estos trabajos sin descanso durante toda su larga vida. Pero el resultado fué que gastó todo el dinero que había obtenido como fruto de su primer y único hallazgo. En las excavaciones efectuadas por él, se descubrieron los cuartos con interesantes adornos murales en alto relieve anteriormente citados. El lugar donde La Rosa descubrió los tesoros, no fue ningún templo ni un cementerio; parece que enterraron los objetos y adornos de oro y plata en este lugar en época posterior. Fueron descubiertos en una hornacina de la pared de un cuarto, debajo de un montón de algodón cubierto con gran cantidad de tierra.

De todos los utensilios, adornos e ídolos de oro y plata encontrados en las huacas, queda en la actualidad muy poco porque estos objetos que para él que los descubría no tenía otro va-

lor que el metálico, eran muy pronto arrojados al crisol. Por consiguiente nos es imposible juzgar por nuestras propias observaciones hasta qué grado alcanzaron los Chimú en el arte de la metalurgia; pero se puede deducir, sin embargo, que ellos no han quedado atrás de los Inkas al respecto, puesto que después de la conquista de su Imperio muchos orfebres fueron llevados al Kusko. Los otros objetos de la industria artística de esta nación sólo han adquirido importancia en nuestros días; nos referimos a la cerámica. La gran mayoría de los utensilios de cerámica conservados en los Museos, es trabajo de los Chimú y los mejores y más finos son oriundos de la región de Trujillo, es decir, de las inmediaciones de la antigua capital Chan-Chan (19). Todos han sido extraídos de sepulturas en las cuales solían enterrar sus muertos los Chimú, al igual que los restantes pobladores de la Costa, envueltos en algodones en forma de montas y rodeados de los utensilios de que éstos se habían servido en vida y probablemente de algunos otros. A medida que aumentaba el interés por los objetos que así se descubrían, el abrir y el rebuscar las tumbas llegó a convertirse en un oficio, y de tanta insistencia que se puso en esta práctica, actualmente sólo contadas tumbas antiguas deben estar intactas. Los huacos allí encontrados eran destinados en su mayor parte a servir como vasos de libar agua o chicha ('cerveza de maíz'). Están hechos unas veces de barro amarillo, otras de barro pardo rojizo, representan figuras diversísimas en distintos tamaños: cabezas, a veces aparentando retratos, figuras encogidas o hechadas, grupos de personas, además cuadrúpedos, aves, pescados, camarones y diversas frutas. No pocas de estas representaciones son marcadamente pornográficas y parecen afirmar lo que dijeron los viejos autores sobre los Chimú: que fueron un pueblo opulento, sensual e inclinado a desviaciones sexuales.

En la mayor parte de las restantes construcciones en forma de templos —cuyos restos más o menos ruinosos se encuentran en las diferentes regiones del antiguo territorio de los Chimú, como cerca del puerto de Pacasmayo, vecino a Lambayeque,

(19) Middendorf no diferenciaba el estilo **Mochica** (o Chimú antiguo), del estilo **Chimú**, como se desprende del párrafo citado. Dicha separación se debe a Max Uhle, quien, además de aislar ambos estilos, establece para los mismos secuencias cronológicas y de periodificación, que en lo fundamental siguen en vigencia. Los estudios de Uhle referentes a estas investigaciones fueron publicados en 1913, en "Die Ruinen von Moche". (N. d. T.).

en el valle de Eten y en varios otros lugares—, no se puede apreciar si el origen de ellas proviene de los Inkas y fueron dedicadas al culto solar o si fueron consagradas a las deidades nativas y son anteriores. Casi todas están destruidas, más por los buscadores de tesoros, que por la influencia del tiempo; el mejor conservado es el templo cercano a Eten.

Parece que los Chimus no poseían una religión determinada, sino que adoraban a diferentes ídolos y deidades. Lo que conocemos sobre el particular se lo debemos, casi exclusivamente, a las informaciones que nos ha legado el padre Calancha. Según las referencias de este erudito agustino, los Chimus reverenciaban entre los cuerpos celestes no al Sol, sino más bien a la Luna —**si**—, a la que consideraban un ser superior y más poderoso; en vista de que era visible también durante la noche, en tanto que el Sol sólo lo era durante el día y este se oscurecía por la luna en los eclipses, y, hasta conseguía, la luna, levantar las aguas del mar, causando las mareas. De ahí que celebraran el eclipse de sol como un triunfo lunar, mientras que en los eclipses lunares entonaban cánticos de lamento. Cuando en los días de novilunio este satélite no era perceptible, creían que habíase ausentado para castigar a los ladrones y a los asesinos. En el templo de la Luna —**si-an**— se sacrificaban criaturas en honor al Dios hechándolas sobre algodón de colores y adjuntándoles chicha y frutas.

De entre las constelaciones tres eran las que reverenciaban; aquellas que forman la faja del Orion —**pata**—, y las de las hiadas —**fur**—, cuya reaparición sobre el horizonte nocturno señalaba el advenimiento de un nuevo año; de ahí el nombre que se daba al año : **fur**.

Otro motivo de adoración entre los Chimus era el mar —**ni**—, que ayudaba al alimento de la gente por medio de la pesca y les servía como medio de transporte sosteniendo las balsas. Se usaba ofrendar al mar harina de maíz blanco, que era esparcida sobre el agua para, de este modo, conseguir una abundante pesca y evadir el peligro de ahogarse. Por último, se acostumbraba adorar ciertas piedras grandes —**pong**— ante las cuales a nadie le era permitido pasar sin demostrar reverencia. Sobre una colina cercana al puerto de Eten, todavía existen dos piedras de esta naturaleza, las que reposan en equilibrio sobre un fundamento angosto y emiten un sonido agudo de metal cuando se les toca : **Alük-pong** (Piedras de Cacique). Estas piedras parecen ser

un tipo de diorita, la cual por medio de un renovado calentamiento ha llegado a tener una consistencia de porcelana o escoria.

Aparte de estos objetos motivo de la adoración general, existían también, en cada casa, tal como en los habitantes de la Sierra, una infinidad de ídolos de las más diversas clases, fabricados de metal, piedra, arcilla, madera y que fueron generalmente tan pequeños que se podían portar con facilidad como talismanes para protegerse contra el infortunio.

Los Chimú eran preferentemente un pueblo agrícola a pesar de que el mar, abundante en peces, contribuía bastante al sustento de los costeños. Esto lo demuestra la presencia de los ídolos áureos en forma de pescado, de los cuales uno se halló y el otro ha sido objeto de largas búsquedas. Las plantas cultivadas por los Chimú fueron principalmente la yuca (*Manihot Aipi*), el camote (*Batatas edulis*) y el maíz. De este último preparaban, igual que los demás indígenas del Perú, una bebida fermentada, la chicha, llamada por ellos Kutsio o Kocho. En la irrigación artificial de los campos—la distribución del agua por medio de canales y acequias chicas— también fueron tan avesados como los Inkas. Parece que de los animales domésticos sólo conocieron el perro y probablemente el cuy. La llama no puede vivir permanentemente en la Costa calurosa, a causa de la lana espesa que lleva. Para su alimentación a base de carne, dependían de animales salvajes, y probablemente no sufrían en ello ninguna escasez, pues en los montes y totorales de los valles existe infinidad de venados y pequeños ciervos.

Aparte de la habilidad artística ya mencionada, en el manejo de metales nobles y en el modelado de la cerámica, los Chimú poseyeron extraordinaria destreza en la confección de una variedad de tejidos de los que se ha encontrado muchas pruebas en las sepulturas. En la arquitectura y labrado de las piedras, en cambio, parece que sólo hicieron pequeños progresos; por una parte, porque las clases de piedra aptas para ser trabajadas son raras en los valles de la costa y, por otra, porque se presentó en los depósitos de arcilla existentes por doquier, un material de construcción fácil de usar. Además, con el clima suave y la ausencia de lluvias, no fueron necesarias las habitaciones macizas y el pueblo vivía, como hasta la fecha, en chozas de quincha o totora; solamente las habitaciones de los curacas y los templos fueron levantados con tapias. Las construcciones mayores de los

Chimu fueron en parte de adobes y en parte, sólo de tierra prensada entre tablas y taconeada (tapiales). Esta última técnica tan cómoda, también se aplicó en los templos piramidales y tumbas. Las partes exteriores de ellos estaban divididas generalmente en escalones, y las plataformas apoyadas por tales paredes fueron de relleno de tierra suelta, en cuyo interior se han encontrado con frecuencia pasadizos encajonados, cámaras y salones. Un tipo de arquitectura semejante se encuentra en todas las construcciones de esta índole en la Costa y también en regiones que no dependían de los Chimu; y, más tarde los propios Inkas siguieron este procedimiento en sus fortificaciones y templos dedicados al Sol. Frecuentemente se tropieza con ruinas en las que se puede apreciar construcciones posteriores, de los Inkas, que se encuentran acopladas a las que ya existían. Estas se distinguen de las primeras, no sólo por la forma de las puertas y hornacinas, sino también por el enorme tamaño de los adobes usados.

Ya se ha hecho referencia a que los antiguos cronistas no dicen el nombre con que se conocía por sus propios pobladores el pueblo que se nombra en esta obra como Chimu. Tampoco existió para su lengua nombre uniforme alguno. El padre Calancha (Op. c., Lib. III, Cap. I) observa que la lengua de los valles de Trujillo se llamaba "Quingnam"; que ésta fué la lengua real asimilada por los vasallos del valle de Pacasmayo, y que se ha expandido hasta la región de Lima aunque con pronunciación degenerada. En los restantes valles habría sido dominante el idioma Muchic, el cual habríase todavía conservado hasta entonces en Motupe; otra lengua se habría denominado Sec, y en Olmos existiría una diferente, y que, hasta cada pueblo y tal vez cada familia habría tenido su propio lenguaje. Y en este punto el santo Padre comienza a preocuparse y declara que la multiplicidad de lenguas es un castigo que proviene todavía de Babilonia, porque si el Espíritu Santo donase las lenguas, y bajase en una lengua de fuego, entonces el diablo multiplicaría los idiomas y los confundiría para que la humanidad errara en su fe y alcanzase así el fuego del infierno. Sin embargo parece que la multitud y diferencia de las lenguas no fue tan grande como suponía Calancha, sino que el monje —aparte de eso muy docto— no se tomó el trabajo de ocuparse detalladamente de ellas. No se le podría hacer por esto un reproche, pues él fué Prior de un claustro y sus trabajos profesionales lo pusieron quizás sólo en contacto con españoles; en

cambio sí cabe reprochar a los muchos legos y seculares que tenían a su cargo la catequización de los indios y de los cuales, según los datos de un cura que trabajó contemporáneamente a Calancha en esos valles, ni cuatro dominaban bien la lengua indígena. Este coetáneo de Calancha fué el cura Carrera, al cual debemos casi todo lo que se sabe del idioma de los Chimú.

Fernando de la Carrera nació en Lambayeque y aprendió allí cuando niño la lengua del lugar. Se dedicó a la profesión espiritual, llegando a ser Cura en 1633 en la pequeña ciudad de Reque, situada más o menos a una legua del puerto de Eten. Encargado por aquel entonces de la administración del Obispado de Trujillo, Matías de Caravantes, llegó Carrera a confeccionar una Gramática de la lengua aborígen usual en los pueblos de su parroquia, que es la única obra que fué publicada sobre este idioma (20). En el Prólogo de esta obra, promete el autor complementar su Gramática con un Diccionario general y, además con una colección de formas de conversación y frases; sin embargo, nunca fué publicado tal libro, o porque no fué escrito o porque —lo que es más probable— faltara al digno Cura los medios para hacerlo imprimir. Al final de su Prólogo proporciona Carrera un registro de las parroquias en las cuales, en su tiempo, dominaba la lengua nativa, agregando que en los diferentes pueblos la pronunciación era muchas veces diferente, pero que sin embargo, en su conjunto era la misma en todas partes. Carrera no da a esta lengua su nombre original, sino la llama Yunga, según el precedente de los Inkas que llamaban Yungas a los de los valles ardientes, tanto de la parte occidental, como oriental de la Cordillera andina. Pero que su nombre original ha sido "Muchic" se desprende de la "Aprobación" por la cual le era permitido al autor imprimir su obra. En esta Aprobación fué llamado el autor, por el Licenciado Juan Niño de Velasco, Cura de Zaña, "muy grande lenguaras de la lengua Mochica". Esta palabra recuerda al pequeño pueblo de Moche cercano de Trujillo y del cual también reciben su denominación las

(20) "Arte de la lengua Yunga, de los valles del obispado de Trujillo, autor el beneficiado D. Fernando de la Carrera, cura y vicario de S. Martín de Reque en el corregimiento de Chiclayo" (Lima, 1644). Este libro que ahora ha llegado a ser raro fue, reimpresso primero en el año 1879 en diversas entregas de la "Revista Peruana" y posteriormente, en forma de Separata, en 1880.

La obra de la Carrera volvió a editarse en 1921, por F. Villareal, y, después, por Altieri en 1939 (Tucumán) — N. d. T.

aguas del valle y el templo del Sol. Quizás alguna vez este fué nombre de toda la región y ésta la causa para denominar el idioma del lugar, como "Muchic". El nombre Quingnam, aparte de Calancha, no es mencionado por nadie.

Durante los tiempos de Carrera, el Muchic —la lengua Yunga— fué hablada en más de treinta parroquias, que anotamos aquí ordenadas según las Provincias o Corregimientos a los que pertenecían :

Provincia (Corregimiento) Trujillo : Santiago, La Magdalena del Cao, Chocope, Payján.

Provincia de Zaña : San Pedro de Lloco (sic.), Jequetepeque, Chépén, Guadalupe, Pueblo Nuevo, Eten, Chiclayo, San Miguel, Santa Lucía, Reque, Monsefú, Feriñafe (sic.), Mochumi, Lambayeque, Túcume, Illimo, Pacora, Márcona, Javanca.

Provincia de Piura : Motupe, Salas, Copis, Guacabamba, Frías.

Provincia de Cajamarca : Santa Cruz, Ñepos, San Miguel de la Sierra, San Pablo, Cachen.

Este idioma se hablaba además en otros lugares de la Sierra, como la Provincia de los Guambos, en el valle de Condebamba en el Alto Marañón; fué idioma de más de 40,000 almas. El hecho de que se encontraba difundido por la región andina queda explicado por lo que nos dice Cieza, Garcilaso y otros cronistas : que los Inkas, después de avasallar el territorio de los Chimu, transportaron a otras zonas una parte de sus pobladores.

Parece que entre los Chimu no llegó a cimentarse la lengua de los Inkas, ni tampoco entre los habitantes de la Costa que llegaron a la Sierra. En cambio, parece que al idioma español se le hizo una resistencia menos obstinada. Por eso es que en la zona andina del departamento de Cajamarca, hallamos una laguna, es decir, una interrupción considerable del Keshua en las regiones donde los Chimu habíanse establecido. En las aldeas de los alrededores de Cajamarca todavía se habla el Keshua, pero tanto en Huamachuco, Huancabamba, como en el valle del Alto Marañón, ha sido olvidado completamente, en medida que el Chimu cedió para dar paso al castellano. Que el idioma de los

Inkas haya tenido tan poca aceptación entre los Chimú, dependió en parte, de la actitud contraria que alimentaron éstos hacia sus vasallos foráneos. Este sentimiento hostil continuó silencioso y persistente, aún después de haber cesado toda resistencia y se manifestaría sobre todo contra los dialectos andinos, que tanto diferían del propio lenguaje. Tanto en lo que concierne a la fonética de muchas de sus consonantes y vocales, a las formas gramaticales, a la morfología y a la sintaxis, el Chimú o Muchic, difiere sustancialmente, del Keshua y del Aymará. Las modificaciones curiosas de los sonidos labiales, dentales y principalmente guturales que aparecen en estas dos últimas lenguas, no existen; en cambio hay tipos especiales de la fonética en algunas consonantes, como habrá de demostrarse más adelante. Así mismo entre las vocales se encuentran sonidos muy originales. En lugar de la abundancia de casos que corresponde a la declinación Keshua, tiene el Chimú al lado del Nominativo solamente el Genitivo. La conjunción es igualmente diversa; no existe la doble plural de la primera persona, según lo cual el interrogado es involucrado o no.

La relación de la acción del verbo con la primera y segunda persona, no es expresada por la inclusión del objeto pronominal en forma combinada; las formas pasivas, que el Keshua se dan sólo rara vez, en el Chimú llegan a aplicarse con predilección. Las modificaciones del significado de verbos primitivos agregándoseles partículas posesivas, son extrañas en el Chimú, pues las relaciones del posesivo son expresadas de modo totalmente diferente. Mientras que el Keshua, en general, llega a emplear expresiones largas, éstas son en el Chimú cortas por regla; la mayor parte de los sustantivos y raíces verbales son monosilábicas. Como consecuencia de esta originalidad llegó a extenderse en Lima el rumor, que hasta hoy mucha gente cree cierto, de que la lengua Chimú estuviera emparentada con el Chino y que los pobladores de Eten podían entenderse con los chinos que trabajan en los cañaverales de Eten. Un juicio de esta naturaleza, claro está, sólo pudo nacer de un profundo desconocimiento de ambos idiomas. Cualquier viajero, aún sin mayores conocimientos sobre esos idiomas, podría por sí mismo convencerse en Eten de que los muchos Chinos que allí viven, ni entienden el idioma nativo ni son entendidos por los aborígenes. No es posible comprobar desde cuándo el idioma de los Chimú cayó en desuso en los Valles de la Costa.

Es posible que llegara a desaparecer paulatinamente, cuando las personas mayores que se acogían a esta lengua habían muerto, en tanto que los niños preferían, cada vez más, la lengua española. En la actualidad, en la mayor parte de las poblaciones, no queda de la antigua lengua nativa, nada más que algunas palabras sueltas y un acento especial en la pronunciación del castellano. El único lugar en el cual hasta la fecha se ha conservado todavía el idioma Chimú o Muchic es Eten, un pueblo ubicado aproximadamente a una legua del puerto del mismo nombre, a corta distancia hacia el interior. De ahí que ahora en el Perú el idioma Chimú se denomine comunmente "lengua de Eten".

El pueblo de Eten es bastante extenso y bien poblado; sin embargo, en vista de que en él no existe una Municipalidad, no es llamado ciudad, sino **villa** o **pueblo**, que tiene una acepción más o menos igual a "Markflecken" en Alemania. Las casas están construídas, casi exclusivamente de una sola planta; las mejores han sido fabricadas de adobe y salpicadas o pintadas en parte con cal. Las más modestas son chozas de bambú o totora. Los pobladores, cuyo número alcanza alrededor de 5,000 son en su mayoría indios puros, y todos, los hombres, las mujeres, los viejos, los jóvenes y diríase hasta los niños, se ocupan en tejer sombreros de paja, que llevan al comercio bajo el nombre de sombreros de Panamá. Son los más pudientes, los mestizos, por lo general, comerciantes y patronos que consiguen el material, lo hacen trabajar por jornal y llevan la mercadería para su venta. La materia prima de la que se tejen los sombreros, llega generalmente de Guayaquil y consiste en tiras de hojas todavía tiernas de un tipo de palmera de poca altura, la *Corludóvica palmata*, importada en manojos. Las tiras desgarradas, en forma delgada, quedan adosadas en la punta, son primero humedecidas en agua hirviendo, luego en una solución de ácido cítrico, para ser finalmente lavadas en agua fría y secadas. Durante la deshidratación, al secar, las tiras se retuercen formando espirales, diríase formas cilíndricas que dan a los sombreros ese tipo liso característico. Cuanto más finas son las tiras, más lo es la mercadería. Los sombreros toscos son tejidos en un día y medio y valen un "Thaler"; en los finos un tejedor experimentado emplea entre 10 y 12 semanas, pidiendo por ellos hasta 150 "Thaler", o pesos, seguramente (N. de T.).

Siguiendo este tipo de ocupación, vivieron los pobladores de Eten por muchos años en completo aislamiento respecto a sus ve-

cinos, casaban solamente entre ellos, conservaban costumbres antiguas, un vestuario característico y también su idioma antiguo. Aquello empero ha cambiado en los últimos tiempos. Se ha construído un ferrocarril que comienza en el puerto de Eten, llega a tocar la villa y vincula todas las poblaciones más o menos grandes: Monsefú, Chiclayo, Lambayeque y Feriñafe (sic.). A raíz de ello los etenanos fueron sacados de su aislamiento; llegaron comerciantes extraños y abrieron tiendas y bares, y el elemento joven visitaba también, como es natural, las demás poblaciones; comarcas, a donde ahora se puede llegar con facilidad y por una cantidad pequeña de dinero. Las consecuencias de esta nueva situación no podían demorar en presentarse, y naturalmente debieron cambiar las antiguas costumbres. Las innovaciones se hicieron notar más que en otro aspecto, en el que se refiere al viejo idioma nativo. Los jóvenes empiezan ahora a avergonzarse de su propio idioma, se sirven frente a extraños solamente del castellano y hablan su lengua nativa sólo entre los suyos, mezclando cada vez más palabras castellanas. Este es el comienzo del fin. Dentro de algunos años también habrá de desaparecer en Eten esta lengua, del mismo modo como se ha extinguido hace ya tiempo en las demás poblaciones de los valles del Norte del país, y al igual que el idioma Chibcha de Bogotá se hallará en un futuro no lejano entre las lenguas muertas.

Después que el autor de esta obra se hubo familiarizado más o menos con el idioma Chimu, a través del libro del Padre Carrera, se dirigió a Eten para convencerse en el mismo lugar de lo que había de cierto, y hasta qué punto la lengua de allí coincidía con el vocabulario y las formas gramaticales dadas por Carrera. En aquél entonces, verdad es que había en Eten muchos bares, mas aún no existía un solo restaurante; por eso el autor se vió obligado, en razón a una recomendación recibida de un amigo, a pedir posada en la casa del cura del lugar. Ella le fué concedida efectivamente de la manera más gentil. En el interior del país los curas se caracterizan por su hospitalidad, pues proporcionan hospedaje con gran atención a cuanto viajero honorable, aún sin mayores recomendaciones, lo solicite. El cura de Eten, don Alejandro Vallejo, era un venerable personaje ya entrado en años que consideraba, siguiendo la vieja costumbre española, la hospitalidad como un gesto de honor. No obstante que la permanencia del autor debía de durar más de un mes, era imposible moverlo a acep-

tar la más mínima retribución. Por intermedio del cura le fué presentado y recomendado al autor el Gobernador del pueblo. Este se ofreció de inmediato a realizar, sin esperar retribución, todo servicio que estuviera dentro de su alcance de funcionario; sin embargo, su delicadeza no le impidió aceptar un regalo, comprometiéndose a enviar todas las mañanas a casa del cura cuatro vecinos viejos del lugar, tanto varones como mujeres, con el objeto de que respondieran a las preguntas que se les haría. Así sucedió en efecto. Llegaba la gente contratada, y entre éstas siempre había alguien que dominaba el castellano lo suficiente como para hacer entender a los demás, que sólo manejaban el idioma nativo, las preguntas que se les presentaba. Estos interrogatorios habían sido ya preparados de antemano y consistían en vocabularios, formularios para la declinación y conjunción, pronombres, numerales y otras partes de la oración. Durante este experimento pudo convencerse el autor de cuán grande son las dificultades que deben salvar aquéllos que por primera vez recogen en pueblos no civilizados los elementos de una lengua ignorada. El interrogatorio hecho a la gente contratada, se llevó adelante más o menos durante dos semanas, pero sólo arrojó resultados poco satisfactorios. Fué entonces cuando el autor se relacionó con un comerciante en sombreros que había pisado mejor escuela; éste conocía el idioma castellano y su gramática, y sin embargo, como etenano oriundo, hablaba la lengua nativa desde su niñez y estaba además casado con mujer que al parecer se hallaba más familiarizada con esta última lengua que con el castellano. Era por eso que ambos esposos, cuando permanecían solos, se servían con preferencia de la lengua aborígen. Por una retribución, que el autor estuvo en condiciones de hacer, esta persona se prestó a trabajar diariamente algunas horas, tiempo que sirvió para analizar la gramática de La Carrera. Con esto se logró establecer que los formas y vocabularios en aquella obra estaban, en lo esencial, de acuerdo con los datos proporcionados, usados actualmente en Eten. Sólo en una cierta proporción de palabras se descubre que algunas consonantes han sido reemplazadas por otras. Es así como en lugar del sonido lingüal "l", aparece ahora con frecuencia la gutural "j". Unos cuantos ejemplos bastarán para explicar lo dicho:

Pronunciación antigua : Pronunciación actual :

lech,	la cabeza	ʃech
loch,	los ojos	ʃoch
lok,	el pie	ʃok
soll,	la frente	ʃsoʃ
kul,	la sangre	kuʃ
kol,	el caballo	koʃ

Asimismo, en la actualidad el sonido labial "b" es aspirado, transformándose en "f"; la "f" a su vez es pronunciada con más suavidad, casi como la "w" alemana. Es así como se presentan las transformaciones siguientes : de **et**, padre, se ha llegado a **äw**; **ñofän**, el hombre, a ; **ñowän**.

En vista de que el Padre Carrera había radicado en Reque durante más de diez años cuando escribió su Gramática, cabe suponer que reprodujo las formas usuales en ese lugar, y debido a que Eten sólo queda a una lengua de distancia de Reque, es de suponer también que las diferencias dialectales no debieron ser considerables entre ambos pueblos. Posiblemente esos cambios de consonantes antes citados y otros más de ese tipo, han llegado a producirse sólo en épocas posteriores, tal como ha sucedido también con el idioma Keshua, en el cual, tanto en la declinación como en el Conjuntivo, ha llegado a imponerse la "j" en lugar de la "p" mientras que en la lengua Chimú es la "l" la que la reemplaza. Asimismo es de notar que Carrera menciona que ya en su tiempo se pronunciaba las mismas palabras de modo distinto en las diferentes zonas.